

**TENGO 25 AÑOS
Y GANAS DE MATAR
A ALGUIEN**



FABIO COBETA

Sinopsis

Juan Álvarez es un joven de familia acomodada que no ha tenido ni un solo problema en la vida. El trabajo, su chica y los colegas conforman su rutina.

El inesperado fallecimiento de sus padres le hace despertar a la vida real, aquella donde nada es superfluo. Siempre se ha considerado un chaval fuerte y decidido, pero la soledad le va minando poco a poco. Todo se precipita en el fatídico mes de octubre de 2009.

«Tengo 25 años y ganas de matar a alguien» es una novela para descubrir que todo es posible en esta vida, que el destino no está escrito... ¿o sí?

Copyright © 2025 Fabio Cobeta

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

CAPÍTULO 1

Era un día raro. Tenía el presentimiento de que algo iba a pasar, pero no sabía qué. Estaba como cada mañana en mi puesto de trabajo. Era administrativo en una empresa importadora de productos químicos.

Sobre las diez de la mañana sonó mi teléfono.

—Juan, ¿puedes venir un momento a mi despacho? —dijo Andrés, el director de Recursos Humanos.

No tuve que llamar a su puerta para entrar. La había dejado abierta y me estaba esperando.

—Siéntate, por favor. Mira, no sé por dónde empezar. Tú mejor que nadie sabes cómo marcha la empresa, trabajas en Administración. Han bajado los pedidos, la facturación... Esta crisis es muy seria y va a durar mucho, al menos eso dice el director general. Te habrás dado cuenta de que desde antes del verano estamos reduciendo plantilla, tanto aquí como en Portugal. Tu departamento no iba a ser menos. Sintiéndonlo mucho, vamos a prescindir de tus servicios. Sé que es una putada, pero sois cinco personas llevando la contabilidad y dice el jefe que a partir de ahora tienen que ser cuatro. Lo siento mucho, hoy es tu último día. La próxima semana te llamaremos para que vengas a recoger todos los papeles para que puedas cobrar la indemnización y la prestación por desempleo. Si necesitas una carta de recomendación, cuenta con ello.

Yo le escuchaba con atención sin hacer un solo gesto ni mover un solo músculo de la cara, simplemente le miraba fijamente. En sus ojos vi que lo estaba pasando mal. No debía de ser fácil despedir a un trabajador, al menos para él. La suerte estaba echada, no había marcha atrás y tampoco podía hacer nada por evitarlo. Lo más importante para mí era saber la auténtica razón de mi despido.

—Son cosas que pasan, Andrés —le dije—. Si tiene que ser así, pues que así sea. Solo quiero que me respondas a una pregunta.

—Claro que sí, Juan, pregúntame lo que quieras.

—¿Me ha tocado a mí porque soy el menos capacitado para el trabajo o hay otro motivo?

—Tengo que decirte la verdad. Cuando la pasada semana me reuní con el director general, me dijo que había que evitar despedir a trabajadores con familia. Tú eres el único que no tiene hijos. Además, eres joven y no tendrás problemas en encontrar otro trabajo y adaptarte bien a él.

—Bien. Me gustaría irme ya a casa. No tengo ganas de estar por aquí hasta las tres.

—Sí, sí, vete cuando quieras. Créeme que lo siento mucho. Estos momentos son duros para todos.

Salí de su despacho, apagué el ordenador de mi mesa y cogí la chaqueta. Debía de estar triste, cabreado o quizás sorprendido, pero no, me sentía liberado, lo cierto era que no me veía en esa empresa haciendo la misma tarea rutinaria hasta la jubilación. Obviamente, a nadie le gusta que le despidan, pero no tenía hijos que mantener, ni hipoteca que pagar y disfrutaba de una situación económica muy desahogada.

De todos los trabajadores de la empresa solo tenía buena relación con unos pocos. Con el resto no la tenía ni buena ni mala, simplemente digamos que para mí no existían. Antes de salir por la

puerta solo tenía una cosa que hacer, ir a ver a Ana. Era una mujer con mucho carácter. Su novio la abandonó cuando se quedó embarazada y ella se negó a abortar. Desde hacía muchos años, su vida se centraba en su trabajo y en su hijo, nada más. Había intentado intimar con ella desde el primer día, pero en los siete años que llevaba en la empresa todo había sido inútil; aun así, no me quería rendir.

Bajé a la primera planta, donde estaban los comerciales. Fui directo a su despacho, que también tenía la puerta abierta. Toqué suavemente con los nudillos y ella, sin apartar la vista del ordenador, ya sabía que era yo.

—Pasa, Juan, siéntate.

—Hola, ¿estás muy ocupada? Quiero hablar contigo.

—Siempre estoy ocupada. El lunes tengo que ir a Zaragoza a visitar a unos distribuidores y estoy preparándolo todo. Dime.

—Me acaban de despedir, me ha dicho Andrés que con la crisis sobramos gente. Y antes de irme quería despedirme de ti.

Dejó los papeles sobre el teclado, se volvió y se situó frente a mí con una cara de aflicción que no era impostada, estaba realmente triste. A las mujeres, aunque alguna diga que no, les gustan los halagos. Era el momento de quedar bien con ella, ya que probablemente no volvería a verla, salvo que ella quisiera, claro estaba.

—Ana, en todos estos años, siempre me has ayudado en todo, sobre todo cuando empecé a trabajar aquí. Sabía que podía contar contigo para cualquier cosa, los programas, los procedimientos, los departamentos..., todo. Quería decirte que eres una mujer fantástica, muy buena gente, estás sacando adelante a tu hijo, tu trabajo y tu casa sin ayuda de nadie. Haces favores a todo el mundo sin esperar nada a cambio y además nunca tienes una mala palabra ni un mal gesto con ningún compañero. Solo puedo decirte que espero que te vaya muy bien en la vida, porque te lo mereces. Ojalá hubiera más personas como tú, el mundo sería mejor. Te digo todo esto porque seguramente no nos veamos más y no quería despedirme de ti sin que lo supieras. —Lo dije todo del tirón, sin trabarme al hablar, sin comerme ninguna palabra y sin que me creciera la nariz y, por supuesto, mirándola a los ojos y no a las tetas.

—Juan, no sé qué decir. Nadie me había dicho cosas así, no estoy acostumbrada. Pero eso de que no nos vamos a ver más, ¿qué significa? ¿Te vas de Madrid?

—No, no, no me voy a ningún sitio. Solo que llevo años intentando quedar contigo fuera del trabajo y siempre me has puesto excusas.

—No te lo tomes a mal, pero podría ser tu madre. Debería sentirme halagada por que alguien como tú se interese por una mujer como yo, que va camino de los cincuenta. Hay muchas chicas de tu edad que son muy guapas y no tienen que echarse cremas en la cara.

—Lo dicho, Ana, que te vaya bien y hasta siempre.

No esperé a que me respondiera, simplemente me fui, la dejé allí, en su despacho, pensando en la conversación que habíamos tenido. Quizás creía que yo quería algo serio con ella, pero nada más lejos de mi intención, yo solo tenía a Marina en mis pensamientos. Lo único que buscaba

era el morbo de poder follarme a una cuarentona muy bien conservada. Ella tenía mi teléfono, así que si alguna vez quería algo de mí solo tenía que llamarme.

Era principios de octubre, el día anterior había estado nublado y amenazando lluvia todo el día, pero esa mañana estaba despejada y no hacía mucho calor. Normalmente iba y volvía del trabajo en metro, pero, como eran las diez y media y no tenía nada mejor que hacer, decidí volver a casa andando, tardaría algo más de una hora. «Si me canso, cojo un autobús en la plaza de Lima o más adelante», pensé.

Tenía la convicción de que empezaba una nueva etapa, algo nuevo estaba por venir. Me sentía libre de ataduras, tenía por delante dos años de paro y solo tenía que decidir a qué dedicarlos. He de decir que, si no me hubieran despedido, no me habría marchado de la empresa; por muy aburrido que me resultara el trabajo y la falta de incentivos que había para promocionar, en el fondo, siempre me falta valor para tomar ciertas decisiones.

Según caminaba, iba repasando mentalmente todos los libros y las películas de los que iba a disfrutar a partir de ese momento, ya que tendría mucho tiempo libre. En mi casa siempre nos gustó leer mucho, especialmente a mis padres. Tenían su estudio lleno de estanterías con libros, no sabría decir cuántos, la mayoría ni los había ni ojeado. De lo que se sentía más orgulloso mi padre era de la colección completa de la obra de Miguel Delibes. Siempre decía que quería ir a Valladolid a conocerle y hablar un rato con él. Ahora que mis padres ya no vivían tal vez debía ir yo a decirle lo mucho que le admiraba mi padre y lo feliz que era leyendo sus novelas. Así que en la lista de libros pendientes tenía que incluir, sin duda, alguno de Delibes. Yo con lo que disfrutaba era con la novela negra, con los gánsteres, detectives, policías, psicópatas, asesinos en serie... aunque me disgustaba que siempre ganaran los buenos: el detective o el policía siempre descubrían al asesino y lo detenían, incluso cuando era un crimen perfecto, porque el imbécil del malo dejaba algún cabo suelto. Suponía que a la mayoría de los lectores les gustaban más las novelas con final feliz.

Cuando llegué al Bernabéu según bajaba por el paseo de la Castellana, vi un autobús del que salían chinos o japoneses con intención de entrar al estadio para ver el museo del Real Madrid. «No habrán venido desde el otro lado del mundo exclusivamente a ver copas y trofeos, ¿no?», pensé. Qué cara de felicidad tenían. Yo había vivido toda mi vida en Madrid y nunca había entrado a ese museo y creía que no entraría jamás, es más, nunca había pisado un campo de fútbol. Mis amiguetes creían que era un tipo raro porque no me gustaba ese deporte, como si fuera la única persona en España con esta característica. Para ser sincero, el fútbol era siempre la excusa que tenía para quedar con ellos en un bar a tomar unas cervezas. Como sabían que me importaba un carajo cualquier modalidad deportiva, siempre me dejaban la silla desde donde se veía peor la tele. A mí me daba igual quién ganaba o perdía, pero a alguno se le quitaban las ganas de cenar cuando a su equipo lo eliminaban de alguna competición. «¡Vaya gilipollez!, dejar de cenar por el puto fútbol».

Llevaba casi una hora disfrutando del paseo por el centro de Madrid. En ese momento pensé en los miles de ciudades que hay en el mundo y la suerte que había tenido yo de nacer y vivir en la capital. «A todo el mundo le gusta el sitio en el que vive, pero ¡qué tendrá Madrid que quien viene se queda!». Había visitado muchas ciudades. Valencia, Sevilla, León... eran fantásticas, pero cuando salías de Madrid en lo único que pensabas era en volver.

Ya me quedaba poco para llegar a casa. Subía despacio por la calle Hermosilla cuando de repente vi a lo lejos de la calle a don Rafael, probablemente el cura más pesado del mundo y quizás del universo. Era una ametralladora haciendo preguntas. Si no hubiera sido un sacerdote, más de uno le habría mandado a esparregar. Siempre que me veía me decía lo mucho que me apreciaba, ya que, nada más ser destinado a la parroquia cuando se ordenó, una de las primeras cosas que hizo fue bautizarme. Él se acordaba de eso, y yo de la catequesis de la comunión, de la primera comunión, de la catequesis de la confirmación, de la confirmación, de las bodas de mis hermanos y de los bautizos de mis sobrinos. Excepto el funeral de mis padres, había oficiado todos los actos religiosos de mi familia. Estaba harto de aguantarle, llevaba veinticinco años viéndole, aparecía en todas las fotografías del álbum familiar. «Si alguna vez me caso, lo haré en la Patagonia, porque si me caso en España corro el peligro de que aparezca don Rafael. Con la cantidad de misioneros que se necesitan en el tercer mundo o los curas que faltan en los pueblos perdidos del interior, no entiendo por qué este no se ha movido de parroquia», pensé.

Seguramente ya me había visto. No tenía escapatoria, si optaba por meterme en una tienda él habría entrado también. Tenía que afrontar la situación y pensar una excusa para decirle que tenía prisa y no me podía entretener.

Antes de llegar a mí ya empezó a hablarme.

—Juan, cuánto tiempo sin verte. ¿Qué tal estás?

—Bien, don Rafael, todo bien. ¿Usted qué tal?

—Bien, como siempre. Hace mucho tiempo que no vienes por la parroquia. Sabes que Dios siempre está con nosotros, pero no hay que alejarse de él.

—Voy a misa con mi novia a una iglesia de su barrio, en Moratalaz.

—Hace ya casi un año que fallecieron tus padres y Jesús es el consuelo ante una pérdida tan grande como la que sufriste. Piensa en lo bondadosos y buenos cristianos que eran tus padres. Dios nos da fuerzas para ser cada día mejores, alcanzar la santidad y reunirnos con nuestros seres queridos junto a Jesucristo Nuestro Señor. Juan, ven a la parroquia cuando quieras y hablamos, sabes que estoy para ayudarte en lo que necesites. Por cierto, hoy es mi cumpleaños. Lo voy a celebrar en el hogar parroquial, he comprado unos refrescos y algo de picar. Ya sabes que cualquier excusa es buena para juntarnos los catequistas y los vecinos del barrio. Ven esta tarde un rato, seguro que lo pasarás bien.

—Me encantaría ir, pero lamentablemente no puedo. Voy esta tarde a Toledo a pasar el fin de semana con mis tíos. —La frase me salió seguida, sin titubeos, muy convincente—. Don Rafael, me tengo que ir, tengo prisa, ya me pasaré algún día a verle y hablamos. Hasta luego.

—Cuando quieras, Juan, cuídate. Da recuerdos a tus hermanos. Hasta luego.

La excusa había estado bien, pero ahora debía ir a Toledo o tener cuidado por dónde salir el fin de semana. A don Rafael le gustaba mucho andar y si me veía por el barrio tenía que buscarme otra excusa, como que se me había estropeado el coche o algo así. A veces dudaba si era tan pesado con todo el mundo o solo conmigo. Cuando murieron mis padres solo se preocupaba de mí y no de mis hermanos, como si el único huérfano fuera yo.

Quedaba mucho tiempo para las tres, así que decidí pasarme por una carnicería que había cerca de casa y comprar algo de casquería para comer de segundo plato. Me gusta todo: sesos,

hígados, riñones... Siempre he pensado que las vísceras de los animales son un manjar de dioses. La caminata me había despertado el apetito y qué mejor que unos riñoncitos de cordero para celebrar mi nuevo estado laboral. Los solía hacer a la plancha solo con un poquito de aceite de oliva, no los sazonaba ni condimentaba para no camuflar su auténtico sabor. Y pensar que hacía una semana había corderitos retozando por los campos de Castilla y ahora iban a estar en mi plato... «No sé si en este mundo habrá alguien a quien le gusten los riñones más que a mí, quizás solo a Leopold Bloom».

Por fin llegué a casa. Vivía en un piso de doscientos metros cuadrados en la calle Velázquez, en pleno barrio de Salamanca. Antes éramos cinco en casa, pero mis hermanos se habían casado y se habían ido a vivir a las afueras y mis padres habían muerto un año antes. Ahora estaba yo solo en un piso inmenso, del cual me sobraba más de la mitad. Había habitaciones que hacía meses a las que no entraba; si hubiera habido okupas y fueran silenciosos, ni me habría enterado. Una vez por semana, normalmente los lunes, venía Hilaria a limpiar y cocinarme un par de guisos para toda la semana. Antes, cuando vivían mis padres, venía tres días, ahora con una mañana era suficiente. Calculaba que Hilaria, alta y muy delgada, tendría unos sesenta años. Era una mujer seria y de pocas palabras, y en todo ese tiempo no la había visto sonreír nunca. «Supongo que debe de estar mal follada». Pero a mí siempre me había tratado muy bien, sabía que en esta casa el más normal era yo.

Guardé los riñoncitos en el frigorífico y fui directo al sofá, no estaba acostumbrado a andar tanto. Estaba cansado, pero a la vez me había sentado bien el paseo. Cogí un libro del comisario Montalbano, me quedaba poco para terminarlo. En realidad, sabía cómo iba a acabar, como acaban todos: el comisario descubriría y detenía al asesino. «Si yo matara a alguien no me detendrían jamás. El crimen perfecto existe. Lo único que hay que hacer es ejecutarlo bien, no dejar pistas ni cometer errores, no es tan difícil». Cuando leía alguna novela policiaca tenía una tendencia natural a ponerme en la piel del asesino, aun sabiendo que era un imbécil y que la policía siempre lo detenía. Lo único que le pedía al policía o al detective de una novela era que fuera ingenioso, como Pepe Carvalho.

Después de comer me eché la siesta. A las cinco me levanté, me preparé un café y encendí la tele y zapeé para ver si encontraba algo que me gustara. Todo era un coñazo, no había nada interesante. Solo dejé de cambiar compulsivamente de canal cuando vi un anuncio de un detergente para la ropa en el que aparecía un corderito lechal. Me lo imaginé asado con sus patatitas panaderas y con un buen Rivera del Duero. «No puedo evitarlo, soy carnívoro; la verdura, para los ciervos».

Como le había dicho a don Rafael que iba a ir a ver a mis tíos, y a un cura no se le debía mentir, llamé a mi tío Joaquín para ver si podía ir a Toledo a pasar el fin de semana con ellos. Además, hacía tiempo que no salía de Madrid y pensé que me vendría bien un cambio de aires. Mi tío me respondió lo de siempre: «Ven cuando quieras, esta es tu casa». Nada más colgar, empezó a sonar el móvil, era mi colega Dani.

—Hola, Dani, ¿qué tal?

—Bien, todo bien —me contestó titubeando. Estaba preocupado por algo, él nunca hablaba así.

—Dani, ¿pasa algo?, ¿estás bien?

—Estaba dudando si llamarte o no, pero somos amigos de toda la vida y creo que deberías saberlo. Verás, estoy ahora mismo en Vallecas, he venido a ver a mis primos. He tenido que dar muchas vueltas para aparcar y al final lo he conseguido en una de las callejuelas que salen de la avenida de la Albufera. No había salido todavía del coche cuando he visto a Marina agarrada a un chico, se han besado y han entrado en un portal. Ella no me ha visto, pero yo a ella sí.

—¿Era ella? ¿Estás seguro?

—Sí, estoy seguro, era Marina.

—Gracias, Dani, has hecho bien en llamarme. Solo te voy a pedir un favor, no se lo digas a nadie.

—Tranquilo, Juan. Hasta luego.

Nada más colgar sentí una mezcla de incredulidad y enfado. Llevaba dos años con Marina, era la primera vez que tenía una relación seria con una chica y me engañaba con otro. Me aferraba a la idea de que Dani se hubiera equivocado y hubiera confundido a Marina con otra chica. Pero en el fondo sabía que decía la verdad, que si me había llamado era porque estaba totalmente seguro. Además, mi colega era de esas personas que nunca mentían.

Estaba cabreado, pero sabía que en esta vida hay que actuar con la cabeza y no con las tripas. Tenía que respirar hondo y contar hasta diez. Antes de llamar a Marina debía esperar por lo menos diez minutos para tranquilizarme y pensar muy bien qué decirle. Después de un cuarto de hora, la llamé. Tardó bastante en descolgar, pero al cabo de seis o siete tonos me contestó.

—Estaba dentro de la biblioteca de la facultad, por eso he tardado.

—¿Qué tal, Marina? ¿Quieres que te recoja luego y vamos a cenar o a tomar algo?

—No, hoy no, he venido con Sonia y nos vamos a quedar hasta tarde, luego me lleva a casa. ¿Quedamos mejor mañana?

—No puedo, mañana me voy a Toledo a ver a mis tíos. Ya te llamo el lunes, hasta Luego.

—Vale, llámame el lunes. Un beso.

Mis temores se confirmaron. No estaba en la facultad, me estaba mintiendo. Después de dos años de relación, conocía a Marina como si la hubiera parido. Nunca me decía dónde estaba, solo me lo contaba si yo se lo preguntaba. Además, si iba con una amiga a estudiar y la llamaba, no ponía impedimentos para que fuera a recogerla, y esta vez no quería. Pero lo más importante era su tono de voz. Después de dos años sabía si estaba triste o alegre, si mentía o decía la verdad solo con oírla hablar.

Que en una ciudad tan grande y con tanta gente como Madrid hubieran coincidido en una callejuela Marina y Dani el mismo día y a la misma hora era cosa del destino sin duda. No había otra explicación. Todos los planes de futuro que había empezado a hacer con Marina se cayeron como un castillo de naipes. Ella siempre había tenido la ilusión de visitar las islas Canarias y yo ya había empezado a buscar ofertas para irnos allí una semana, concretamente a pasar el fin de año. «Pobrecita, se tendrá que tomar las uvas en Madrid».

Lo que no comprendía era que, si estaba con otro, ¿por qué no me dejaba? Era tan fácil como decirme: «Juan, he conocido a otra persona y paso de ti». Una explicación podía ser que quisiera estar con los dos. «Pero es raro en una mujer, salvo que sea muy zorra, y Marina es solo un poco zorra, no mucho». La otra razón que se me ocurría era que estuviera conmigo por el dinero. Ella

siempre me hablaba de la suerte que tenía de vivir en un pisazo en la calle Velázquez, además quería que la follara en la habitación de mis padres para poder ver los muebles, la lámpara y las antigüedades que allí había. Tampoco estaba convencido de que ese fuera el motivo para no cortar conmigo, ya que Marina era una estudiante excepcional, había acabado la carrera de Historia con sobresalientes y matrículas de honor, estaba estudiando una oposición y quería hacer el doctorado. No creía que tuviera problemas para ganarse bien la vida.

Era el momento de analizar muy bien la situación. Partía de dos premisas, la primera era que me engañaba con otro; la segunda que creía que yo no lo sabía. Pensé en todas las opciones posibles. La primera, y más disparatada, era hablar con ella y decirle: «Sé que me engañas, pero vamos a arreglarlo, eres la mujer de mi vida y quiero seguir contigo». Esta idea la deseché enseguida porque seguramente lo negaría y, en caso de admitirlo, yo quedaría de por vida como un caracol, es decir, cornudo y arrastrado.

La segunda opción era cortar con ella, decirle: «Hasta aquí hemos llegado». Me quedaría muy a gusto, podría llamarla puta varias veces con razón, o sea, sin insultarla, y se lo diría a la carita. Esto también lo descarté pensando en el día después, ya que no tenía en ese momento a ninguna amiguita a quien pudiera llamar y que viniera a casa a saciar mis necesidades. Cuando empecé a salir con Marina dejé de llamar a Nieves, fue un grave error por mi parte. No creía que ahora, después de dos años, me hiciera caso, además se había ido a vivir a Alcalá de Henares por asuntos de trabajo. Tenía muy gratos recuerdos de Nieves, se movía más que una escuela de samba. Si cortaba con Marina tendría incluso que pensar en contratar prostitutas, pero aparté esa idea enseguida, pues, aunque no tenía problemas para gastarme cien o ciento cincuenta euros al mes, no lo consideré apropiado para un chaval como yo de veinticinco años. Por lo menos tendría que esperar a ser un viejo verde de sesenta o más.

La tercera y última opción era simplemente seguir igual. Y así lo hice. Fue la mejor decisión, la más acertada. Marina ya no iba a ser la mujer de mi vida, pero ¿por qué renunciar a esas tetas y ese culito? Lo que debía hacer era comportarme con ella exactamente igual que siempre, salvo en algunas cosas. Cuando llegara su cumpleaños no le regalaría, como tenía pensado, unos pendientes de 80 euros, ahora sería bisutería barata. En vez de ir a cenar de vez en cuando a algún restaurante, le diría que, cuando viniera a mi casa, se pasara antes por una pizzería; eso sería lo más parecido a pedir una *escort* y una *pizza* con una sola llamada. A partir de ese momento apuntaría en una libreta los días que me acostaba con Marina y al lado una cantidad que oscilaría entre treinta y cincuenta euros, según lo bien que se hubiera portado ese día. De ese modo podría hacer la cuenta de lo que me habría gastado si en vez de seguir con Marina hubiese pagado prostitutas.

Ese viernes no lo olvidaría jamás. Me habían despedido del trabajo y mi novia me había puesto los cuernos, todo en el mismo día. Cuando pensé que ya no podía ser peor, que no me podía pasar nada más, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo cuando vi que en la tele estaban retransmitiendo la ceremonia para elegir la sede que albergaría los Juegos Olímpicos de 2016. Solo quedaban dos ciudades: Río de Janeiro y Madrid. Los periodistas empezaron a decir estupideces, como que el noventa y cinco por ciento de los madrileños queríamos los Juegos. Era una mentira tan grande como una catedral. En mi círculo de amigos y compañeros de trabajo la mayoría no los queríamos. Otro periodista dijo que Madrid era la única gran ciudad europea que no había celebrado nunca unos Juegos Olímpicos. Otra mentira más. ¿Acaso Varsovia,

Belgrado y Bucarest no eran grandes ciudades europeas y nunca habían tenido unos Juegos Olímpicos? Me empezaron a venir a la mente imágenes de millones y millones de personas invadiendo la ciudad, atascos en el centro, periodistas diciendo gilipolleces todo el día... No quería ni mirar, pero llegó la hora de la verdad. El presidente del Comité Olímpico Internacional estaba abriendo el sobre. Se me iba a salir el corazón por la boca, tenía el pulso acelerado. Después de unos segundos interminables dijo unas palabras maravillosas: «Río de Janeiro». Salté del sillón de la alegría. «Estos viejos sí que saben, tenían que elegir entre historia y museos o mulatas y caipiriña». Se había impuesto la lógica: mulatas antes que museos. El día había sido horrible, pero podía haber sido peor, solo podía decir: «¡Felicidades, Río de Janeiro!»

Al día siguiente no madrugué mucho. Cogí el coche y en menos de una hora estaba en Toledo. Mi tía Elvira siempre tenía la costumbre de abrazarme varios segundos y darme muchos besos. Era muy cariñosa conmigo, quizás demasiado.

—Juan, qué alegría, cuánto tiempo hacía que no te veíamos. Precisamente el otro día hablé con tu tío de la última vez que viniste a visitarnos. Cuando nos llamaste ayer me alegré mucho. ¿Qué tal estás, hijo? Cuéntame. Pasa, pasa, tu tío está en la cocina.

—Todo bien, tía. Y vosotros, ¿qué tal?

—Como siempre. Sin novedad.

Entré en la cocina y ahí estaba mi tío Joaquín, recostado en una silla y leyendo el *Marca*. Era todo lo contrario a mi tía Elvira, ni abrazaba ni besaba, cosa que yo agradecía, él era de dar la mano.

—Ven, Juan, siéntate, ¿quieres un café?

—No, gracias, hace poco que he desayunado, no me apetece nada.

—Bueno, supongo que te quedarás todo el fin de semana.

—Sí, claro. Ya que vengo pocas veces a veros aprovecharé el tiempo.

—Bien, eso está bien. Tú vienes poco, pero tus hermanos nunca. No sé si creen que vivo en Toledo, en Soria o en Segovia —dijo con tristeza. Luego bajó la cabeza y siguió leyendo el periódico.

—Tío, no se lo tengas en cuenta. Mis hermanos son y serán siempre unos moñas. El otro día me llamó Mateo para que fuera a su casa porque iban a celebrar el cumpleaños de mi sobrino el mayor, y le dije que no podía, que había quedado. Me llamó a las seis de la tarde para que estuviera a las siete. Me dijo que se le había olvidado llamarme antes, y eso que solo tiene dos hermanos, que si tuviera siete...

Mi tía Elvira cambió enseguida de conversación, no le gustaban los diálogos agrios. Miró a mi tío y le dijo:

—Oye, Joaquín, estoy comprobando los gastos de la tarjeta de crédito del mes pasado y no me cuadra, me faltan cuarenta euros. O te has olvidado de darme algún tique, o los has perdido, o algo raro ha pasado porque no me coinciden los tiques con los cargos del banco.

Mi tío, sin levantar la cabeza del periódico, le respondió como solo él sabía:

—¿Te acuerdas esa vez que quería darte un buen revolcón y tú me dijiste que no, que te dolía la cabeza? Pues esa misma tarde me fui a un club de las afueras, de esos que tienen luces de colores, y allí me gasté los cuarenta euros que faltan.

Había que reconocer que mi tío era muy ingenioso y tenía mucha chispa, pero esa respuesta me sorprendió. Mi tía Elvira, me miró y me dijo:

—¿Has visto lo gracioso que es tu tío cuando quiere?

Se levantó de la silla.

—Juan, vamos a dar una vuelta y a tomar algo.

—No tardéis mucho, venid antes de las tres. Hijo, hoy vamos a comer algo que te gusta mucho, filetes de hígado de ternera. Supongo que el tuyo lo querrás poco hecho, vuelta y vuelta.

—Sí, gracias, tía, poco hecho, cómo me conoces.

El piso de mis tíos no era grande, pero sí muy acogedor. Además, siempre estaba limpiísimo, nunca vi una mota de polvo en ningún mueble, ni una pelusa en el suelo. Estaba muy bien situado, cerca de la plaza de Zocodover, en pleno centro histórico. Hacia allí íbamos cuando se nos acercó una chica muy guapa. Tendría más o menos mi edad, llevaba un portafolios en la mano e iba vestida con un peto azul.

—Buenos días, ¿tenéis un momento? —preguntó con una sonrisa.

—No —respondió mi tío bruscamente.

—Pero si no sabéis lo que os voy a decir. Escuchadme un minuto por lo menos.

—Sí sé lo que vas a decir. Llevas un peto de ACNUR y ACNUR es de Naciones Unidas, es decir, donde están los países más ricos del mundo. Los mismos que organizan guerras y revoluciones por todo el mundo, provocan oleadas de refugiados y luego quieren que los ciudadanos nos hagamos socios y colaboremos todos los meses. ¿Sabes lo que te digo? Que los que instigan las guerras se encarguen de los refugiados. Yo ya pago impuestos. Si quieren los políticos ayudar a esa pobre gente, que lo hagan, pero que no me pidan nada más.

—Hasta luego, que tengáis un buen día.

—Igualmente, guapa, que te vaya bien.

Siempre he considerado a mi tío Joaquín como una persona sarcástica, pero me dejó de piedra con lo que le había dicho a la voluntaria de ACNUR. Cuando nos alejamos unos metros se lo reproché.

—Tío, has estado muy borde, la chica estaba trabajando. Con decir «No, gracias» era suficiente.

—¿Qué pasa, Juan? ¿Querías quedar con ella esta noche?

—Joder, tío, ¿que tendrá que ver una cosa con otra? Has sido muy borde y lo sabes.

Él se empezó a reír a carcajadas.

—Ya lo sé, lo único que quiero es que si me ve otro día no se dirija a mí.

Nos sentamos en una terraza de la plaza. Mi tío Joaquín se volvió y le hizo al camarero el signo de la victoria o, lo que es lo mismo, le pidió dos cervezas sin despegar los labios. Enseguida vino con dos copas grandes y frías y unas tapas de queso manchego.

—Gracias, Paco —le dijo sonriente y, mirándome fijamente, se dirigió a mí—: Juan, a veces pienso en lo que me contaste del avión, me quedé atónito. Ya sé que ha pasado mucho tiempo, pero cada vez que te veo me acuerdo, no lo puedo evitar.

—Tío, pasó hace más de un año, olvídale.

—¡Joder! ¿Cómo quieres que lo olvide? ¿Sabes cuántos vuelos hay en España a diario? Habrá 3000 o 4000. ¿Y sabes cuántos accidentes con muertos ha habido en los últimos veinte años? Ninguno, hasta el del año pasado, y era precisamente el avión que ibas a coger tú. ¿Y me dices que lo olvide? Podrías estar muerto. ¿Sabes lo que creo? Que te protegió tu ángel de la guarda o simplemente no había llegado tu hora.

—A ver, tío, hay gente que llega al aeropuerto, tiene un mal presentimiento y no embarca, a otros se les estropea el coche, no llegan a tiempo y pierden el avión. En mi caso, cogí una gastroenteritis y anulé el pasaje dos días antes. No el mismo día, dos días antes. No sé lo que comí o me sentó mal, pero pasé unos días muy malos con diarrea. Desde entonces creo en el destino, y el mío no era morir ese día. Gracias por no decírselo a nadie, tú eres el único que lo sabe.

—Me dijiste que mantuviera el secreto, aunque creo que a tus padres sí se lo deberías haber contado, ¿por qué tanto secretismo?

—Mis padres estaban de vacaciones, no quería preocuparlos. Cuando volvieron preferí no decírselo y, en resumen, no quiero que la gente diga que soy un afortunado, que estoy vivo de milagro o estupideces así.

—¿Sabía alguien que ibas a Las Palmas?

—No, nadie. Un día hablé por teléfono con mi amigo Alfonso, su padre es militar y le destinaron allí hace unos años. Le conté que no tenía muchos planes para el verano y me dijo que fuera a pasar unos días a su casa, con su familia. Pensé: «Por qué no? Nunca he estado en Canarias». Una mañana fui a la agencia de viajes, era lunes, me acuerdo perfectamente. Saqué el billete para el miércoles 20 de agosto. Era el vuelo de Spanair, el que tuvo el accidente. Por la tarde me puse muy malo, empecé a vomitar y llamé a la agencia para anular el billete. No le había dicho a Alfonso cuándo iba a ir. Ese día jamás se me olvidará, por muchos años que pasen. Tío, prefiero cambiar de tema, vamos a hablar de otra cosa.

—Está bien, como quieras. A ver, cuéntame, ¿qué tal te va todo? Vienes poco a vernos y cuando lo haces es porque algo te pasa y quieres hablar con tu tío. Sabes de sobra que te apoyaré en todo lo que pueda. Tus hermanos y tú sois mi única familia.

—Verás, tío, no sé por dónde empezar. Ayer me despidieron y además estoy pasando una mala época con Marina. La verdad es que el trabajo no era gran cosa, muy monótono, pero en el metro tardaba poco tiempo en llegar y era solo de mañana. Me han dicho que la facturación ha caído, que la crisis va para largo y que al ser joven y no tener cargas familiares preferían echarme a mí antes que a otro.

Con estos datos era suficiente, no tenía por qué entrar en más detalles.

Mi tío me respondió con una de sus típicas frases:

—Juan, como diría Jack el Destripador, vayamos por partes. Cuando se cierra una puerta siempre se abre una ventana, las cosas nunca pasan porque sí, lo bueno siempre está por llegar. Fíjate en mí, cuando aprobé la oposición me destinaron a Toledo, era la primera vez que salía de Madrid. Yo lo único que pensaba era en estar aquí el menor tiempo posible y pedir el traslado a Madrid en cuanto pudiera, pero conocí a tu tía Elvira, nos casamos y hace veinticinco años que soy un toledano más. Con todo esto te quiero decir que la vida da muchas vueltas y nunca se sabe qué nos deparará el mañana. Creo que deberías tomarte unos meses sabáticos y después decidir si quieres opositar, empezar a buscar trabajo... Supongo que no tendrás problemas de dinero, que tus padres te habrán dejado el futuro resuelto. Cuando quieras volver a trabajar, dímelo, tengo en la agenda los teléfonos de algunos amigos de tu madre que quizás te puedan ayudar.

—A ver, problemas de pasta no tengo. Podría vivir sin trabajar el resto de mi vida, pero no puedo estar sin hacer nada. Te voy a hacer caso y me voy a tomar un par de meses sabáticos, aprovecharé el tiempo para reflexionar. Ya te llamaré cuando haya decidido algo.

—Me parece muy bien. Hay que parar de vez en cuando y pensar qué queremos hacer en el futuro. Y respecto a Marina, ¿tenéis altibajos o qué?

—Creo que no es la mujer de mi vida, sé que tarde o temprano cada uno tomará su camino. Tal vez sea mejor dejarlo ahora que más tarde.

Mi tío tomó un buen sorbo de cerveza y miró al cielo.

—Ahí no te puedo ayudar, si va a ser tu compañera los próximos años lo debes decidir tú. Lo único que te voy a decir es lo que me dijo Aurelio cuando yo tenía quince o dieciséis años. ¿Sabes quién es Aurelio? ¿Te he hablado alguna vez de él?

—Ahora no recuerdo, pero me suena ese nombre.

—Aurelio era un compañero de trabajo de tu abuelo. Era de un pueblo de Salamanca, cerca de Béjar. Vino a Madrid cuando era muy joven y estuvo muchos años trabajando con él. De vez en cuando venía a casa a comer con nosotros, era muy risueño y siempre estaba diciendo refranes y dichos de pueblo. Bueno, a lo que voy, cuando yo era un crío me preguntó si ya estaba tonteando con alguna chica. Le dije que no. Me soltó un refrán y me advirtió: «Espero que no se te olvide». Me dijo: «Busca una mujer que sea buena persona, trabajadora y limpia, y, si la quieres guapa, la pagas». En ese momento no lo entendí, pero con los años he de darle la razón. También solía decir muchas veces, refiriéndose a las mujeres: «Si te sale regular no la busques buena». Contéstame, ¿qué opinas de tu tía Elvira?

No sabía qué responderle o, mejor dicho, no sabía por dónde iba mi tío. Solamente le dije que me caía muy bien y que era buena gente.

—Efectivamente, eso para mí es lo más importante. Elvira es todo bondad, nunca he discutido con ella de nada, me hace la vida muy fácil y es imposible llevarse mal con ella. Cuando estoy enfadado por algo, me mira y se me pasa el cabreo. Tu tía no es muy guapa, tiene pocas tetas y mucho culo, pero me da igual, estoy a gusto con ella las veinticuatro horas del día y no solo veinte minutos. He tenido mucha suerte al conocerla. Dios no ha querido que tengamos hijos, pero yo la tengo a ella y ella a mí. No sé si te he ayudado en algo.

—Sí, tío, me has ayudado y mucho. Lo tengo todo muy claro. ¿Quieres otra cerveza? —dije para zanjar la conversación. No me interesaba hablar más del tema. Tenía claro lo que debía hacer, buscar a una buena chica y, hasta que la encontrara, follarme a Marina todo lo que pudiera antes de darle la patada. Ahora me iba a tocar reír a mí—. Por cierto, hace tiempo que quería preguntarte una cosa. Mi madre me dijo que antes de nacer yo, llevaste a mi casa a una novia que tuviste que era extrajera y que hablaba muy mal español. Creo recordar que me dijo que fue por su cumpleaños...

—Claro que sí, se llamaba Rebeca y era inglesa. Estaba estudiando Filología Hispánica. Era muy guapa, pasé dos años muy buenos con ella.

—¿Qué pasó entonces? Si no es mucho preguntar...

Mi tío apuró el último sorbo de cerveza, soltó su típica risilla y me dijo:

—Rebeca me preguntó una vez, medio en broma, medio en serio, cuándo nos íbamos a casar. Yo le respondí: «Cuando nos devolváis Gibraltar». En ese momento borró la sonrisa de su cara y me dijo: «Estoy hablando en serio». «Yo también», le respondí. Han pasado más de treinta años y aún no sé quién hablaba en serio, si ella, yo o quizás los dos.

—Tío, me estás vacilando.

—Escúchame, Juan, bromas aparte, era una relación que no tenía futuro. Ella quería volver a Inglaterra al acabar los estudios para trabajar en alguna universidad de allí, y a mí ya me conoces, yo no me voy de España ni por todo el oro del mundo. Además, los ingleses son muy raros, qué puedes esperar de un país donde comen pan de molde y siempre está lloviendo. Yo allí no habría aguantado ni una semana. ¿Recuerdas lo que te he dicho de tu tía Elvira? Pues a todo eso tienes que añadirle que no le gusta viajar. Lo más lejos que hemos ido ha sido a Granada a ver La Alhambra. Por cierto, a final de año queremos volver, creo que no hay obra humana más bonita que La Alhambra. Los que hablan del Taj Mahal es porque no han ido a Granada.

—Pues yo no he visto ni La Alhambra ni el Taj Mahal y no pienso ir. No se me ha perdido nada allí.

A mi tío le entusiasmaba La Alhambra y se puso a hablar de la similitud de la Fuente de los Leones con el Mar de Bronce del Templo de Salomón, de las inscripciones en sus muros y paredes... Pero yo tenía la cabeza en otra cosa, la historia de esa tal Rebeca me reafirmó en lo que pensaba. Marina era muy buena estudiante y no se conformaría con aprobar una oposición, seguro que querría sacarse el doctorado y empezar a zorrear por otras universidades del extranjero y dar charlas, conferencias y gilipolleces de esas.

El camarero trajo otras dos copas de cerveza, esta vez con unas lonchas de jamón serrano y unas olivas verdes de tapa. Estuvimos hablando un buen rato de lo bien que se vivía en una ciudad como Toledo, de su historia, de los reyes visigodos, de la mesa de Salomón, del origen de la Garduña y de lo importante que fue la ciudad en la Temprana Edad Media, cuando Madrid simplemente no existía. También le dije que quería ir a Valladolid a conocer a Delibes y a que me firmara un par de libros. Hablamos de muchas cosas, pero llegó un momento en que mi tío quería hablar de lo que más le gustaba.

—Bueno, vamos a hablar de cosas serias. Esta noche juega a las diez el Atleti contra el Zaragoza. ¿Qué te parece si vamos a la terraza del bar de abajo y lo vemos con un *gin-tonic*? Por cierto, tú nunca hablas de fútbol. ¿No serás del Madrid?

Si le hubiera dicho que sí le habría dado un disgusto, pero no quería vacilarle, así que le dije la verdad.

—Tío, si te soy sincero, no me gusta el fútbol. Lo cierto es que no lo soporto, pero si hay que tomarse un par de *gin-tonics* viendo un partido, te acompaño encantado.

—Perfecto, vamos a ver qué se da hoy. No hemos empezado bien la temporada, pero yo confío en Abel, creo que, si le dejan, va a ser un buen entrenador. Competir con lo que ha fichado el Madrid este verano o con el equipazo que tiene el Barça va a ser complicado, pero el Atleti es el Atleti. Solo te digo que ojo con el mundial de este verano, tenemos un equipazo y un jugador que va a ser Balón de Oro: Andrés Iniesta. No sé para qué te estoy contando todo esto si me has dicho que el fútbol te importa un comino.

—Tío, solo te pido una cosa, si España va a ganar el mundial llámame antes para no salir de casa o irme de Madrid. El año pasado con las celebraciones de la Eurocopa esa estuve atrapado en un atasco más de una hora.

—Ja, jaaa. No te preocupes, si España llega a la final te llamo, aunque supongo que ya lo dirán cien veces por la radio o la tele. Ahora que me acuerdo, no sé si viste ayer la elección de la sede de los Juegos Olímpicos. Estaba acojonado, por un momento pensé que se los daban a Madrid. Menos mal que los del COI utilizaron el sentido común y prefirieron las mulatas a los museos. ¡Viva Río de Janeiro! Qué carita tenían nuestros políticos, se han quedado sin poder construir obras públicas y así no podrán distraer dinero a sus bolsillos.

—Joder, no lo puedo creer, es lo mismo que pensé yo ayer. Exactamente lo mismo, mulatas y caipiriña frente a historia y museos. Esto me confirma que no soy adoptado, que, aunque no me parezca en nada a los moñas de mis hermanos, hay alguien en mi familia que piensa como yo.

A mi tío le entró la risa floja y casi se atragantó con el hueso de una oliva.

—No eres adoptado, no, tienes la misma nariz que tu madre y que yo. Son las dos y cuarto, deberíamos irnos ya a comer, si tardamos Elvira se enfada. El próximo sábado deberías visitarnos otra vez, es el cumpleaños de tu tía y se alegrará mucho si vienes. No hace falta que traigas ningún regalo. Yo le he comprado unos guantes de piel que me han costado 40 euros, son muy buenos, le diremos que fue idea tuya.

Levantó la mano e hizo un gesto al camarero para que viniera a cobrar las cervezas. Cuando este vino a la mesa comenzó a sonreír y le preguntó con sorna:

—Joaquín, tenemos lotería de Navidad, ¿quieres un décimo?

A mi tío se le borró la sonrisa de la cara y le respondió con su habitual retranca.

—Paco, listillo, escúchame bien para que te quede bien clarito, ni borracho voy a comprar lotería, yo ya pago impuestos. Si los políticos quieren más dinero que los suban, pero voluntariamente no les voy a dar ni un puto euro. —Luego se dirigió a mí—: Juan, escúchame bien, esto que te voy a decir es importante. Los políticos hablan mucho de sanidad, educación y servicios sociales... Son milongas. Ellos lo que quieren es mantener sus espléndidos cargos el mayor

tiempo posible. Por eso nos dicen que hay que pagar impuestos para mantener este ineficiente estado de bienestar que tenemos. A los contribuyentes nos sacan la sangre con impuestos cada vez más altos. Como son muchos políticos necesitan mucho dinero. A estos súmales las legiones de asesores, secretarías, chóferes... A los juegos de azar que organiza el Estado los llaman el «impuesto de los tontos», que es, por cierto, una muy buena definición. En la lotería de Navidad, por ejemplo, destinan solo un porcentaje en premios, eso suponiendo que se hayan vendido todos los décimos del número premiado, el resto se lo queda el Estado. Hay que ser idiota para, además de pagar impuestos, darles dinero voluntariamente. Los políticos también promueven las fundaciones y ONG, apelan a nuestros sentimientos y buen corazón para que ayudemos a los más necesitados. No hay que caer en la trampa. ¿Recuerdas unas inundaciones que hubo en Alicante? Creo que fueron hace diez o doce años, la gota fría la llamaron. Pues bien, al día siguiente ya había una cuenta bancaria en televisión para que la gente hiciera donaciones para los damnificados. Si la reconstrucción de las zonas afectadas cuesta equis millones de euros y los ciudadanos como estúpidos ingresamos dinero en esa cuenta, menos pasta tienen que poner las Administraciones y más les queda a ellos para sus redes clientelares. Cuando veas una ONG o una fundación sal corriendo, lo único que quieren es meterte la mano en la cartera. Si quieres ayudar a la gente dales agua, comida o ropa, nunca dinero. Espero que no se te olvide nunca, el dinero se pierde por el camino en el bolsillo de alguno.

—Sí, tío, lo tendré en cuenta.

Hacía tiempo que no lo veía y se estaba volviendo un poco radical. Yo creía que lo de convertirse en un viejo cascarrabias era a partir de los ochenta años y mi tío ni siquiera tenía sesenta. Le podía haber dicho que los políticos, al igual que los periodistas o los abogados, hay buenos, malos y regulares. Pero pensé: «¿Para qué le voy a contradecir?». Como era muy testarudo y no le iba a hacer cambiar de opinión, ¿por qué perder el tiempo?

El fin de semana fue fantástico. Mi tía Elvira era una excelente cocinera, no había ningún plato que no le saliera bien. Después de una gran comida y de una buena sobremesa con café y chupitos, fuimos a visitar la parte histórica. Solo vimos la Sinagoga del Tránsito y el Museo del Greco, es imposible ver todos los monumentos de Toledo en una tarde, se necesita una semana como mínimo. Después cenamos a una terraza. Mi tía se subió a casa nada más acabar y nosotros nos quedamos a ver el fútbol. El Atleti ganó dos a uno al Zaragoza. Solo me enteré de que metió un gol un futbolista que se llamaba Antonio López, igual que el pintor. Nos tomamos dos *gin-tonics* como dos soles. Mi tío siempre decía que cuando ganaba el Atleti los cubatas entraban mejor. A mí me entraban siempre bien, ganara quien ganara.

Al día siguiente fuimos a ver la catedral y los invité a comer en un buen restaurante, era lo menos que podía hacer. Ellos siempre me habían tratado como si fuera su hijo, el hijo que siempre quisieron tener y que no llegó nunca. Siempre se habían volcado más conmigo que con los moños de mis hermanos, al fin y al cabo, ellos eran los niños perfectos, los educados, los de los sobresalientes... y yo era el borde, el que suspendía o aprobaba raspado. En el fondo, mi tío Joaquín sabía que yo era el más parecido a él, y no solo por tener la misma nariz.

Después de meternos entre pecho y espalda medio corderito y una botella de Rivera del Duero, mi tío me convenció para que me quedara a dormir y regresara el lunes por la mañana, de ese modo evitaría los atascos de los domingueros en las entradas de Madrid. No podían disimular lo felices que estaban de tener a su sobrino predilecto el fin de semana con ellos. Mi tío me hablaba

con entusiasmo de todos los monumentos que no habíamos podido visitar. Tenía la excusa perfecta para decirme que fuera a verlos más a menudo.

CAPÍTULO 2

Al día siguiente llegué a Madrid a mediodía. Cuando iba a abrir la puerta me vino un maravilloso olor a comida. Hilaria ya debía de llevar en casa un par de horas. Era la mejor cocinera que había conocido en mi vida, mejor incluso que mi tía Elvira. Hacía unos guisos que no parecían de este mundo. Ella era, junto a mis hermanos, la única persona que tenía llaves de casa. Venía todos los lunes a la hora que quería, no tenía un horario fijo. Algunos días me esperaba hasta que llegaba de trabajar, a las tres y media, y otros llegaba pronto y se marchaba cuando acaba sus tareas.

Como no quería asustarla toqué el timbre y la llamé de viva voz.

—Soy Juan, Hilaria, soy Juan.

—Estoy en la cocina. Pero ¿qué haces aquí? ¿Estás de vacaciones?

—El viernes me despidieron, me dijeron que con la crisis sobramos gente.

—Cuánto lo siento. No te preocupes, seguro que pronto encuentras un trabajo mejor. El destino es así de caprichoso.

—¿El destino, Hilaria? ¿Crees en el destino?

—Por supuesto —me respondió de forma categórica—. El destino es el culpable de que tú vivas en el barrio de Salamanca y yo en Vicálvaro. Además, los dos hemos nacido en el primer mundo y no en una aldea africana. Todos estamos predestinados a nacer en un lugar y a hacer una serie de cosas en nuestra vida. Tus padres me dieron la oportunidad de trabajar en esta casa cuando tú aún estabas en el vientre de tu madre. ¿Crees que fue el destino o una simple casualidad? Si hubieran contratado a otra persona, tú jamás me habrías conocido. Seríamos como los millones y millones de personas que nacen, viven y mueren, e ignoran la existencia de los otros.

—Yo cada vez creo más en el destino y menos en las casualidades.

—Juan, no existen las casualidades, las cosas pasan porque tienen que pasar, el destino de cada persona está escrito antes de que nazca.

—Pero, Hilaria, entonces, ¿crees que la muerte de mis padres fue cosa del destino?

En ese momento dejó de picar la cebolla y me miró.

—No lo sé, Juan.

Luego se dio la vuelta y siguió cocinando. Igual que nunca la había visto sonreír, tampoco la había visto nunca llorar al picar la cebolla. Enseguida comenzó a contarme lo que había hecho.

—Ya he limpiado todo menos tu dormitorio, tienes todos los libros desordenados y no he querido tocar nada. Te he planchado la ropa y respecto a la comida, ya sabes, separas un poco para hoy y el resto, cuando se enfríe, lo metes en los táperes y al frigorífico.

Me estaba hablando de la comida y todavía no había acabado de hacerla. Era evidente que no quería hablar de la muerte de mis padres. No iba a ser yo quien la obligara a tener una conversación que no deseaba. Suponía que Hilaria, a su manera, también los echaba de menos.

Inmediatamente cambié de tema.

—Hilaria, me tienes que enseñar a cocinar, cocinas como los ángeles.

—¿Crees que los ángeles cocinan?

—No lo sé, pero, de ser así, lo harían peor que tú. ¿Me vas a enseñar o no?

—Algunos guisos sí puedo, otros no. Hay recetas de mi familia que se pasan de abuelas a madres y de madres a hijas, no se pueden enseñar a nadie. Para condimentarlos utilizo ciertas hierbas en su justa medida y proporción. Hay hierbas silvestres que solo las cojo en mi pueblo. Desde pequeña mi madre me enseñó a buscarlas.

—¿De qué pueblo eres? —le pregunté por simple curiosidad. En realidad, nunca me había importado de dónde era.

—De Pareja, en la provincia de Guadalajara. ¿Has estado alguna vez en Guadalajara?

—No.

—Guadalajara es una provincia que está vacía, no vive casi nadie. Puedes matar a un hombre y nadie lo encontraría. Las alimañas y los buitres se comerían el cadáver antes de que lo descubriera alguien.

Estaba cansado del fin de semana y no tenía muchas ganas de hablar con Hilaria, pero en realidad sí había estado en Guadalajara. Había ido a menudo con los colegas a pasar algunos fines de semana al pueblo de Jorge, su familia era de allí. Tenían un caserón antiguo en un pueblo muy pequeño de la sierra norte, a unos 150 kilómetros de Madrid. Buscábamos setas y niscalos, subíamos montañas y bebíamos cerveza todo el día sin miedo a decir tonterías a la hora de la cena. Pero en una cosa sí llevaba razón Hilaria, era una provincia sin gente, había bosques inmensos donde, si te perdías, había que empezar a rezar para que alguien te encontrase.

—Juan, esta mañana he visto al cura ese que venía aquí alguna vez, Rafael se llama, ¿no? Se acercaba con ganas de decirme algo. Yo no le he hecho ni caso, he mirado para otro lado y he seguido andando por la acera.

—Sí, don Rafael se llama, es buena persona, pero muy pesado.

—¿Sabes lo que decía mi madre de los curas? «No metas cura en casa si paz quieres tener, el bueno viene a sacar y el malo viene a meter».

—Hilaria, a ti nunca te han caído bien los curas, ¿verdad?

—No, si pudiera los quemaba a todos, y al obispo de Roma el primero.

No pude aguantarme la risa, sus frases eran lapidarias.

Me fui a mi dormitorio a recoger los libros para que pudiera limpiarlo. Solo se encargaba de la cocina, el salón, un servicio y mi cuarto. El resto de la casa me sobraba, excepto la habitación de mis padres, que tanto le gustaba a Marina. Luego me tumbé en el sofá a ver la tele. No pude evitar pensar en mis padres, había pasado casi un año de su muerte y todo me recordaba a ellos, no solo las fotos. A veces tenía la sensación de que no se habían ido, que seguían en casa.

Hay un viejo refrán castellano que dice: «Dios los cría y ellos se juntan». Esto es precisamente lo que les ocurrió a mis padres. Se conocieron en un acto que reconocía a los estudiantes más brillantes de Madrid. Al año siguiente fueron a la universidad, mi padre Ingeniería de Caminos y mi madre Filosofía y Letras. Quedaban los domingos a tomar chocolate, ir a misa y pasear por el Retiro. Mi abuelo paterno era un industrial que hizo mucho dinero en la posguerra y no veía bien que mi padre empezara a salir con una chica de Aluche, hija de un sepulturero, pero no le quedó más remedio que aceptarlo. Eran unos estudiantes excelentes, acabaron sus respectivas carreras

con sobresalientes y matrículas de honor. Mi padre empezó a trabajar en una de las mayores empresas constructoras del país. Mi madre se quedó a dar clase en la universidad e hizo el doctorado. Con ayuda de mi abuelo compraron el piso donde yo seguía viviendo, se casaron y al año siguiente tuvieron a los gemelos, Mateo y Marcos. No pensaron mucho los nombres, los llamaron como a los evangelistas. Al igual que mis padres, mis hermanos también eran niños de sobresalientes, sacaban las mejores notas en el colegio. Eran una familia feliz y admirada por todos, el ingeniero, la profesora y sus hijos gemelos, buenos estudiantes y muy respetuosos con todo el mundo. Los cuatro comulgaban los domingos en misa de doce. Era todo perfecto. La familia unida, trabajadora y cristiana. Pero un buen día mi madre descubrió que estaba embarazada, ya tenía cuarenta años y dos hijos de diez. Nunca se le pasó por la cabeza abortar. Era tan cristiana, católica, apostólica y romana que lo consideraba un asesinato. Aceptaron la nueva situación con una resignación estoica digna de admirar. Para mis padres Dios era el único que daba y quitaba la vida, por ello consideraban que mi llegada al mundo era voluntad divina. Una vez le pregunté a mi madre si fui un hijo deseado y ella me dijo que sí, tal vez fue la única vez en su vida que me mintió.

Vine al mundo en una clínica no muy lejos de casa. Mi padre siempre decía que me oyó llorar por primera vez después de las doce de la noche del 27 de marzo de 1984 y que por tanto nació el día 28. La comadrona, sin embargo, aseguró que mi padre tenía el reloj adelantado, ya que faltaban dos minutos para medianoche. Mi padre no era nada testarudo, cedió y me inscribió en el Registro Civil como nacido ese día. Como ya tenían dos hijos con nombre de evangelista, pensaron en hacer lo mismo conmigo. Tenían que elegir entre Juan, el discípulo amado, y Lucas, el conciliador, el que contribuyó a evitar un cisma en la Iglesia primitiva entre los seguidores de Pedro y de Pablo. Yo nunca he sido un pacificador, si veo una pelea no voy a separar a nadie, es más, me gusta verlo. Se decidieron por Juan. tenía gracia, poner el nombre del discípulo amado a un hijo no deseado, o al menos eso creía yo.

Fui a la cocina a preguntarle a Hilaria.

—¿Cuánto tiempo llevas viniendo a casa?

—Veinticinco años. Desde unos meses antes de que tú nacieras.

—Dime, ¿fui un hijo deseado?

—No —me respondió contundente.

—Pues mi madre me dijo que sí. ¿Me mintió entonces?

—No, no te mintió. Tu madre deseaba que nacieras bien y con salud. Por eso te dijo que eras un hijo deseado. La pregunta que debías haberle hecho es: «¿Deseabas concebir otro hijo?». Te voy a contar algo que creo que deberías saber. A los pocos días de empezar a trabajar aquí, vinieron una tarde dos amigas de tu madre a tomar café. Empezó a decirles que tenía que dejar de dar clase la mitad del curso, que tenía que volver a aprender a cambiar pañales, que iba a pasar noches en vela aguantando lloros de bebé... Una de las amigas le dijo que podía solucionar el problema en media hora, que, aunque el aborto todavía no era legal, ella conocía una clínica que lo hacía. Tu madre enseguida la ordenó callar, le dijo: «Eso no lo digas ni en broma»

—¿Quién era esa mujer? —le pregunté enfadado.

—Una pelirroja. Creo que se llamaba Adela.

—¿Adela? ¡Será hija de puta! ¡Quería matarme, la hija de la gran puta! Aún me acuerdo de que cuando era pequeño me ponía la mano en la cabeza y decía: «Qué niño tan guapo, ¿cómo te llamas?». Ya podía haber abortado ella, así no habría tenido a su hija Adelita, es más fea que el culo de un mono, la va a tener que casar con un ciego.

Estaba muy cabreado, no recordaba haber estado así de cabreado en mucho tiempo. Enseguida me arrepentí de la barbaridad que había dicho, pues, aunque Adelita era fea, era muy buena chica y no merecía que hablara así de ella.

Hilaria me puso las manos en los hombros y me miró de una forma hipnótica.

—Tranquilo, eso pasó hace veinticinco años. Tu madre no pensó jamás en abortar. Y, si hubiera existido una mínima posibilidad de ello, yo lo habría impedido.

—¿Qué habrías hecho? —le pregunté sorprendido.

—Simplemente habría hablado con ella y la habría convencido.

—¿Quién eres Hilaria, mi ángel de la guarda?

—Sí, algo parecido.

Era curioso, llevaba más de veinticinco años viniendo a casa y nunca había hablado tanto con ella como en los últimos meses, desde que murieron mis padres. Antes era como un fantasma que no hacía más que trabajar. Solo hablaba con mi madre, con los demás cruzaba solo las palabras imprescindibles. Aparentaba unos sesenta años, bueno en realidad siempre había aparentado esa edad, parecía que su rostro no envejecía. Su cara era inexpresiva, solo movía la boca cuando hablaba y, si no hablaba, no movía ni un solo músculo. Lo más característico de ella eran sus ojos, te atravesaban. Cuando te miraba fijamente parecía que te iba a hipnotizar. El portero me dijo en una ocasión que le daba miedo, que parecía una mujer sacada de una película de terror. Yo me reí y le dije que algún día tenía que venir a mi casa a probar los guisos que hacía, quizás el terror lo tendría después, al comer un menú del día en algún restaurante de barrio.

Mi madre me contó un día que Hilaria me salvó dos veces la vida. Yo era tan pequeño que no tenía ni siquiera un vago recuerdo de aquello, pero según mi madre yo seguía vivo gracias a ella. Una vez estaban las dos en su habitación sacando y colocando ropa de su armario y, de repente, Hilaria salió corriendo hacia la cocina y me cogió cuando ya tenía más de medio cuerpo fuera de la ventana y estaba agarrado a las cuerdas del tendedero del patio de luces. Mi madre me contó que no le dio tiempo a gritar cuando Hilaria ya me había cogido de un brazo y me había metido dentro. Debía de tener dos o tres años y había arrimado una silla a la ventana para intentar coger un pajarillo que estaba en las cuerdas. En otra ocasión me llevaron las dos a hacer la compra semanal y yo eché a correr hacia la calzada y, justo antes de salir de la acera, Hilaria me agarró de la capucha del abrigo y, según mi madre, me dijo: «¿Dónde vas pequeño? Aún no ha llegado tu hora, tienes cosas muy importantes que hacer cuando seas mayor». Habían pasado muchos años de aquello, pero, aunque solo una vez Hilaria no hubiera estado ahí, yo ahora no estaría aquí.

Cuando murieron mis padres le dije que viniera solo un día por semana en vez de tres. En realidad, yo podía limpiar la casa, pero era incapaz de despedirla después de tantos años. Además, cocinar como ella era imposible, ni aun viviendo varias vidas.

Sobre las dos y media Hilaria acabó sus tareas y se marchó. De inmediato fui a ver lo que había guisado. Había dos cacerolas grandes, una con alubias con oreja y chorizo y la otra con una especie de potaje de garbanzos que debía de ser típico de su pueblo. Solo con olerlo alimentaba. Me preparé un buen plato de alubias. En ese momento no pensaba en nada, ni en Marina, ni en el trabajo... Tenía todos los sentidos en el manjar que estaba comiendo, un plato así resucitaría a un muerto. Después de comer me fui al salón y me tumbé en el sofá.

No tenía ganas de ver a Marina, pero había quedado en que el lunes la llamaría. Según me preparaba el café me repetía a mí mismo que debía estar tranquilo y hablar con ella como siempre lo hacía. No se me tenía que notar ningún resentimiento hacia ella. No quería que se diera cuenta de que sabía que se estaba follando a otro, no por ahora. Nunca le enviaba mensajes, siempre la llamaba, quería oír su voz, sus silencios, sus titubeos, su alegría, sus estados de ánimo... Su voz y su cara eran transparentes, como un libro abierto, Marina sería una mala jugadora de póker.

A las cuatro la llamé. Descolgó enseguida, como si tuviera el móvil en la mano esperando mi llamada.

—Hola, Marina, ¿qué tal todo?

—Bien. ¿Qué tal por Toledo con tus tíos?

—Muy bien, ya sabes que con mi tío Joaquín es imposible aburrirse. Oye, ¿quedamos esta tarde?

—Vale, pero mejor a última hora, quiero ir a la facultad a estudiar. ¿Qué habías pensado?

—¿Qué te parece si vienes a mi casa y cenamos viendo alguna peli? —improvisé. Era perfecto que quisiera estudiar por la tarde, cuantas menos horas estuviera con ella mejor.

—De acuerdo, me paso sobre las nueve. Tengo *Alatriste* en DVD, ¿la llevo?

—Sí, tráetela, está muy bien.

—¿La has visto ya? —me preguntó sorprendida. Hacía meses que me hablaba de que teníamos que verla algún día. Al ser historiadora le gustaba el cine de aventuras antiguas.

—No, pero he leído todos los libros, los seis, y están muy bien. Espero que la película se parezca bastante. No sería la primera vez que han llevado al cine buenos libros y los han destrozado.

—Me paso entonces sobre las nueve. ¿Quieres que me quede a dormir?

Una de las virtudes de Marina era que cuando quería decir algo lo decía directamente, no se andaba con rodeos.

—Sí, y tráete una *pizza* para cenar.

—De acuerdo, hasta luego. Un beso.

Nada más colgar empecé a analizar la conversación. Yo había estado impecable, había utilizado las palabras y el tono de voz de siempre. Marina, sin embargo, tenía una voz un poco apagada, no sabía si de dormida, aburrida o afligida. Había pasado varias noches en mi casa, pero era la primera vez que lo proponía ella. Siempre era yo quien lo planteaba. A mí en realidad me daba igual, lo importante era acostarme con ella, el hecho de dormir juntos era secundario. Estaba algo desconcertado, ¿por qué quería quedarse hoy? El viernes había estado con un tío y el lunes

quería pasar la noche conmigo. En ese momento me acordé de un refrán que utilizaba mucho mi tío Joaquín y que dice algo así como «A la que le gusta, le gusta y mucho».

Llegó a casa justo a las nueve, con la puntualidad de un reloj suizo. Cuando abrí la puerta entró enseguida, dejó la *pizza* y el bolso en la mesita de la entrada, cerró la puerta, se abalanzó sobre mí y me besó como si se fuera a acabar el mundo en ese preciso momento. Estaba desatada, jamás me había besado así. Solo separó un momento sus labios de los míos para decirme al oído: «Vamos a la cama». Fuimos directos a la habitación de mis padres y en cuestión de segundos se desnudó y me desnudó. Me empujó a la cama, caí de espaldas y se subió encima. Parecía más una jinetera del Caribe que una princesita madrileña. Hacía mucho tiempo que no se mostraba tan fervorosa en la cama. La última vez fue en verano, cuando tuvimos que suspender las vacaciones a Galicia porque enfermó su madre. Cuando mejoró, vino a casa y me agradeció a su manera lo comprensivo que había sido anulando el viaje y perdiendo la señal.

Marina, al igual que la mayoría de las mujeres, creía que a través del sexo podían hacer de un hombre lo que quisieran y no le faltaba razón, pero no era mi caso, yo siempre pensaba más con la cabeza que con la polla y no iba a olvidar su infidelidad. Me entró curiosidad por saber cómo se habría portado con aquel tipo el viernes anterior, ¿lo habría hecho con tanto frenesí como conmigo? Nunca lo sabría. Marina tenía unas tetas perfectas, no me cansaba de mirarlas y ver cómo desafiaban la ley de la gravedad. En ese instante recordé lo de apuntar en una libreta los días que me acostaba con ella y la cantidad de euros que me estaba ahorrando. Empezaría ese mismo día. *Lunes, 5 de octubre de 2009, 40 euros.*

Después de tanta dedicación cayó rendida a mi lado, me abrazó y me susurró:

—Te he echado de menos. Nos vemos poco, deberíamos vernos más. Por lo menos un par de veces por semana.

Si esto me lo hubiera dicho una semana antes, habría sido el hombre más feliz del mundo, pero ya me daba igual lo que dijera. Ya no la veía como mi novia, sino como un cuerpo, un cuerpo muy bonito, pero solo eso. Le contesté lo primero que se me ocurrió:

—Vamos al comedor, la *pizza* estará ya fría.

Según me vestía, la miré y la dediqué la mejor de mis sonrisas. Estaba muy atractiva, desnuda en la cama de mis padres. Yo solo pensaba en que me había engañado con otro y hacía muchos esfuerzos para que no se me notara. Fui al baño, me lavé la cara con agua fría y empecé a darle vueltas a la pasión desmedida de Marina. Quizás se sentía culpable y no se atrevía a decírmelo. Acababa de tener sexo con una mujer guapa, inteligente y con un cuerpazo que quitaba el hipo. Debería estar feliz, pero no, no lo estaba, era un cornudo más de los miles que hay en España. Por un momento se me pasó por la cabeza decirle: «Coge la *pizza*, vete a tu puta casa y olvídame». Pero al instante deseché la idea, ese tipo de frases salen de las tripas, no de la cabeza, y sabía que, si se lo hubiera dicho, después me habría arrepentido. Con la cara mojada y viéndome en el espejo me vino la luz, como a Pablo de Tarso cuando se cayó del caballo. Si se sentía culpable, como yo creía, tenía que hacer que se sintiera más culpable aún. Volví a la habitación y la abracé.

—No te he contestado antes, pero te lo digo ahora: nos veremos siempre que tú quieras, ojalá sea todos los días. Eres la persona más importante que hay en mi vida, por ti haría cualquier cosa, lo que me pidieras.

Me miró fijamente y se le empezaron a humedecer los ojos. Mis sospechas se confirmaron, era cuestión de tiempo que me lo confesara. Fuimos al salón y nos comimos la *pizza* viendo cómo el capitán Alatraste mataba holandeses uno tras otro. Yo no entendía nada de geografía, pero ella me explicó la diferencia entre Flandes, Holanda y los Países Bajos. Cuando acabó la película llegó el momento perfecto de hacer que se sintiera peor.

—Tengo que decirte algo, el viernes me despidieron. Dicen que con la crisis sobramos gente y me ha tocado a mí. Por eso te llamé, estaba hecho polvo y quería pasar la tarde contigo.

Marina se quedó muda por un momento, pero enseguida se repuso.

—¿Por qué no me lo dijiste cuando me llamaste?

—No quería molestarte, estabas en la facultad estudiando con Sonia. Pensé que ya te lo diría en otra ocasión.

Me abrazó sin decir nada. Estaba a punto de llorar, pero no lo hizo. Estaba consiguiendo mi objetivo, hacer que sintiera como una auténtica zorra. Marina no tenía secretos para mí, me contaba todo lo que era importante para ella y yo siempre escuchaba con interés lo que me decía de su familia, de sus estudios... Esa era la primera vez que me ocultaba algo. Tenía curiosidad por saber cuánto tiempo tardaría en confesar que me había engañado con otro tipo. Igual nunca me lo decía, pero tenía que hacer todo lo posible para que así fuera.

Al cabo de un buen rato me dijo:

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a buscar trabajo?

—No, por ahora no. Voy a tomarme unos meses de relax. Es el consejo que me ha dado mi tío Joaquín y le voy a hacer caso.

—¿Por qué haces tanto caso a tu tío? Tú siempre has hecho lo que te ha dado la gana, nunca has aceptado consejos de nadie. Y a tus hermanos, a tus otros tíos y primos, ¿por qué nunca los llamas? ¿No sabes nada de ellos? Parece como si solo tuvieras a tu tío Joaquín.

—Mis hermanos tienen su trabajo y su familia, no quiero agobiarlos con mis problemas. Y mis tíos tienen sus empresas y trabajan de sol a sol. Están siempre muy ocupados, mis primos también. Sin embargo, mi tío Joaquín es funcionario, trabaja solo por la mañana y siempre que le llamo me coge el teléfono sea a la hora que sea. Además, para él yo soy como un hijo.

Ella sabía perfectamente quién era la familia de mi padre y la de mi madre. Seguramente se preguntaría más de una vez por qué la había llevado a Toledo a ver a mis tíos y, sin embargo, no conocía a ningún miembro de la familia de mi padre. Marina era un poco clasista, ciertamente sabía que mi familia paterna tenía una buena posición económica y estaba bien relacionada. En una ocasión le tuve que decir que el título de conde se lo quedó el hermano mayor de mi padre por ser el primogénito. Tenía gracia que se preocupara más que yo del título nobiliario de mi familia. No entendía que hoy en día ser conde o marqués tenía más inconvenientes que ventajas.

Al día siguiente me despertó sobre las ocho. Me dijo que se iba a la facultad y que no tenía que llevarla, iba a coger el metro. A las nueve me levanté y empecé a sentirme mal, como si tuviera unas décimas de fiebre. Igual me había pegado la gripe o algún virus. No la podía culpar de nada después de lo entregada que había estado esa noche. Tenía que ir al médico.

Entré en el centro de salud y me puse en la cola. Tenía dos personas delante, pero me quedé un poco separado de ellas. Al instante llegó un hombre y se puso delante de mí. No era muy mayor, tendría unos cuarenta años, pesaría sesenta kilos, no más, y tenía una cara de gilipollas que no podía con ella. No me lo podía creer, se me había colado un tío delante de mis narices.

—Oye, perdona —le dije.

Pero no me dejó seguir, me dijo que había llegado antes que yo y que creía que la cola estaba detrás de un viejo que había junto a mí y no sé qué más. En fin, como no tenía ganas de discutir, le hice un gesto con la mano y le dije que pasara. El muy idiota seguía hablando, quería hacerme creer que llevaba razón y no se había colado. Yo me callé, pero me dieron ganas de decirle: «Escúchame, subnormal, te he dicho que pases y sigues dándome la brasa, ¿por qué no te callas de una puta vez?». Hice muy bien en no contestarle, bastante tenía el pobre con esa cara que Dios le había dado y ese acento de paleta con el que hablaba, a saber de qué pueblo era. En realidad, ese palurdo había tenido mucha suerte de que fuera yo. Si se hubiera colado delante de otro, le habría dicho cuatro cosas o le habría hecho callar de un puñetazo en la boca. Era cuestión de tiempo, a ese idiota tarde o temprano alguien le iba a partir la cara, pero no iba a ser yo.

Al fondo de la sala de espera, en la zona de las consultas, estaba Carmelo, un antiguo compañero de instituto. El muy gilipollas me estaba mirando, esperando que le saludara. Ya podía esperar sentado, aún me acordaba de cuando lo vi un día por la calle Rufino Blanco y, según se me acercaba, miró para otro lado para evitar saludarme. En ese momento no me enfadé, ni me pregunté por qué había girado la cabeza cuando me vio, simplemente pensé: «Allá él». Y, como decía el refrán: «Arrieros somos y en el camino nos encontraremos».

El médico me dijo que tenía un simple resfriado. Me hizo unas recetas y me puso un tratamiento para seis días. Con los guisos de Hilaria y con la gran compra que había hecho la semana anterior, el constipado era la excusa perfecta para estar encerrado en casa los siguientes días leyendo y viendo películas. Pensaba que me iba a sentar bien estar aislado del mundo unos días. Fui a la farmacia a por los medicamentos, pero, antes de enclaustrarme, tenía que comprar algo de carne y pan para una semana. No pude resistirme a unos sesos de cerdo que desde el expositor de la carnicería me decían: «Llévame contigo». Hacía al menos un par de meses que no los comía.

Cuando ya lo tenía todo e iba hacia casa, vi a don Rafael. ¡Qué mala suerte! No tenía escapatoria, venía hacia mí. No era normal verle dos veces en cinco días, parecía como si quisiera hacerse el contradicho conmigo.

—Juan, ¿qué tal por Toledo? No sabía que tenías familia allí.

—Buenos días, don Rafael. Bien, muy bien. Es el hermano de mi madre, es normal que usted no los conozca.

—Oye, nos vimos el otro día y hoy. ¿Estás de vacaciones?

—No, me han despedido. La crisis tiene la culpa.

—Cuánto lo siento. Lo malo de estar desocupado es que se tiene mucho tiempo libre y ya se sabe, se piensa mucho y se da a todo muchas vueltas en la cabeza. Espero que emplees bien el tiempo y no te abandones hasta que encuentres otro trabajo.

—Por ahora no voy a buscar, voy a tomarme unos meses sabáticos. En un futuro ya veré lo que hago.

—Deberías buscar ya. Un hombre debe estar ocupado, las malas acciones y los malos pensamientos son más comunes en las personas sin obligaciones. La pereza es un gran pecado, es el abandono de todo, primero del cuerpo y luego del espíritu.

Me estaba enfadando. No llevaba ni un minuto hablando con él y ya me había soltado el primer sermón. ¿Quién se había creído que era? ¿Mi padre? Tenía que decirle sutilmente un par de cosas.

—Don Rafael, ¿cuánto tiempo lleva usted en la parroquia? —le pregunté indignado.

—Los mismos años que tienes tú. Llegué un par de semanas antes de que nacieras, yo te bauticé. ¿Por qué lo preguntas?

—Se lo digo porque yo creía que a los sacerdotes recién ordenados los destinaban a los pueblos o a las iglesias de las afueras. No que fueran directos a las parroquias del centro y que ya no los movieran en veinticinco años.

—Pues no lo sé, Juan, esa es una pregunta para mis superiores, no para mí.

—Yo a quien admiro es a los misioneros, dejan las comodidades de España y se van a ayudar a la gente necesitada del tercer mundo.

No quise decirle que se fuera a África. Simplemente que, si él se atrevía a decirme que buscara trabajo, yo le recordaba a los misioneros abnegados que hay por el mundo.

—Sí, ciertamente son de admirar. Cada uno tiene su misión donde la tiene.

—Y usted la tiene aquí, en el barrio de Salamanca.

—Así es, Juan, para ayudarte a ti y a todo aquel que la solicite.

No quería seguir la conversación, podía decirle algo ofensivo y quería evitarlo.

—Don Rafael, me voy, tengo prisa y además llevo carne y tengo que meterla rápido al frigorífico para que no se estropee. Ya nos veremos, hasta luego.

—Espera, solo una cosa más, la empleada de hogar que teníais, ¿sigue yendo a tu casa? —me preguntó con mucho interés.

—Sí, se llama Hilaria. Viene solo una mañana a la semana.

—Creía que desde que fallecieron tus padres ya no iba. Si vives solo, ensuciarás poco. ¿Necesitas una asistente?

—La verdad es que no. Pero como lleva tantos años trabajando en casa me da pena decirle que no venga más.

—¿Cuántos años lleva yendo? —me preguntó con más interés aún.

—Los mismos que tengo yo. Empezó a trabajar cuando mi madre estaba embarazada de mí. Es muy trabajadora y cocina como los ángeles.

—¿Crees que los ángeles cocinan? —me respondió un poco disgustado—. Cocinar es cosa de hombres, los ángeles hacen otras cosas.

—Ya lo sé, es solo una frase hecha. Don Rafael me tengo que ir, hasta Luego.

—Adiós, Juan. Pásate algún día por la parroquia.

No me lo podía creer, además de ser un pesado, me acababa de echar un sermón en plena calle. La mayoría de los curas se limitaban a dar misa y a visitar enfermos. ¿Por qué don Rafael no hacía lo mismo? ¿Por qué tenía que darme la brasa cada vez que me veía? ¿Por qué siempre yo? A mis colegas cuando los veía solo los saludaba, no se paraba a hablar con ellos. Me acordaba de cuando nos daba la catequesis para confirmación, íbamos todos los amiguetes del barrio: Felipe, Jorge, Dani, Ataúlfo, Diego, Rodrigo... Todos éramos de clase media-alta, es decir, chavales que nunca íbamos a tener ningún problema económico en la vida, además de ser unos niñatos mimados y consentidos. Nos podíamos permitir el lujo de vacilar a un sacerdote sin miedo a que nuestros padres nos llamaran la atención. Le hacíamos preguntas incómodas para intentar exasperarle, pero no había manera, tenía respuesta para todo. Le preguntábamos cómo era posible que Noé hubiera tenido cuarenta días a una pareja de leones en el arca y no se hubieran comido a las cebras. O que, si murió toda la humanidad, entonces los siete mil millones de personas descendíamos de Noé. O cómo pudo respirar Jonás tres días en el vientre de una ballena. Cualquier personaje bíblico valía para hacer chistes: Ruth y su nuevo novio, Lot y sus hijas, Jonatán y su gran amistad con David, la libertina reina de Saba o la mismísima María Magdalena. Don Rafael nunca se enfadó y nos respondía a todo, pensaría que todos los adolescentes éramos así de impertinentes. Un día Ataúlfo, no podía ser otro, le preguntó que, si Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, cómo era posible que en el instituto estudiáramos la teoría de Darwin. Su respuesta fue muy simple: «Está muy bien que estudiéis la teoría de la evolución, al igual que el Nuevo Testamento». Fue la única vez que estuvimos cerca de ponerle contra las cuerdas, se quedó con ganas de hablar más del asunto, pero no lo hizo.

Cuando llegué a casa empecé a sentirme peor, me estaba subiendo la fiebre. No sabía quién me había pegado el virus, si había sido Marina o mis tíos el fin de semana, qué más daba. Metí la carne al frigorífico y el pan al congelador, me tomé uno de los medicamentos que había comprado y me fui directo a la cama. No sabía por qué, pero no podía evitar pensar en mis padres. Estaba deseando que me hiciera efecto la pastilla para dormirme cuanto antes, pero no fue así. Me repetía una y otra vez la misma pregunta: «¿Por qué tuvieron que morir? Jamás hicieron mal a nadie, eran buenas personas. ¿De qué les sirvieron tantas misas y tanto rezo del rosario? ¿Dónde estaba Dios en ese momento? Seguro que en cualquier sitio menos en esa carretera. ¿O es que era su destino morir ese día y dejarme huérfano? Con tanto hijo de puta que hay en esta vida y tenía que morir quien menos lo merecía». Pronto iba a hacer un año que tuvieron el accidente. Fue el día de ánimas. Hacía un par de semanas que mi padre se había comprado un coche nuevo y quería hacer un viaje largo para hacerle el rodaje por autovía. Era domingo y se fueron a pasar el día a Sigüenza a la casa de unos amigos. Por la tarde, cuando volvían a Madrid, tuvieron un terrible accidente de tráfico en el kilómetro 71 de la Nacional II. Murieron en el acto.

Ya casi de madrugada llegó al tanatorio Ramiro Egozcue, que, además de ser uno de los mejores amigos de mi padre, era uno de los más prestigiosos abogados de Madrid. Nos dio un abrazo a mis hermanos y a mí y al poco tiempo nos reunió a los tres fuera de la sala. Quería hablar con nosotros.

Cuando comprobó que estábamos lo suficientemente alejados del resto de la gente nos dijo:

—Es muy duro lo que estáis pasando, pero estoy en la obligación de deciros algo. Tengo contactos en la Guardia Civil y hace una hora he conseguido hablar con la comandancia de Guadalajara, concretamente con uno de los agentes que ha hecho el atestado del accidente. Me ha dicho que no había huellas de frenada. Vuestro padre no solo era un amigo para mí, era como un hermano, y quiero llegar hasta el final, quiero saber exactamente lo que ha pasado y cómo ha sido. Quiero pedir una autopsia de los cuerpos y un peritaje del coche, y para ello necesito vuestra autorización.

Mis hermanos no dijeron nada, estaban en *shock*. En realidad, no era necesario que abrieran la boca, ya estaba yo para responderle.

—Ramiro, haga usted lo que crea conveniente. Si necesita que le firme algún papel, dígamelo y firmo lo que sea.

Después de decir esto los moñas de mis hermanos asistieron con la cabeza.

Al cabo de unos meses, Ramiro nos citó en su despacho para decirnos que a mi padre no le dio un infarto, ni un mareo, ni nada por el estilo, simplemente el coche se quedó sin frenos. Nos explicó que quería demandar al concesionario, a la empresa automovilística y a la compañía de seguros. Para él era algo personal, la pérdida de su amigo no podía salir gratis, alguien tenía que pagarlo y mucho. Esa vez no fui yo, sino mis hermanos los que hablaron.

—Adelante, don Ramiro.

No podía ni imaginar la angustia que se debe de sentir cuando conduces un coche, quieres frenar y no puedes. Mis padres sabían que iban a morir y no pudieron evitarlo. El coche les costó más de 30 000 euros y se quedó sin frenos, ¿cómo era eso posible? ¿A cuántos coches les pasaba eso? ¿A uno entre un millón? ¿Y por qué a mis padres? Acaso no había asesinos, violadores, maltratadores, pederastas, ladrones... Gentuza que nunca había tenido un accidente, ni un ictus, ni un cáncer cerebral, ni ninguna desgracia. ¿Por qué les tocaba siempre lo malo a las buenas personas?

Estuve dos días en la cama, solo me levantaba para beber agua y tomar la medicación. Entre la gripe y las pastillas estaba en un estado de ensoñación que me impedía saber si las imágenes que venían a mi mente eran fruto de la fiebre o simplemente soñaba despierto. Hubo un momento que me asusté cuando el termómetro llegó a marcar treinta y ocho grados, sobre todo porque no recordaba haber tenido fiebre en mi vida. Todos los sueños eran de mi infancia y en todos aparecía mi madre. En uno de ellos, cuando íbamos a salir de casa, se sacaba un pañuelo del bolsillo, me sonaba la nariz y me colocaba bien la bufanda. En otro venía a mi habitación a arroparme antes de irse a la cama. En otro entraba yo en la cocina y la veía cocinar con Hilaria y me decía que ya me había preparado la merienda. En esos dos días solo recordaba volver a ver a mi madre.

Al tercer día me sentía mucho mejor y me levanté, era la una de la tarde del jueves. Me duché, abrí la ventana para que se aireara la habitación y fui directo a la cocina. Tenía un hambre brutal. «Cuando la iglesia inventó el pecado de la gula seguro que estaba pensando en mí ese día», me dije.

Esa tarde llamé a mi tío Joaquín para decirle que no podía ir el fin de semana al cumpleaños de mi tía Elvira, aunque ya estaba mejor no quería pegarles el virus. Mi tía me dijo lo de siempre:

«Juan, esta es tu casa, ven cuando quieras». Después llamé a Marina y le dije lo mal que estaba y que hasta que no pasaran unos días era mejor que no quedáramos. Lo cierto era que no me apetecía nada verla y tenía la excusa perfecta. Antes de cenar me llamó Felipe para saber qué tal estaba, hacía tiempo que los colegas no sabían nada de mí. También me dijo que habían quedado el sábado en un bar a ver el fútbol. Jugaba España contra Armenia. En realidad, era una excusa como otra cualquiera para juntarnos y tomar unas cervezas. Yo no tenía el cuerpo para tomar ni una sola, aunque fuera sin alcohol. Hablamos un buen rato, me dijo que Dani iba el domingo a Roma porque iban a canonizar a un pariente lejano suyo, uno que había sido un monje trapense o algo así. No me extrañaba nada. Si alguien me preguntara qué era ser cristiano le respondería: la familia de Dani. Sus padres iban a misa a diario y seguro que siempre sacaban veinte minutos al día para rezar el rosario en familia. Si ellos no iban al cielo, no iba nadie.

Estuve todo el fin de semana entre la cama y el sofá, leyendo, oyendo música y viendo la tele. Todavía no estaba acostumbrado a estar en paro. El lunes era 12 de octubre, Día de la Hispanidad, aunque me daba igual que fuera día festivo o laborable. Me desperté temprano, igual que cualquier día de los últimos siete años. Me di media vuelta y me dormí enseguida. Al cabo de un par de horas me despertó un magnífico olor a costillas guisadas. Hilaria ya había llegado, no había oído ni abrir la puerta. Cuando fui a verla estaba planchando las camisas que solía llevar al trabajo y que en esos momentos no sabía cuándo me volvería a poner. Después de casi una semana aislado del mundo, tenía ganas de hablar con alguien y, a pesar de que era una mujer de pocas palabras, cuando algún tema le interesaba, solía estar más comunicativa. Estuvimos un buen rato charlando de tonterías, como la raya en los pantalones, el tiempo...

Puse la radio. Sonaba la canción *Mi enfermedad* de Andrés Calamaro y me acordé de Marina. Calamaro era el único artista que nos gustaba a los dos, habíamos ido juntos a algunos de sus conciertos. La besé por primera vez el 7 de julio de 2007 en un concierto en Getafe y, desde entonces, siempre que tocaba en Madrid, íbamos a verle. El año anterior fue ella quien se encargó de las entradas. Ese día Calamaro congregó a medio Madrid en el concierto que dio en el campus de la Universidad Complutense. No podía evitarlo, cada vez que escuchaba una de sus canciones pensaba en Marina. Pensé que tenía que coger sus discos y meterlos en algún armario para evitar la tentación de ponerlos algún día. Qué tiempos aquellos, lo felices que podríamos haber sido juntos. Ahora se había acabado todo con ella.

—Juan, ¿te pasa algo? Te veo muy callado y pensativo.

Apagué la radio. No sabía si contestarle o no, pero después de tantos años me conocía muy bien, más de lo que yo pensaba. Pensé que sería bueno saber su opinión sobre Marina.

—Hilaria, llevo dos años saliendo con Marina. Pero no tengo confianza con ella y creo que no es la mujer de mi vida. Estoy pensando en cortar con ella y no sé qué hacer, si dejarla ahora o esperar a ver si cambio de idea o mejora la cosa entre nosotros.

Dejó de planchar la camisa y me miró fijamente.

—No la dejes. Pase lo que pase entre vosotros, no la dejes. Acuéstate con ella todos los días que puedas y, aunque conozcas a otra chica que te guste más, tienes que seguir viéndola. Quizás te resulte extraño esto que te voy a decir, pero todos, en mayor o menor medida, utilizamos y somos utilizados por otras personas, normalmente de forma inconsciente. Entonces la pregunta es: si utilizamos a otra persona en nuestro beneficio sin darnos cuenta, ¿por qué no hacerlo

conscientemente? Eres joven, Juan, disfruta de la vida con ella, puede ser que cuando tengas setenta años ya no se te empine y tengas que tomar viagra. Acuéstate con ella siempre que puedas y cuando te canses de ella la olvidas, igual que tiras a la basura unos zapatos cuando se rompen.

—Hilaria, no puedes comparar a Marina con unos zapatos.

—Sí, es igual. Mientras te valgan y no te hagan una rozadura debes seguir usándolos hasta que se rompan, entonces los tiras. Si alguien no te aporta nada, no debes tener ningún tipo de relación con esa persona, igual que unos zapatos rotos no deben ocupar sitio en tu armario. La vida es muy corta y pasa muy rápido. Solo debes pensar en ti y no en el resto de la humanidad, ni siquiera en la mujer con la que te acuestas. Los curas os han lavado el cerebro desde pequeños con lo que está bien y lo que está mal. Lo bueno es lo mejor para ti. El bien y el mal es literatura, no la vida real.

—¿Me quieres decir que una mujer es como unos zapatos? ¿Que hasta que no se rompan hay que ponérselos?

—Exactamente, eso he dicho. Y debes tener todos los que puedas, zapatos, zapatillas, chanclas... Solo has de tener cuidado de no dejar a ninguna embarazada. Si una chica ve esta casa y todo lo que hay aquí podría tener la tentación de tener un hijo contigo para que le soluciones la vida.

Me quedé sorprendido de su respuesta, no porque no esperara algo parecido, sino por su franqueza, hacía mucho tiempo que no oía a alguien hablar de una forma tan contundente. Yo ya estaba harto de tanta tibieza y de lo políticamente correcto. Y me gustó lo que dijo, pensaba exactamente igual que yo, fue como si me hubiera leído el pensamiento. Lo malo era que hasta la muerte de mis padres no hablaba nada con Hilaria, siempre que pedía algún consejo era a mi madre o a mis colegas. Ella sí que veía todo con una claridad que asustaba.

—Hilaria, te agradezco mucho tus consejos, pero ¿por qué antes nunca hablabas conmigo?

—Porque vivía tu madre —me respondió a su manera, es decir, de una forma simple y directa.

—Ya, ya, entiendo. Y, dime, ¿tú has utilizado a mucha gente?

—Por supuesto. Excepto a mi hija, a todo el mundo y, sobre todo, a mi marido. Lleva cuarenta años de funcionario en el Ayuntamiento, es buena persona y muy inocente. Hace todo lo que le digo, es el marido perfecto. Me casé con él porque tenía trabajo fijo y es muy dócil y maleable. Lo único que le pedí era que pudiera darme hijos, y me dio tres, dos chicos y la pequeña, una niña hermosa e inteligente. Cuando era joven tenía claro que solo me abriría de piernas ante alguien que tuviera un buen trabajo y pudiera mantenerme, no ante un muerto de hambre. Llevo casada treinta y seis años.

—Treinta y seis años son muchos años. ¿Cuántos años tienes? Si no es indiscreción preguntártelo.

—Tengo quinientos treinta y dos años —me contestó.

Solté una carcajada, no pude evitarlo, aunque era una mujer que no sonreía nunca tenía sentido del humor.

—Ja, ja, ja, ¿solo? Creía que tenías mil años.

—Si tuviera mil años habría conocido al Cid, pero no, solo tengo quinientos treinta y dos. Dime, Juan, aparte de Marina, ¿tienes a alguna otra chica en mente?

—Ahora mismo no. Bueno, en realidad, hay una compañera de trabajo con la que me gustaría tener algo, pero siempre me rehúye, le parezco un chaval muy majo, pero nada más. Se llama Ana, debe de estar cerca de los cincuenta años. Cuando me echaron del trabajo fui a verla a su despacho para despedirme de ella y le dije que no nos veríamos más. Ella tiene mi teléfono, tengo la esperanza de que algún día me llame, pero no creo que lo haga.

—Te llamará, créeme, te llamará.

—Hilaria, cómo me dices eso. ¿Eres adivina o qué?

—Es solo intuición, pero si te digo que te llamará es que te llamará. Confía en mí.

Cuando se fue, empecé a darle vueltas a la conversación que había tenido con ella sobre los zapatos y las mujeres. Simplificándolo mucho me había venido a decir que a las chicas hay que usarlas en beneficio propio. Resultaba irónico, viniendo esas palabras de una mujer. La conversación me hizo pensar en Marina, tenía ganas de verla, bueno, en realidad, de follar. Busqué el móvil y la llamé. Quedamos sobre las nueve, cuando saliera de la biblioteca. No lo podía creer, el Día de la Hispanidad era festivo y, sin embargo, su facultad estaba abierta.

Llegó tan puntual como siempre. Esta vez no dejé que se quitara ni la chaqueta. La abracé y la empecé a besar. Ella comprendió enseguida que en ese momento no me apetecía cenar, ni ver la tele. Fuimos directos a la cama de mis padres. Cuando estaba sobre Marina me acordé de Graciela, la niñera colombiana que tenían los vecinos del 3.º B. Ella siempre me decía que debía hacerlo como un submarinista respirando de una botella, es decir, despacio, profundo y continuo. Era fantástica, con ella tuve mi primera experiencia sexual. Yo tenía dieciséis años y ella veintiuno, aunque en la cama parecía tener cuarenta. No quería abrir los ojos para no ver la cara a Marina. Prefería tenerlos cerrados e imaginarme que estaba con Graciela. Hubo un tiempo en que deseaba tener vecinos del Opus Dei con muchos hijos, así habría más niñeras. Lamentablemente los niños crecieron y Graciela se fue. No había vuelto a saber nada más de ella.

Ese día Marina estuvo bien, en su línea, nunca bajaba del notable. Tenía que reconocer que era muy buena, todo lo hacía bien. Cuando se vistió y se fue al salón, yo me quedé un momento en la habitación. Abrí el cajón de la mesilla de mi padre, saqué la libreta y apunté: *Lunes, 12 de octubre de 2009, 40 euros.*

Fui al salón y me senté en el sofá con ella. No le dije nada, no tenía ganas de hablar. Fue ella quien empezó:

—Oye, aquí hay poca luz, ¿por qué tienes siempre las persianas bajadas?

—No están bajadas del todo, con eso poco entra la luz suficiente para ver bien aquí, además por la mañana las subo y abro las ventanas un par de horas.

Respondí lo primero que se me ocurrió. A ella qué cojones le importaba si tenía mucha o poca luz en la casa.

—Te encuentro raro, ¿te ocurre algo? —me preguntó seria.

—No, ¿por qué lo dices?

—No sé, pareces distinto, como si tuvieras alguna preocupación. Sea lo que sea puedes contar conmigo.

—No, no, no me pasa nada. Igual me ha afectado lo de estar en paro. No lo sé, yo me encuentro como siempre.

Intenté desviar su atención con el despido, el resfriado de la semana anterior... Con cualquier cosa menos con la verdad: que sabía que me estaba engañando con otro tipo.

Era más lista de lo que yo pensaba, se había dado cuenta que estaba distante. Yo creía que se me daba bien disimular, pero no debía de ser así. En ese momento me acordé de un disco que le compré a mi madre como regalo de Reyes. Lo tendría que haber llevado a cambiar por otro, pero no lo hice. Era la ocasión ideal de dárselo.

—Toma, para ti. —Cuando lo vio se le iluminó la cara, le brillaban los ojos.

—¡Diana Navarro! Es la mejor, nadie canta como ella. Es guapa, simpática, buena persona... Es una mujer impresionante. Es el mejor regalo que me podías hacer, no sé qué decir. ¿Por qué me lo has comprado? No es mi cumpleaños.

—Porque te quiero mucho.

—Me he quedado sin palabras...

—Era un regalo para mi madre. Iba a ir a devolverlo, pero pensé que era mejor dártelo a ti. Y además te quiero mucho.

Marina me abrazó. Por ahora había salvado una situación comprometida. Tenía que intentar comportarme con ella como siempre y evitar que sospechara más. Cenamos y vimos una peli. Le dije que se quedara a dormir. No me apetecía nada, pero si no se lo hubiera dicho se habría preguntado el motivo, ya que era habitual que se lo propusiera.

CAPÍTULO 3

Mis padres compraron el piso poco antes de casarse. Está en la séptima planta de un edificio señorial en la calle Velázquez, en una de las zonas más caras de Madrid. Es exageradamente grande. Cuando entraron a vivir tenía cinco dormitorios, pero reformaron dos para convertirlos en un estudio. Ahora tiene un salón-comedor, una cocina, tres servicios, un trastero, el estudio y tres habitaciones muy amplias. El estudio de mis padres es una de las estancias más grande de la casa y, aunque las ventanas dan al patio de luces, al ser el último piso, es bastante luminoso. Quitaron el tabique que dividía los dos dormitorios justo después que nacieran mis hermanos. Esa era otra prueba más de que a mí no me esperaban, ni mis padres, ni Dios, ni nadie. Mi habitación es un cuchitril entre la cocina y un servicio. Era un trastero con ventana al patio que tuvieron que acondicionar como dormitorio cuando nació. Cuando se casaron mis hermanos, mis padres insistieron mucho en que me fuera a cualquiera de los dos dormitorios que habían quedado libres, eran enormes y con vistas a la calle. Yo siempre les decía que no, que después de tantos años ya estaba acostumbrado a las mismas cuatro paredes y además no tenía claustrofobia. Cada vez que decía esto último, mi padre se enfadaba, le sentaba a cuerno quemado. Igual se sentían culpables de que, en un pisazo de cinco dormitorios, su hijo pequeño tuviera que dormir en un habitáculo poco más grande que un cuarto de baño.

La última vez que entré al estudio fue hace casi un año, el día de su entierro. Llegué a casa, desenchufé sus ordenadores, bajé las persianas y cerré la puerta. No quería estar en esa habitación porque me recordaba demasiado a mis padres, allí tenían sus cosas más preciadas, sus libros, fotos... Estaban allí las horas y, al igual que mis hermanos, apenas iban al salón. Yo me pasaba muchas tardes solo viendo la tele mientras los demás estudiaban o leían. Así de divertida era mi casa. Hogar, dulce hogar. En el estudio no se ve el color de la pared, todo son estanterías llenas de libros. Todo allí es simétrico: dos mesas, dos portátiles, dos sofás, las estanterías idénticas..., como si fuera un cerebro cortado por la mitad. Todo igual salvo que, en la zona de mi madre, se amontonaban los libros y ya había empezado a colonizar parte de una estantería de mi padre.

Después de tanto tiempo, una tarde decidí entrar. Abrí la puerta y fui directo a la parte izquierda, la de mi madre. Subí la persiana y comencé a ojear los papeles que tenía en una mesita junto al sofá. Eran notas que tomaba para sus clases. Vi también un par de libros de Ortega y Gasset, que cogí para dejarlos en la estantería, pero no encontré ningún hueco. Había volúmenes por todas partes, incluso en una esquina de su escritorio, amontonados en varias torres.

En el instituto tuve durante varios años la asignatura de Filosofía, era de las pocas en la que tenía cierto interés y, junto con Lengua y Literatura, de las pocas que aprobaba. Mi madre, al ser profesora de Filosofía, tenía a todos los pensadores de la humanidad reunidos en aquellos estantes. Cuando me acerqué a verlos, me di cuenta de lo ignorante que me sentía en ese momento. A la inmensa mayoría no los conocía, solo me sonaban los que me obligaron a estudiar en clase: Platón, Aristóteles, Descartes, Kant, Nietzsche... El resto me sonaban a chino. Había un libro que resaltaba, era gordo y con tapas de piel, se titulaba *Filosofía de Grecia*. Lo abrí esperando encontrarme allí a Platón y Aristóteles, pero mi sorpresa fue grande cuando vi que en el índice aparecían más de quince. A mí siempre me ha gustado mucho la mitología griega, mi madre lo sabía y me regalaba cómics y libros infantiles de Aquiles, Ulises... Supongo que prefería que su hijo se interesase más por la Antigua Grecia que por Superman o Spiderman. Un año,

para Reyes, me compró un libro-diccionario de personajes mitológicos griegos, estaban todos, era fantástico. Debía de estar escondido en algún sitio del estudio, era cuestión de buscarlo. Según me movía junto a aquella estantería me daba cuenta de que mi ignorancia iba en aumento. En la zona de las novelas, al igual que con la filosofía, ignoraba quiénes eran aquellos autores. A mis veinticinco años había leído más libros que cualquier otro chaval de mi edad, pero comparado con mi madre era un auténtico inculto. De vez en cuando reconocía a alguno, Dostoyevski, Mann, Camus y pocos más. Quizás a mi madre le gustaba leer a escritores marginales, era una posibilidad. Había autores con nombres muy raros: Anita Desai, Kenzaburō Ōe, Wang Anyi, Pushkin o Jorge Amado.

Un libro me llamó la atención, era sobre las exploraciones españolas en Norteamérica. Marina quería hacer el doctorado sobre la herencia española en el suroeste de Estados Unidos, o algo parecido. Era una chica muy avispada en todos los sentidos y sabía perfectamente que las universidades americanas manejan mucho presupuesto, y qué mejor que escribir la tesis sobre Estados Unidos. No lo iba a hacer sobre la historia de Cartago y Túnez. Empecé a maquinarme un plan muy retorcido para ponerle los dientes largos a la zorra de Marina. Le diría que un antepasado mío estuvo por allí y escribió unos manuscritos sobre lo que supuestamente vio hace cuatrocientos años. Lo primero que debía hacer era buscar un explorador poco conocido y del que no se hubiera escrito mucho. Tenía que hilar muy bien el relato, Marina era muy inteligente. Cogí el libro y lo dejé en el sofá, estaba seguro de que lo iba a consultar bastante los días siguientes.

Al final de la estantería estaba todo más desordenado. Había carpetas, revistas y álbumes de fotos amontonados. Cogí un sobre, contenía fotos de unas vacaciones en la playa de San Juan, en Alicante. Siempre íbamos allí. En una de ellas estaba Adela con Adelita y mi madre conmigo en el regazo. «Ojalá vea pronto a la hija de puta de Adela para decirle un par de cosas, sobre todo que estoy vivo gracias a mi madre y no a las sugerencias de alguien que se suponía que era su amiga», pensé. A Adelita la conocía desde siempre. Cuando mis padres se reunían con sus amigos en vacaciones o en alguna celebración, siempre había tres grupos: los adultos, el grupo de chicos de la edad de mis hermanos y los pequeños, es decir, Adelita y yo. De ella solo podía decir cosas buenas: era educada, simpática, buena y cariñosa. Me daba la sensación de que nunca había tenido un mal pensamiento. Físicamente era espectacular, delgada con curvas, unas buenas tetas y un buen culito. Casi tan alta como yo y sin apenas grasa, y la que tenía era como lo blanco del jamón, que también se come.

«Sería la mujer perfecta salvo por una cosa: es fea a más no poder. Si se me apareciera en un sueño me despertaría del susto», me dije. Era pelirroja como su madre, pero no una pelirroja normal, sino con el pelo color naranja como una bombona de butano o el hilo de cobre de un cable eléctrico. Siempre lo llevaba largo para tapar sus orejas de soplillo. Su piel era blanca como el yeso y tenía la cara llena de granos que parecían volcanes a punto de explotar. En cuanto a los dientes, cada uno miraba a un sitio distinto. Cuando hizo la confirmación dejó de reírse a carcajadas para no enseñar la dentadura y desde entonces solo sonreía. Su nariz era enorme, como la que tienen las brujas en las películas de Disney, solo le faltaba la verruga en la punta. Cuando estábamos de vacaciones y nadaba de espaldas, el cabrón de su hermano decía: «Cuidado, tiburón a la vista». Si alguno de mis hermanos me hubiera hecho una broma así, le habría dicho cuatro cosas aunque después hubiera tenido que correr hasta Cádiz. Adelita, sin embargo, no se ofendía, sonreía. «¡Cuánto me arrepiento de haber dicho que Adela tenía que

haber abortado y que su hija es más fea que el culo de un mono! Ella no tiene la culpa de haber nacido así», me reprimí.

Los álbumes de fotos llevaban un año cogiendo polvo en la estantería y desde entonces nunca se me había pasado por la cabeza echarles un vistazo. Cogí el primero y lo abrí, solo me paraba en las fotos en las que aparecían mis padres. Era curioso, me acordaba del preciso momento en que se hicieron todas. En una estábamos los cinco en el sofá, mis padres y yo sentados, y mis hermanos detrás, de pie. Ese día mi padre estrenaba una cámara digital que se había comprado y quería probar el temporizador, que, si mal no recuerdo, era de diez segundos. Se trataba de una de las mejores fotos en la que estábamos todos, y fue simplemente una demostración de lo contento que estaba mi padre con su compra. Me acordaba muy bien de esa tarde, cuando dijo: «Venid todos al salón, que nos vamos a hacer unas fotos».

Ahora, en ese sofá, solo me sentaba yo y la zorra de Marina. Según ojeaba el álbum se me empezaron a humedecer los ojos, era la primera vez en mi vida que era consciente de que estaba llorando. Mi madre decía que era un niño muy bueno, que no lloraba nunca, ni siquiera por la noche, igual exageraba. Las lágrimas me nublaban la visión y una de ellas cayó sobre una foto de mi madre, justo en su rostro. Dejé el álbum en el sofá y fui a buscar un pañuelo con que secarme los ojos. Me sentía vacío, realmente mal, con una tristeza indescriptible. Había pasado casi un año desde su muerte y era ahora cuando más la echaba de menos. «Dicen que el tiempo lo cura todo, pero es mentira, es una soberana gilipollez. El tiempo te ayuda a superar mejor el dolor, pero el dolor ahí sigue y, en mi caso, cada día va a más».

Todo me recordaba a ella. El sillón donde se sentaba, el revistero, su bolígrafo favorito, sus gafas, sus horquillas, hasta el delantal que usaba para hacer la cena. Había tenido que entrar en su estudio para darme cuenta de que los echaba de menos, sobre todo a mi madre. Dice un viejo refrán castellano: «Madre solo hay una y a ti te encontré en la calle». Era una verdad incuestionable. «Mujeres hay muchas, pero madre solo hay una, solo una persona te pare y te da la vida. Además, siempre me consideré un privilegiado por la madre que me tocó en suerte. No era una mujer más, era excepcional».

Me acordé de algo que pasó en el instituto, en clase de Lengua y Literatura. Yo tendría catorce o quince años. El profesor era muy engreído y tenía por costumbre elegir a un alumno para que leyera en voz alta un pasaje de algún libro y después analizábamos el texto y lo comentábamos. Un buen día me dijo que lo leyera yo. Creo recordar que era un libro de Antonio Machado. Yo me levanté y le dije: «Preferiría no hacerlo». Todos mis compañeros empezaron a reír tímidamente, supongo que admiraban mi osadía. Al profesor le cambió el semblante, no podía permitir esa falta de autoridad. Levantó el tono de voz y me dijo: «¿Qué? ¡Que leas, he dicho!». A lo que yo le respondí: «Preferiría no hacerlo». En esa ocasión ya hubo carcajadas. Él se levantó y nos gritó: «¡Silencio, callaos ahora mismo! Juan, vamos a ver al director». A mí lo único que se me ocurrió decirle fue: «Preferiría no hacerlo». Salió de la clase y volvió al cabo de diez minutos, me miró fijamente y me dijo en modo amenazante: «El director ha llamado a tu madre, estará aquí a las dos. Vamos a ver si delante de ella eres tan pendenciero como lo has sido conmigo. Bien, seguimos, ¿Alguien quiere leer el texto o lo leo yo?».

A las dos estaba ya sentado en el despacho del director. Mi sorpresa fue cuando me cercioré de que, además de mi madre, vino mi padre. El profesor de Literatura relató todo lo sucedido. El director, un gran profesor de Filosofía, en el fondo lo consideraba una chiquillada, pero no podía

restarle autoridad a un profesor tan altanero. En ese momento mi padre miró a mi madre, esperando que fuera ella quien me abroncara, ya que siempre se encargaba de regañarme por todo lo que hacía mal. Pero esa vez no fue así. Mi madre no dijo nada, no hizo ni una mueca, pero al mirarla yo sabía que se estaba aguantando la risa, me lo decían sus ojos. Mi padre se limitó a decirme: «Juan, que sea esta la última vez que faltas así al respeto a un profesor, ¿me has entendido?». Yo simplemente le respondí: «Sí, papá». Cuando volvimos a casa, mi padre fue directo a su dormitorio a cambiarse de ropa. Yo fui a la cocina a beber agua y mi madre vino detrás de mí. Me dijo: «Juan, ven aquí» y me abrazó. El abrazo debió de durar un minuto. Es lo más cerca a la felicidad que he estado nunca. Mi madre jamás había abrazado así a mi padre o a mis hermanos. Estaba abrazada al hijo que tuvo de penalti a los cuarenta años, al hijo que suspendía la mitad de las asignaturas, al hijo que era insolente y maleducado con los vecinos, al hijo que no comulgaba los domingos en misa de doce. Acercó su boca a mi oído y me preguntó en voz muy baja:

—¿Te ha gustado *Bartleby, el escribiente*?

—Sí, mucho.

—Es increíble que un profesor de Literatura no haya leído a Melville, pero no la vuelvas a liar, que te conozco. No le provoques más, ¿vale?

—Sí, mamá, tranquila, no volveré a vacilarle.

Quizás fue ese el momento en que mi madre se dio cuenta de que tenía un hijo normal aunque siempre suspendiera Matemáticas y Física. Ya tenía dos hijos que eran excelentes estudiantes, pero que igual no tenían interés por leer ciertos libros. Tal vez, en su interior, se preguntaba cómo un chico de catorce años prefería leer *Bartleby, el escribiente* antes que un cómic. No llamaron a mi madre del instituto solo aquel día, más de una vez tuvo que regañarme delante del director por haber hecho alguna trastada, aunque cuando llegábamos a casa siempre sonreía y me decía que debía comportarme. Sus broncas duraban quince segundos más o menos, y había veces que no podía aguantarse la risa.

Seguí un buen rato viendo álbumes, recordaba el momento en que se hicieron las fotos en que aparecían mis padres. Esos momentos, esas vacaciones..., todo. Según las observaba fui sucumbiendo más y más al dolor, un dolor para el que no había medicina ni tratamiento. La tristeza se me fue volviendo odio e ira, pero ¿hacia quién? No podía culpar al operario que montó mal los frenos o al comercial del concesionario que les vendió el coche. Maldecía a esta puta vida, que hacía que dos buenas personas hubieran muerto sin haber tenido jamás una mala palabra ni una mala acción hacia nadie. Solo tenía una explicación: era cosa del destino. Quizás el de mis padres era morir esa tarde en esa autovía. Pero si ese fatídico día Átropos cortó el hilo de la vida de mis padres, ahora me iba a tocar a mí usar las tijeras. Si las Moiras habían enviado a dos santos al cielo, era el momento en que yo enviara a dos hijos de puta al infierno. ¿Por qué solo iba a sufrir yo? ¿Por qué la muerte de mis padres no iba a tener consecuencias? Yo no iba a ser la única persona que llorase por el fallecimiento de unos seres queridos, otros también debían pasar por lo mismo.

En ese momento decidí que tenía que matar a alguien, sus familiares debían sentir el desconsuelo de una muerte absurda y sin motivo, como la de mis padres. Me cargaría al primer hijo de puta que se cruzase conmigo. «No me será difícil, el mundo está lleno de ellos, es más,

la mayoría de la gente es una hija de puta». Pensaba en lo fácil que sería salir a la calle y matar a alguien. «¡Un hijo de puta menos dando vueltas por España!». Sería muy injusto que un hombre saliera de su casa y se encontrara conmigo, porque ese sería su último día. Aun así, no sería más injusto que la muerte de mis padres, que eran las mejores personas del mundo.

A mi padre no le gustaba la caza y nunca tuvo ningún arma de fuego, así que fui a la cocina y empecé a buscar el cuchillo enorme con el que mi madre cortaba la carne. Después de un buen rato lo encontré, estaba en un altillo junto a una botella de agua que mis padres trajeron de Lourdes. El cuchillo era imponente, tenía una hoja de veinte centímetros. Comprobé el filo y cortaba como el demonio. Ya tenía el arma, ahora solo me faltaba buscar a alguien y darle el pasaporte al infierno. En Madrid no podía hacerlo, había cámaras de seguridad por todos los sitios. En ese momento me acordé de Hilaria y de lo que me había dicho de Guadalajara, que la provincia estaba vacía y había alimañas que se comían los cadáveres. Mi amigo Jorge decía que la comarca de su pueblo era la única zona de la provincia donde había lobos. Cuando fuimos el año pasado por estas fechas vi que había gente que iba a los bosques a coger setas. Ya lo tenía claro, iría allí y al primer hijo de puta que me encontrara me lo cargaría. «Seguramente el fin de semana habrá mucha gente, mejor ir un día de diario», pensé.

Tenía que planificarlo todo muy bien, dicen que la Policía Nacional es de las mejores del mundo. Aun así, debía ir más allá y suponer que eran mejores que Kogoro Akechi o el mismísimo Hércules Poirot. «No puedo dejar nada al azar, no vale improvisar. Ante la más mínima duda de que algo pueda salir mal, debo abortar la operación». Era jueves, me daba tiempo a prepararlo todo para el día siguiente, si no tendría que dejar pasar el fin de semana. Fui a mi habitación y busqué en el armario la peor ropa que tenía. Cogí un chándal y unas zapatillas viejas. Necesitaba también un par de bolsas negras de basura, una cesta y unos guantes. Me acordé de los que usaba Hilaria cuando le daba el tinte a mi madre. Fui a su cuarto de baño y estuve buscando hasta que por fin los encontré, eran perfectos, desechables y transparentes, no se notaban cuando los llevabas puestos. Ahora solo debía poner el despertador bien temprano e ir a ajustar cuentas con el destino.

Esa noche dormí poco y me levanté sobre las siete y media. Me puse el chándal y las zapatillas viejas y guardé ropa limpia en la mochila. Desayuné como cualquier día, café con leche y una magdalena. No tenía que parar a echar gasolina, ya que cuando fui a Toledo llené el depósito, así pues, iría directo. Lo último que hice al salir de casa fue encender el móvil y dejarlo en la mesa del comedor. Tenía que cruzar los dedos para no tener ningún percance con el coche, no podría ni llamar a la grúa. Era un viernes normal, con atasco a la entrada de Madrid y pocos coches a la salida. Iba despacio, nunca me gustó correr. Según me alejaba empecé a ver los carteles que anunciaban la autovía de Aragón y pensé que iba a dejar a alguien sin su padre, sin su mujer o sin su hijo, pero no me importaba en absoluto. «Igual que yo me quedé sin madre de una forma absurda, otros sufrirán lo mismo que yo». Repasaba una y otra vez si lo había planificado todo bien, si no había dejado ningún cabo suelto.

En ese momento me acordé de mi zurdera. Leí hace años un libro —tal vez de Sherlock Holmes o del comisario Maigret— en el que el detective llegaba a la conclusión de que el asesino era zurdo por las puñaladas en el cadáver. Yo también era zurdo, así que esperaba que no se me olvidara usar la mano derecha, toda prevención era poca. Me vino a la memoria una conversación que tuvieron mis padres sobre mí. Se estaban desnudando para acostarse y aún

tenían la luz de su dormitorio dada. Yo me puse detrás de su puerta para poder escucharlo todo sin que me vieran, tendría once o doce años.

—¿Qué te han dicho hoy en el colegio sobre el niño? Va mal, ¿verdad? —dijo mi padre.

—No, va igual que los niños de su edad, solo tiene problema con las matemáticas. No saben si es que porque le cuesta o porque no pone interés —contestó mi madre.

—Aprendió a leer y escribir muy tarde y se le dan mal las matemáticas, no sé... Quizás tenga algún problema que no sepamos.

—No, no tiene ningún problema, es un niño perfectamente normal. José, escúchame bien, tenemos dos hijos superdotados, excepcionales, aprendieron a hablar con menos de dos años, a leer y escribir con cuatro o cinco, siempre han sacado sobresalientes en todo. No podemos compararle con ellos, sería injusto, saldría perdiendo él y cualquiera. Lo importante es que Juan progresa igual que los niños de su edad.

—Y además es zurdo.

—¿Y qué hay de malo en ello? Lo dices como si fuera una enfermedad.

—Un amigo de mi padre le ataba a su hijo la mano izquierda y le obligaba a escribir con la derecha hasta que aprendiese. En mi familia no hay ningún zurdo, nosotros somos diestros, los chicos también...

—La genética no tiene nada que ver, aunque, si te sirve de consuelo, te diré que mi hermano es zurdo.

—Claro, Joaquín, ahora lo entiendo todo, ¿cómo no lo había pensado antes?

—Nietzsche, Kafka, Goethe y Twain eran zurdos, y Alejandro Magno, Napoleón, Julio César, Churchill también. Si quieres más, Marie Curie, Einstein, Newton, Franklin, Beethoven, Mozart, Rachmaninoff, Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Picasso y se cree que incluso Rubens y Van Gog también pintaban con la izquierda.

—Ya lo sé, mujer, no tiene nada malo ser zurdo. Pero ¿cómo sabes tú tanto de esto?

—Hace años, en clase, una alumna me preguntó si ser zurdo influía o no en la literatura y la filosofía. Les propuse hacer una lista con todos los zurdos ilustres que encontrasen. Los que te he dicho son los que recuerdo, pero la lista era inmensa. Tendrías que estar contento de que Juan escriba con la izquierda, tal vez se le den mal las matemáticas, pero seguro que se le dará bien otra cosa.

—Supongo que sí. Solo espero que no tenga lateralidad cruzada.

En ese momento no entendí que era eso de «lateralidad cruzada», años después lo comprendí todo, las piezas encajaban como un puzle. Sea como fuere, por una vez en mi vida, debía ser diestro sí o sí.

Llevaba ya más de una hora conduciendo cuando vi una rotonda con un cartel con varias salidas, una indicaba Galve de Sorbe, que era la dirección que debía coger. Nada más tomar esa carretera, aparecieron pinares a ambos lados y pensé que no tenía que ir al pueblo de Jorge, ese sitio serviría. Vi algún que otro coche en las cunetas, ya había seteros por allí. Aunque el tráfico era escaso, se trataba de una carretera comarcal y no me gustaba aparcar ahí, debía buscar alguna

zona más discreta. Más adelante vi un desvío hacia un pueblo que se llamaba Zarzuela de Jadraque. Lo tomé. Era una carretera estrecha y con mal firme, solo había árboles en el margen derecho. Iba despacio, observando atentamente si veía alguna pista forestal para esconder el coche. Y, efectivamente, había una que se adentraba en el pinar. Metí el coche de culo pegado a una cuneta. La suerte me acompañaba, porque no muy lejos de allí vi un ciclomotor. Eso significaba que habría una persona por allí buscando setas.

Me puse los guantes, cogí la cesta y me metí el cuchillo en el lado izquierdo de la cintura, para acordarme de que lo tenía que coger con la mano derecha. Fui a buscar al desgraciado que iba a tener la mala suerte de cruzarse conmigo ese día. Caminé por la pista y me adentré en la espesura del pinar. Avanzaba despacio y no veía a nadie, hasta que observé algo amarillo al girar un recodo. Era un viejo bajito y calvo con un chaleco reflectante. Tendría más de setenta años. Era el bastardo perfecto. Fui hacia él, cogí la cesta con el antebrazo y metí las manos en los bolsillos, ya que, aunque los guantes eran transparentes, no sabía si el hombrecillo tenía buena vista o no. Cuando me vio se volvió hacia mí y me miró con cara de sorprendido.

—Buenos días, ¿qué tal? Hay pocos, ¿verdad? Yo llevo diez minutos y no he visto ninguno.

—Hola, hijo. Pues sí, hay muy pocos, los niscalos necesitan que llueva en septiembre y este verano parece ser que ha llovido poco. Está todo muy seco —me respondió con un habla muy pausada.

—Pues que se le dé bien. Yo voy a seguir un poco más a ver si tengo suerte. Adiós.

—Adiós, hijo.

Nada más darme la espalda, saqué el cuchillo y me abalancé sobre él. Con la mano izquierda le tapé la boca y con la derecha le pasé el filo del chillo por el cuello. Empezó a sangrar como un cochino. Le tiré al suelo y le apuñalé en la espalda no sabría decir cuántas veces, hasta que dejó de moverse. En ese momento se hizo un silencio absoluto. El viento paró y parecía como si los pájaros hubieran desaparecido. No oía ningún sonido, salvo mi respiración y el pulso acelerado que retumbaba en mi cabeza. La sangre resaltaba sobre su chaleco amarillo, estaba por todas partes, no tenía tiempo que perder. Retrocedí unos metros. Saqué del bolsillo una bolsa de basura, metí el cuchillo y los guantes y volví al coche. Debía darme prisa, mi ropa estaba manchada de sangre. No me tenía que ver nadie. Cuando llegué, levanté el portón del maletero y me quité el chándal y las zapatillas, que guardé en la bolsa de basura, y cerré el maletero. Estaba todo muy seco, el piso era una mezcla de grava y tierra, no se notaban mis huellas. Aun así, fui andando hacia atrás hasta el asiento, moviendo los pies lateralmente para borrar cualquier dibujo que hubiera podido dejar la suela de las zapatillas.

Arranqué y volví a Madrid. No me crucé con ningún coche hasta la rotonda, donde tuve que ceder el paso a dos que bajaban por la carretera de Atienza. Conducía despacio, cumpliendo todos los límites de velocidad. No podía arriesgarme a que me parara la Guardia Civil con un cuchillo lleno de sangre en el maletero. Cuando llegué a casa con la bolsa, cerré la puerta y respiré hondo. ¡Lo había conseguido! Había matado a un bastardo hijo de puta que se había cruzado conmigo. No le había puesto ninguna moneda en los ojos, esperaba que Caronte no le subiera a su barca y le dejara allí tirado en la orilla como a un perro sarnoso.

Me senté en el sofá del salón y lo repasé todo mentalmente. ¿Qué harían los policías y detectives de mis libros? Lo primero que hacían cuando veían el cadáver era recoger pruebas en la escena

del crimen. Después buscaban el móvil del asesinato. En mi caso no había, yo no conocía a ese hombre de nada, no sabía ni su nombre. Descartarían el robo porque no le había quitado la cartera ni el reloj. Indagarían si tenía enemigos, si se llevaba mal con alguien... No pensarían que un desconocido le vio en un pinar y le mató. Barajarían esta hipótesis, pero no sería su primera opción. Respecto a las pruebas, no había restos biológicos míos en ningún sitio. Lo único que podían encontrar eran huellas de unas zapatillas viejas, sabrían el número que calzaba y mi peso, pero nada más. Si hubieran quedado marcas de las ruedas de mi coche en la pista forestal, estarían mezcladas con las que ya había y las de otros coches que fueran allí después. De todos modos, tenía unos neumáticos con la medida 195/65R15, es decir, los más comunes. «Solo tengo que deshacerme de tres cosas: el cuchillo, los guantes y las zapatillas».

Fui a la cocina y puse en medio un cubo con agua. Enrollé los guantes con un tenedor, busqué un mechero y los quemé. No tuve que usar el cubo, ardieron enseguida, desprendiendo un olor asqueroso. Después llené el fregadero con agua caliente y jabón. Cogí el cuchillo y lo fregué bien con un estropajo, lo aclaré, volví a echar agua caliente y lo dejé dentro. Por último, metí el chándal y las zapatillas manchadas de sangre en la lavadora. Pensé también que debía lavar la ropa que llevaba puesta, incluidos los calcetines y calzoncillos, toda prevención era poca. Miré a mi alrededor y no vi nada que pudiera relacionarme con el cadáver, salvo un cuchillo reluciente en el fregadero y unas zapatillas viejas dando vueltas en la lavadora. Busqué el móvil y volví otra vez al sofá. Perfecto, no tenía ninguna llamada perdida esa mañana del viernes 16 de octubre de 2009, día en que había matado a una persona.

Antes de comer tendí la ropa. Estaba todo reluciente, sobre todo el chándal viejo. Me sentía realmente bien, como Aquiles, pero sin talones. Había salido todo a la perfección, la policía no me cogería nunca. Los psicópatas de las novelas volvían a asesinar en poco tiempo, pero yo no era uno de esos. No tenía prisa por cargarme al segundo y último hijo de puta.

Cuando me levanté de la siesta fui al estudio de mis padres. Empecé a leer el libro de las exploraciones españolas en Norteamérica. Tenía que elaborar un relato verosímil sobre algún antepasado mío que hubiera estado por allí, ya que la zorra de Marina era muy inteligente. Había que descartar a los exploradores más conocidos: Cabeza de Vaca, Coronado, Hernando de Soto, Juan de Oñate... «De estos seguro que se han escrito muchos libros y ella se habrá leído más de uno. Además, esos nombres me suenan hasta a mí». No convenía que fuera muy antiguo, no podía ser del siglo XVI, debía buscar alguno poco conocido del XVIII o XIX. Lo encontré. Un tal Juan Rivera, del que se tenían pocos datos. Hizo varias expediciones desde Santa Fe al oeste de Colorado. Me encajaba. Le diría que teníamos los manuscritos guardados en un arca en la casona familiar de Burgos. Mi apellido era Álvarez, uno muy común en España, seguro que por allí también había muchos. El guion iba tomando cuerpo poco a poco.

Toda la tarde tuve una cierta curiosidad, me preguntaba si habrían encontrado ya el cuerpo. Estaba a pocos metros de la pista forestal. Probablemente un viernes por la tarde más de uno habría ido a ese pinar a coger niscalos, quizás algún madrileño que pasaba allí los fines de semana. Tuve que contener las ganas de buscar por internet, no debía dejar ningún rastro. Toda la información relativa al suceso tenía que obtenerla por la tele, la radio o los periódicos. Después de cenar fui al salón y encendí la tele. La noticia más importante era que había fallecido un comentarista deportivo muy famoso, un tal Andrés Montes. Yo no le conocía de nada, pero debía ser un tipo excepcional, todo el mundo hablaba maravillas de él. Tenía cincuenta y tres años y le

había dado un infarto, un ictus o algo parecido. Empecé a cambiar de canal y no decían nada del asesinato. Puse el Canal 24 Horas y lo dejé. Sobre las once dijeron que habían encontrado el cuerpo de un hombre sin vida con signos de violencia en un pueblo de Guadalajara y que, cuando tuvieran más datos, ampliarían la información. Ya lo habían encontrado, no habían dicho a qué hora, pero ya podía leerlo en los diarios en un par de días. Solo había dos cosas que tenía que eliminar: el cuchillo y la suela de las zapatillas viejas. Sin prisa, podría esperar meses, incluso años.

Esa noche me costó mucho dormir, estuve recordando todo lo ocurrido esa mañana. Cuando empezaba a amanecer me debí de quedar dormido como un tronco. Sobre la una del mediodía un ruido me sobresaltó. Alguien estaba en casa. Rápidamente me levanté y fui a ver quién era.

—Hilaria, ¿qué haces aquí? Hoy es sábado.

—He terminado de limpiar en un piso al que voy los sábados. Y, ya que estaba en el barrio, me he pasado para ver qué te quedaba de comida y lo que debo comprar para el lunes. ¿Estabas en la cama? Creí que no había nadie.

—Sí, me iba a levantar ya. Esta noche he dormido mal y por la mañana me ha entrado el sueño.

—¿Y este cuchillo que hace aquí, en la pila? Pero si es el que usábamos para cortar la carne. ¿Dónde estaba? Llevo mucho tiempo buscándolo.

—Estaba en aquel armario alto, junto a la botellita de agua.

—Claro. Es el único sitio donde no he mirado. ¿Lo has usado? —me preguntó con un brillo extraño en sus ojos—. Ahora te lo lavo.

—Ayer estuve cortando unas costillas y se manchó de grasa.

—Hay que frotar bien, la grasa de cerdo sale muy mal. La próxima vez que vayas a meter un cuchillo a un cerdo, usa este otro, es más pequeño y manejable. Veo que también has puesto la lavadora. ¿Te saltó la grasa al chándal? Bueno, a los dos, has lavado dos.

—Sí, además estaban muy sucios, necesitaban un buen lavado.

Se agachó y cogió las zapatillas viejas que tenía en la terraza de la cocina

—Estas zapatillas están rotas, tienen las suelas medio despegadas.

—Sí, ya lo sé y además me rozan en un talón.

—Pues las deberías tirar, porque según están puedes tropezar y caerte. Si quieres ahora cuando me vaya me las llevo y las echo a un contenedor.

—No te preocupes, Hilaria, ya las tiraré yo. Los contenedores están en dirección contraria a la boca del metro.

—Es igual, me las llevo a mi barrio y las tiro allí —me respondió con una sonrisa ligera que más parecía una mueca, era la primera vez en mi vida que la veía sonreír.

Abrió el frigorífico y vio que ya no quedaba casi nada de los guisos que me había dejado el lunes. Metió unos vasos en el lavavajillas y recogió las pocas cosas que había en la cocina.

—Voy a cambiar las sábanas de la cama de tus padres. Me dijiste que allí te acuestas con Marina, seguro que habrá dejado su perfume en la almohada. Si alguna vez quieres traerte a otra

amiguita es mejor que huela a limpio y no a la fragancia de otra chica. No hay que improvisar, hay que tenerlo todo bien planificado, ¿verdad?

—Como quieras, aunque solo estoy con ella. Además, tengo también las habitaciones de mis hermanos.

Cuando volvió del cuarto de mis padres me sonrió de nuevo.

—Este cuchillo me vendría fenomenal para el pueblo, es grande y corta muy bien, ¿me lo podías regalar? No le diré a nadie que me lo has dado.

—Claro, Hilaria, llévatelo. Vienes el lunes, ¿verdad?

—Sí, el lunes vengo. Hasta luego, Juan.

Cogió su bolso, las zapatillas y el cuchillo y se fue. Tuve una sensación muy rara. Por una parte, estaba arrepentido de haber dejado que las dos pruebas más importantes del asesinato se las llevara ella y no me hubiera encargado yo personalmente de hacerlas desaparecer. Por otro lado, me había quitado el problema de encima en un momento. La intranquilidad se debía a que no era yo quien lo tenía todo controlado; aunque si había una persona en el mundo de la que podía fiarme esa era Hilaria, la misma que me salvó dos veces la vida cuando era pequeño.

No tenía costumbre de ver las noticias, pero ese día estaba expectante por averiguar qué decían acerca de un hombre acuchillado en un pinar. A las tres ya había comido y estaba clavado en el sofá con un café, esperando el telediario. Efectivamente, hablaron de él. Se trataba de un misionero español que llevaba más de cuarenta años con los indígenas de la Amazonía peruana. Era natural de la comarca de Cogolludo y había venido unos meses a España a visitar a su familia. Informaron de que solía venir cada cinco o seis años a pasar una temporada a su pueblo y de que una de las cosas que más le gustaba era ir por los bosques a coger setas. Se llamaba Casiodoro Díaz y tenía setenta y dos años. Todos los entrevistados señalaban que era una persona maravillosa que ayudaba a todo el mundo. Una mujer llegó a decir: «¿Quién puede haber hecho algo así? ¿Qué monstruo desalmado ha sido capaz de matar a Casiodoro?». No podía disimular mi satisfacción, estaba eufórico, no me había cargado a un hombre normal, sino a un santo varón. Si hubiera sido un hijo de puta, más de uno se habría alegrado y habría dicho: «Se lo tenía merecido». No era el caso, era extraordinario, como mi madre. «La injusticia de una muerte empata con la injusticia de otra. El destino de una mujer excepcional con el destino de un misionero excepcional. ¡Qué gran putada! Pero así es la vida de cruel».

Cuando iba a quitar la tele, hablaron de Miguel Delibes, porque ese día era su cumpleaños, cumplía ochenta y nueve. En ese momento me acordé de mi padre y cómo pasaba tardes enteras leyendo sus libros. Tenía incluso varias ediciones de alguno de ellos. Debía ir pronto a Valladolid a verle. Delibes tenía que saber que en el centro de Madrid vivió un ingeniero que le admiraba mucho y que decía que era el escritor que más ilusión le haría conocer. Lo más adecuado sería conseguir su dirección y escribirle una carta para ver si podía recibirme diez minutos, solo para hablar un poco con él y que me firmara un par de libros.

De pronto sonó el móvil, era un mensaje de Marina. Me decía que su madre estaba enferma y no podíamos hacer planes para el fin de semana. Mejor, así no vería su cara de zorra y ella no vería mis cuernos. El sábado anterior no estaba recuperado del resfriado y una semana antes había estado en Toledo con mis tíos, así que llevaba mucho tiempo sin ver a los colegas y

tomarme unas cervezas. Iba a llamar a Felipe, que era el más futbolero del grupo, pero preferí hablar con Dani para saber si me contaba detalles de cuando vio a Marina en Vallecas. Me dijo que el Madrid jugaba a las ocho y que habían quedado en el bar de debajo de la casa de Diego. Hablamos un buen rato de su viaje a Roma para la canonización de su pariente, pero de Marina no me dijo nada. Yo tampoco le pregunté. Si Dani te decía que te guardaba un secreto, podías estar tranquilo, era esa clase de persona. Si la hubiera visto otro amiguete, seguro que también me habría llamado, pero no sé yo si habría mantenido la boca cerrada o lo habría contado a los cuatro vientos.

A las siete y media salí hacia el bar. Y cuál fue mi sorpresa cuando entré y vi que allí estaba Ataúlfo, el que llegaba el último y siempre tarde.

—Anda, has llegado el primero, no me lo puedo creer, ¿te pasa algo? —le pregunté con ironía y un poco de curiosidad.

—He discutido con Silvia. Bueno, en realidad no hemos discutido, cuando iba a empezar a echarme la bronca me he ido de casa. Ya sabes que yo siempre digo la última palabra, digo «adiós» y me voy —me respondió con su típica media sonrisa.

Mi amigo Ataúlfo era el único que estaba casado. Era todo un personaje. Con veinte años dejó a su novia embarazada. Cuando le preguntó qué iban a hacer él respondió: «No te preocupes, al bebé no le va a faltar de nada y si quieres nos casamos, pero con una condición, si es niña eliges tú el nombre, pero si es niño lo elijo yo». Ella aceptó enseguida, estaba convencida de que si era niño se llamaría Ataúlfo Castro como el padre, el abuelo y el bisabuelo de su marido. Era el nombre que ponían a los primogénitos varones de la familia. Cuando hicieron la segunda ecografía vieron claramente que iba a ser un varón. Ataúlfo le dijo a Silvia que hasta que no naciera no le diría el nombre que había escogido. Ella, conociéndole como le conocía, sabía que no iba a romper la tradición familiar. Cuando estaban solos con el bebé en la habitación de la clínica, Ataúlfo la miró fijamente y le dijo: «El niño se va a llamar Fidel». A Silvia casi le da un infarto y le dijo que si estaba loco. «Tu apellido es Castro. ¿Cómo se va a llamar el niño Fidel Castro? Como se entere mi padre me deshereda. El niño no se puede llamar Fidel, elige otro nombre». Después de cinco minutos de vacile contestó: «Está bien, como quieras, se llamará Ataúlfo». Él sabía de sobra que los abuelos de Silvia tuvieron que exiliarse después de la Revolución cubana, primero a Miami y luego a Madrid. Ataúlfo era un guasón, siempre lo había sido. Estaba muy orgulloso de su nombre, decía que se llamaba igual que el primer rey de España, que reinó a principios del siglo V y tenía su capital en Barcelona. «Ojalá la capital de España fuera esa, o Málaga, o Santander, o, mejor aún, nos deberíamos unir a Portugal y fijar la capital en Lisboa o en cualquier ciudad que esté a más de seiscientos kilómetros de Madrid. Estoy harto de que todos vengan aquí a manifestarse, agricultores, mineros, ganaderos... Que protesten en sus ciudades y llamen a los periodistas, el efecto será el mismo».

Fui a la barra a por una cerveza y nada más sentarme llegó Jorge. Estaba muy cabreado, se le notaba en la cara.

—¿Qué tal, chavales? —Se sentó con cara de pocos amigos.

—Joder, tronco, vaya cara traes, parece que has visto a un municipal poniéndote una multa —le dijo Ataúlfo.

—A un municipal no, pero a un hijo de puta sí.

Venía con la cara desencajada, le conocía bien. Cuando estaba cabreado se le notaba y mucho, no sabía disimular.

—¿Qué te ha pasado? Cuéntanoslo, anda.

—Pues que esta mañana he sacado a mi abuelo a pasear un poco y que le diera el aire. Cuando volvíamos a casa serían casi las dos. Al pasar por delante de la panadería me acordé de que tenía que comprar una barra y justo en ese momento llegó un tipo con dos niños, todos iban en bici. Supongo serían sus hijos y van y aparcan delante del banco que hay enfrente. Yo había dejado a mi abuelo agarrado del quicio de la puerta, ya le conoces, tiene noventa y dos años y le cuesta mucho andar. Cuando ese tipejo me vio, quitó una bicicleta del banco para que se sentara mi abuelo. Yo le dije que no se preocupara y que si me dejaba pasar antes, que solo iba a por una barra y tenía un poco de prisa. ¿Sabes lo que me ha dicho el hijo de puta? «Yo también tengo prisa». ¿Te lo puedes creer? Mi abuelo con noventa y dos años agarrado a la puerta y el bastardo no me deja pasar, si solo iba a por una barra. Si no hubieran estado mi abuelo y sus hijos delante, le habría metido una hostia en toda la boca para enviarle directamente al dentista.

—Joder, Jorge, qué bruto que eres. Si llegó antes que tú, no tenía por qué dejarte pasar. Habría sido un detalle por su parte y un signo de buena educación, pero ya te digo que no tenía la obligación de dejarte pasar.

—Ya sé que llegó antes. Pero si yo veo a alguien con un viejo de noventa y pico años que apenas puede andar y me dice que solo va a por una barra, le digo que pase antes.

—Tu problema es que eres muy buena persona y crees que todo el mundo ha de ser como tú. Te lo he dicho muchas veces y no me crees: el mundo está lleno de hijos de puta. ¿Por qué no has subido a tu casa y has cogido la escopeta de caza de tu padre? Le metes dos tiros y problema resuelto, un idiota menos dando vueltas por Madrid.

—¿Y eres tú el que me llama bruto? Sí que merecía un puñetazo bien dado, pero matarle... Joder, Juan, se te ha ido la olla.

—Era una broma, estoy exagerando. Si nos tomamos a pecho todo lo que nos hacen o nos dicen no podríamos vivir. Olvídalo y no te preocupes. Esta gentuza en cualquier momento encontrará la horma de su zapato. A mí, hace un par de semanas, se me coló un tipo en el centro de salud, me enfadé muy poco, quizás dos segundos, pero le dejé pasar y punto.

—¿Le dejaste pasar? —me preguntó extrañado.

—Sí. Yo con los subnormales no pierdo ni un segundo. Jorge, olvídalo, no merece la pena.

Ataúlfo no dijo nada en toda la conversación, solo sonreía. Pero algo tenía que decir, si no no habría sido Ataúlfo.

—Joder, Jorge, cómo sois los de Guadalajara, ¿solucionáis todo dando hostias? Por cierto, ¿la panadería es la que está enfrente del parque? —le preguntó sorprendido, como si no supiera la respuesta.

Jorge asintió con la cabeza.

—Pues ve siempre allí a comprar el pan sin tu abuelo hasta que le veas un día sin sus hijos y arreglas cuentas con él —le dijo.

Los amigos poco a poco iban llegando, Dani, Rodrigo, Diego, Felipe... Era casi las ocho, el partido estaba a punto de empezar. Me informaron de que jugaba el Madrid con el Valladolid y de que no iba a estar Cristiano Ronaldo, no me enteré de por qué, en realidad me daba igual. Como siempre, era yo quien iba a la barra a por las cervezas y las tapas, ellos no podían perderse ni un minuto del fútbol y a mí no me importaba. En el descanso ganaba el Madrid tres a uno, con dos goles de Raúl. Unos decían que había sido una injusticia no haberle concedido el Balón de Oro en 2001, parecía que se lo habían dado a un inglés. Diego, que era muy del Atlético, se partía de risa y decía: «Dadle un baloncito al niño para que no se enfade». Había que reconocer que tomar unas cervezas con los amiguetes un sábado por la noche era uno de los mejores momentos de la vida, con o sin fútbol.

Sobre las once y media hablaron de ir más tarde a un *pub* que estaba muy cerca de allí. Un sitio que recordaba muy bien Ataúlfo. Ocurrió en carnaval. Entramos a tomar unas copas y fuimos directamente a la barra. Todo el mundo estaba disfrazado. Ataúlfo se acercó una camarera que parecía Catwoman, le sonrió y le preguntó: «¿Eres una gatita?». A lo que ella respondió: «Depende el momento, unas veces soy una gatita y otras veces una tigresa». Y él, sin apartar ni un momento la mirada y sin dejar de sonreír, añadió: «Pues yo a todas las felinas las pongo a veinte uñas mirando a Cuenca».

Ataúlfo: genio y figura. Su familia era una de las más ricas de Madrid, pero ya le había dicho su padre que a él solo le iba a dejar dinero e inmuebles. Las acciones de las empresas serían todas para su hermana. Sus padres no se fiaban de él, yo tampoco lo habría hecho.

CAPÍTULO 4

Al día siguiente me desperté tarde, sobre las diez. Había dormido como un lirón, no sabía si por cansancio o por las cervezas que me había tomado. Fui el primero que se retiró, como siempre. Entre botellín y botellín nos contamos qué tal nos había ido la semana. Yo les dije que me habían despedido y nadie me dio el pésame. Ninguno sabíamos qué era eso de no llegar a fin de mes o la cuesta de enero, eran cosas que decían por la tele y que les pasaba otros. A mí en el trabajo me consideraban un niño pijo de clase acomodada. Si hubieran conocido a mis amiguetes se habrían dado cuenta de que, comparado con alguno de ellos, era un muerto de hambre. Hasta que empecé a trabajar, mi madre me daba cien euros para pasar el mes y ni un euro más, quería que aprendiese a administrar mis gastos. Lo que ella no sabía era que, cuando llegaba el veintipico y me quedaba sin dinero, ahí estaban ellos para invitarme a todas las cervezas que quisiera.

Estuve toda la mañana tirado en el sofá viendo la tele. No me apetecía ni siquiera ir a comprar el pan, prefería tomarlo del día anterior antes que salir a la calle. Comí pronto, quería estar a las tres en punto viendo el telediario. Informaron de que la Guardia Civil se había hecho cargo del caso y de que una jueza había decretado el secreto del sumario. No hablaron nada más del misionero. Tendría que leer algún periódico para saber por dónde iba la investigación, por simple curiosidad. Estaba totalmente tranquilo, ya que cuando las cosas se hacen bien no hay por qué preocuparse.

Después de tomarme el café fui al estudio de mis padres a leer un rato el libro de los exploradores. En él decía que posteriormente a Juan Rivera hubo una expedición de dos sacerdotes franciscanos, Domínguez y Escalante. Se suponía que habían partido de Santa Fe por la misma ruta que había tomado Juan Rivera. Tenía que anotar todo con precisión para que la zorra de Marina no sospechara nada. Estaba tan absorto en la lectura que me molestó que me sonara el móvil. Según iba a por él me pregunté quién cojones me llamaba un domingo por la tarde. Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi que era Ana, no me lo podía creer. En siete años trabajando con ella me había llamado muy pocas veces y siempre por trabajo. Y ahora, que estaba en el paro... Estaba intrigado. Respiré hondo y descolgué el teléfono.

—Hola, Ana, ¿qué tal estás?

—Bien, ¿y tú?

—No tan bien como tú, pero voy tirando. No, es broma, la verdad es que me va muy bien.

—Me alegro. Verás, te llamaba porque hoy es mi cumpleaños y me preguntaba si te apetecía tomar algo y charlar un rato.

—Sí, claro. ¿Cuántos cumpleaños? Si no es indiscreción.

—Ya son muchos, cuarenta y ocho. Ahora son las siete, ¿te viene bien a las ocho?

—Sí, perfecto. ¿Dónde?

—Voy a ir en taxi. Dime dónde vives y a las ocho estoy allí.

—Dile al taxista que te deje en la esquina de la calle Velázquez con Goya. Allí cerca hay un bar que está bastante bien.

—De acuerdo, Juan, hasta luego.

Nada más colgar el teléfono empecé a darle vueltas al asunto. ¿Por qué quería quedar conmigo si en siete años no me había hecho ni puto caso? Siempre había sido muy amable y simpática conmigo, pero nada más. Enseguida aparté esos pensamientos de mi cabeza, probablemente solo quería, como había dicho, tomar algo y hablar. Eran las siete, tenía mucho tiempo para ducharme, merendar algo y vestirme. Ana no bebía alcohol y yo, después de las cervezas del día anterior, no tenía cuerpo para una más. Sería entonces zumo, café... Daba igual, tomaría lo que pidiera ella.

A las ocho menos diez bajé de casa y fui al lugar de encuentro. Ya había llegado y estaba esperando junto al semáforo. Era una mujer impresionante, llevaba unos vaqueros ceñidos, como si le estuvieran pequeños. Su cintura, su culito y sus caderas llamaban la atención a quien pasaba por la acera. Vestía una chaquetilla granate de piel abrochada solo con un par de botones, no se podía cerrar más por sus soberbias tetas. No aparentaba cincuenta años, quizás, como mucho, treinta y pico. Me acerqué, la felicité y la di dos besos, teniendo cuidado de no poner la mano en ningún sitio por si se me quedaba pegada a su cuerpo. Fuimos al bar y pidió un zumo. Yo otro. Solamente estar tomando algo con una mujer de bandera en una cafetería era algo que no me habría imaginado un par de horas atrás. Hablando con ella me daba cuenta de que Marina y las demás chicas que habían pasado por mi vida eran simplemente unas niñas.

Lo primero de que hablamos fue de la empresa y de mi despido.

—Juan, sentí mucho que te despidieran, me quedé a cuadros cuando me lo dijiste.

No lo decía por quedar bien, estaba realmente apenada.

—No te preocupes por mí. La vida no se acaba en la empresa, trabajos hay muchos. Además, no tengo hipoteca que pagar ni hijos que mantener. Créeme si te digo que no estoy nada preocupado. Y, como dice un tío mío, las cosas pasan porque tiene que pasar y no hay que pensar en ello. Lo bueno siempre está por llegar.

—Admiro tu optimismo. Siempre buscas el lado bueno de las cosas. Además, tienes buena cara, no se te ve nada afectado.

Según me decía esto comenzó a quitarse la chaquetilla de piel. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no bajar la mirada hacia sus espectaculares tetas. Llevaba una blusa blanca con un par de botones que estaban a punto de salir disparados y reventarme un ojo.

—No hay motivo para estar afectado. Era un trabajo rutinario y las posibilidades de promocionar eran muy pequeñas o nulas. El trabajo me lo buscó mi padre a través de sus contactos. Si él viviera sería distinto. Pero, por desgracia, ya no está aquí para verlo.

—Pero ¿por qué te toco a ti? ¿Qué te dijeron? —me preguntó, como si tuviera un interés vital en ello.

—Andrés me dijo que con la crisis sobramos gente. Además, según le comentó el director general había que evitar despedir a trabajadores con familia. Eso es todo.

—Hay algo que no entiendo. Vanesa lleva en la empresa menos tiempo que tú y Susana es una chica con muy pocas luces. Y cuando llega la hora de la verdad te echan a ti, es incomprensible.

—Ana, no le des vueltas, qué más da. No había pensado en esto que dices, pero me da igual. Han pasado dos semanas y no echo nada de menos, solo los cafés de máquina que me tomaba contigo a las once.

—Juan, no sé si debo contarte algo. Como parece que te da igual, te lo diré. Hay rumores sobre que Vanesa está liada con Andrés y Susana con el director general. Te digo que son rumores, yo no lo sé y a mí nunca me han interesado esos cotilleos. Pero desde que te despidieron he estado pensando y todo tiene su lógica, ¿no crees? Todo cuadra.

—Pues, ahora que lo dices, resulta extraño que Susana, con lo torpe que es la pobre, lleve más de quince años en la empresa. Quizás tengas razón, pero ¿qué más da? Lo pasado pasado está. Olvídalo, Ana, vamos a hablar de otra cosa.

—Está bien, como quieras. Oye, no sabía que vivías en el barrio de Salamanca. Un barrio de ricos.

—Barrios de ricos hay muchos, no solo este. ¿Dónde pensabas que vivía?

—Pues en un buen sitio, pero no aquí. Esto es lo mejor de Madrid: la calle Velázquez, Goya, Serrano...

—Mis padres compraron el piso a principios de los setenta. Hoy sería impensable.

—Y desde que fallecieron tus padres, ¿vives solo?

—Sí, en un piso de doscientos metros cuadrados. Supongo que con el tiempo lo venderemos, pero mis hermanos no tienen prisa y yo tampoco.

—¡Doscientos metros! Eso es como tres veces mi piso.

—Si quieres verlo, está aquí muy cerca.

—Pues sí, como tengo confianza contigo te lo digo. Me encantaría ver un gran piso en un barrio como este.

Me iba a levantar para ir a pagar, pero no me dejó. Quería invitarme por sus cuarenta y ocho espléndidos años. Fuimos hacia mi casa hablando de la crisis, la empresa y lo que habían bajado las ventas. Ana no estaba preocupada por su trabajo, era la mejor comercial. Además, me dijo que, en tiempos de crisis, los comerciales con una gran cartera de clientes son los reyes.

Cuando llegamos se quedó admirada de la puerta del edificio, de hierro forjado y cristal. Al subir a casa, abrí la puerta y la cedí el paso educadamente. Nada más pasar y cerrar la puerta, se giró, me puso la mano en la mejilla y me besó. No voy a decir que estuviera asustado, pero casi. Yo soy alto, delgado y más guapo que feo, se me han dado siempre muy bien las mujeres, bueno las niñas de mi edad, pero Ana era otra cosa, una mujer de los pies a la cabeza. Tantos años intentando acostarme con ella y cuando llegaba el momento..., me sentía sobrepasado. Le iba a decir algo, pero no me salían las palabras. Ella me puso el dedo índice en la boca y no me dejó hablar. Solo me preguntó: «¿Dónde vamos?». La cogí de la mano y la llevé a la habitación de mis padres. Nos empezamos a desnudar y, al contrario que Marina, Ana no tiraba su ropa por el suelo, sino que la dejaba bien colocada en la silla del tocador de mi madre. Yo ya estaba sentado en la cama cuando acabó, me sonrió y se quitó el sujetador. Por fin pude ver sus espectaculares tetas, no eran ni muy grandes ni pequeñas, eran sencillamente perfectas. Tenía un cuerpo impresionante, de una chica de veinticinco. Se ve que las horas de pilates y gimnasio habían hecho maravillas en ella. Sus muslos eran como piedras y su vientre, tan plano como el de una

chavala. Abrí el cajón de la mesilla para sacar un condón, pero ella me dijo que no era necesario, que no la iba a dejar embarazada. Si esto me lo hubiera dicho cualquier otra, no le habría hecho caso, pero de Ana sí me fiaba. Se tumbó y me tiró del brazo. Ya encima de ella, solo tenía un pensamiento. Tenía que portarme bien y retrasar la eyaculación todo lo que pudiera. Siempre utilizaba el mismo método: pensar en algo que fuera lo menos erótico posible, normalmente las pinturas negras de Goya. Repasé los catorce cuadros. Esto me lo había enseñado Graciela, siempre me decía que se follaba con la mente y no con la polla. Cuando acabé y vi a la mujer que tenía a mi derecha me acordé de la película *Instinto básico* y de Michael Douglas hablando del «polvo del siglo». Más de uno habría dado incluso lo que no tenía por haber estado en mi lugar en ese momento.

Después de unos incómodos minutos de silencio, Ana comenzó a hablar.

—Te debo una explicación.

—No, no me tienes que explicar nada.

—Sí, Juan. No quiero que pienses que voy por ahí acostándome con jovencitos.

—No tienes que excusarte de nada. A mí me da igual lo que haces o dejas de hacer.

—Ya lo sé, pero aun así te lo quiero decir. Voy a empezar desde el principio. Yo siempre he dormido muy bien, toda mi vida. Nada más acostarme me quedo dormida y tengo un sueño muy profundo de seis o siete horas. Nunca he tenido insomnio ni nada que me despierte de madrugada. Pero desde hace unos días tengo un sueño recurrente, siempre el mismo, tres o cuatro veces por noche. En él aparezco yo, se acerca una mujer, me coge de la mano y me dice: «Ven». Me lleva a una habitación en la que hay una cama y solo estás tú, me acerco a ti, te beso y en ese momento me despierto.

—Quizás debería alegrarme que sueñes conmigo y no con otro —le respondí con media sonrisa.

No sabía si hablaba en serio o me estaba soltando una trola. Puede que se sintiera culpable de haber follado con un chaval al que doblaba en edad.

—Llevo así cinco días. En mis sueños aparezco en el trabajo, en mi casa, en el súper o en cualquier sitio, y es siempre lo mismo. Me levanto cansada porque no duermo bien. Esta tarde algo ha hecho que cogiera el teléfono y te llamara, no sabría decirte qué. Fue algo superior a mí.

—Pues no sé qué decirte, yo de esas cosas no entiendo. Ya son las diez, te quedas a cenar ¿verdad?

—¿No me crees? Juan, lo que te digo es tan cierto como que hoy es domingo. Yo nunca te he mentado.

—Claro que te creo. Yo también sueño alguna vez, aunque, cuando me despierto, recuerdo muy pocas cosas.

Abrí el armario de mis padres y saqué dos batas. Ana estaba muy guapa con cualquier cosa que se pusiera. Cogí los últimos dos táperes del congelador y los metí en el microondas, bacalao con patatas y ternera en salsa. Teniendo guisos de Hilaria no había dudas de cuál era la mejor opción. Cuando acabamos de cenar, hablamos de las pocas cosas de las que pueden hablar una mujer de cuarenta y ocho y un chaval de veinticinco. Ella había pasado por muchas vivencias y estaba casi de vuelta de todo. Yo, sin embargo, estaba empezando a vivir las supuestas dificultades de

la edad adulta. Una cosa teníamos en común: los dos éramos entusiastas del *carpe diem*. Yo por arrojo y supongo que ella por su edad.

Cuando acabamos nos fuimos al salón sin recoger la mesa de la cocina, ya lo haría yo al día siguiente. Le dije que se sentara en una esquina del sofá, la contraria de donde se ponía Marina, así ninguna olería un perfume distinto al suyo. Ana se debió aflojar la correa de la bata o se aflojó sola, no lo sé, lo cierto fue que según hablábamos le estaba viendo casi una teta y parte de la otra. No tenía prisa por irse a su casa y yo tampoco de que se fuera.

—¿A qué hora entras mañana? —Era una pregunta retórica, sabía de sobra que los comerciales no tenían horarios.

—A la hora que quiera, mi sueldo va en función de las ventas, no del tiempo que esté en el despacho.

—¿Por qué no te quedas a dormir? Son más de las once. Mañana coges el metro y vas a trabajar desde aquí.

—Juan, he de decirte algo. Nadie en mi vida me ha hecho el amor como tú esta tarde.

Ante esas palabras preferí no abrir la boca, decir algo habría sido estropearlo. Aunque el mérito no era mío, sino de Graciela y de las pinturas negras de Goya. Ana llamaba hacer el amor a follar, palabras distintas para hablar de lo mismo. Me abalancé sobre ella y con solo tocarle una teta ya estaba empalmado otra vez. Esta vez me llevó ella a la cama de mis padres, ya se sabía el camino. Durante la noche me desperté varias veces y al verla a mi derecha me convencí de que era real, de que no era un sueño. Ella durmió profunda y plácidamente. Sobre las ocho y media comenzó a amanecer. Yo ya no podía dormir, no quería cerrar los ojos por si desaparecía. Le pasé la mano por el vientre y fui subiendo hacia sus tetas, quizás era la última vez en mi vida que las tocaba. En ese momento abrió los ojos y me sonrió. Con su mano descubrió que yo ya estaba preparado y se subió encima, fue su forma de darme los buenos días. Era increíble la agilidad que tenía con sus casi cincuenta tacos.

Me dijo que había dormido muy bien, no había tenido el sueño que la agobiaba. Sobre las nueve nos levantamos y le dije que fuéramos a desayunar en un bar que había cerca. Tomamos zumo de naranja, café con leche y cruasán. Ana no solía maquillarse mucho, estaba recién levantada y tan guapa como siempre. Le expliqué dónde estaba la boca de metro y el trasbordo que tenía que hacer en Alonso Martínez, pero le dio igual, porque iba a coger un taxi. Esta vez la invité yo. No quería dejarme, pero no le hice caso, fui a la barra y pagué.

Cuando volví a la mesa tenía la cara desencajada, los ojos abiertos como platos y parecía fuera de sí.

—Es ella, es ella —repetía una y otra vez.

—¿Quién?

—La mujer que aparece en mis sueños, la de la chaqueta marrón.

Giré la cabeza a la ventana. En la calle solo había una mujer con una chaqueta marrón. Era Hilaria, que iba hacia mi casa.

—¿La de falda negra y bolso rojo? —le pregunté.

—Sí, esa.

—¿Estás segura?

—Que sí. Si te digo que es ella, es que es ella.

—Yo creí que se soñaba con gente cercana, no con desconocidos. Tranquilízate, yo te creo.

—Juan, me voy a trabajar, ya hablaremos.

Se levantó y se fue casi sin despedirse. Me quedé un rato más en el bar pensando en ello. Ana no mentía nunca y había afirmado con tanta seguridad que era Hilaria la que aparecía en su sueño que estaba perplejo. Seguramente la había confundido con cualquier mujer de sesenta años. «Pero ¿cómo se puede acordar de los rostros de las personas? Yo sueño muy pocas veces y casi ni me acuerdo de nada».

Fui a comprar el pan y volví a casa. Allí estaba Hilaria en la cocina.

—Buenos días, Hilaria.

—Hola, Juan, ¿qué tal lo pasaste ayer?

—Bien, ¿por qué lo dices?

—Pues porque hay dos platos sucios ahí en la mesa y la cama de tus padres está desecha. ¿Vino a verte alguna amiguita de las tuyas?

—Sí, ¿te acuerdas de que el lunes pasado hablamos de una compañera de trabajo? Pues ayer me llamó y pasó lo que tenía que pasar.

—Sí, me acuerdo perfectamente, te dije que te llamaría y te ha llamado.

—Pero ¿cómo estabas tan segura?

—Intuición, solamente. Tú eres alguien especial, siempre lo has sido. No hay cosa que te propongas que no consigas. En este mundo no todos somos iguales, la mayoría son ovejitas que forman parte del rebaño, pero hay unos pocos que son los elegidos, y tú eres uno de ellos. Dame alguna razón por la que Ana no quisiera acostarse contigo. ¿Hay algo que se lo impida? No, ¿verdad? Estaba claro que tarde o temprano iba a pasar aquí la noche contigo.

—¿Cómo sabes que se llama Ana? No te lo he dicho.

—Hoy no, pero el otro día sí.

—Entonces, ¿de qué soy un elegido?

—Hay gente que nace con estrella y otros estrellados. A unos les sale todo bien en la vida y a la mayoría mal. Es así, y punto. No hay que preguntarse el motivo.

—Pero a mí no me va bien. Mis padres murieron en un horrible accidente de tráfico.

—A eso no sé qué decirte.

En ese momento se giró y empezó a preparar los guisos que iba a hacer.

Fui a la habitación de mis padres, ya estaba la cama hecha. Todo me olía mucho a Ana, lo cierto era que su perfume lo tenía aún incrustado en la cabeza. Fuera como fuera, a partir de entonces, cuando viniera Marina, la tendría que llevar a la habitación de Marcos o Mateo. Después empecé a recoger un poco la mía para que Hilaria pudiera limpiarla. Cada conversación que tenía con ella era más intrigante que la anterior. No sabía de dónde sacaba semejantes tonterías, creía que yo

era un elegido, como Neo el de *Matrix*, ¡vaya gilipollez! Me empezó a llegar el aroma de sus guisos y volví a la cocina.

—He oído en la radio que mañana va a llover. Hay que coger la ropa del tendedero, ya estará seca, lleva varios días —me dijo mientras fregaba los platos.

—Ya la recojo yo.

Según cogía los chándales de las cuerdas me acordé de las zapatillas viejas que se había llevado.

—Hilaria, ¿tiraste las zapatillas?

—Sí, en un contenedor de mi barrio que hay frente a la pescadería. Esta mañana te he comprado allí unas rodajas de merluza que voy a cocer luego.

—Y el cuchillo era para tu pueblo, ¿verdad?

—Sí, el sábado por la tarde fuimos. Lo subí al desván, espero que cuando llegue la matanza no se me olvide cogerlo. Cada cosa que dejo a allá arriba luego no lo recuerdo y pasa allí años o siglos.

Los dos objetos que podrían incriminarme en el asesinato habían desaparecido de mi casa gracias a Hilaria. Se podía decir de ella que era una cómplice inconsciente e involuntaria. Mi plan original consistía en guardarlos en casa unos meses y después deshacerme de ellos, pero ella, sin darse cuenta, me había ayudado. Cogí toda la ropa seca y la dejé en el cesto para plancharla. Los chándales me los llevé a mi habitación, estaban impecables.

Cuando regresé a la cocina, Hilaria comenzó a hacerme preguntas, tenía uno de esos días raros en los que le gustaba hablar.

—Oye, Juan, me contaste que te despidieron, pero no me dijiste el motivo.

—Creo que ya te lo dije. Su excusa fue que con la crisis sobramos gente.

—Sí, la crisis... Pero me refiero a que por qué a ti y no a otro.

—Porque no querían despedir a alguien con familia, o sea, con hijos.

—Dime los que erais y todo lo que sepas de ellos.

—Éramos cinco. El jefe de Administración, casado y con cuatro hijos, muy currante y unos cincuenta y pocos años. Lorenzo lleva más de cuarenta años en la empresa, le quedan dos para jubilarse. Susana lleva unos quince años, divorciada con dos hijos, tiene unos cuarenta años y es muy torpe. Y, por último, Vanesa lleva unos cinco años, está casada y tiene una niña pequeña.

—Dices que una es muy torpe y la otra llevaba menos tiempo que tú. ¡Y te echan a ti! ¿Sabes lo que significa?

—Pues una de dos: o que yo soy el único que no tiene hijos, o que a Susana y Vanesa se las está follando algún jefe.

—Exacto, Juan. Eres muy listo para ser tan joven.

«¿Cómo puede ser que tanto Ana como Hilaria me digan lo mismo?», me pregunté. Habían utilizado prácticamente las mismas palabras para hablar de mi despido... ¡Qué casualidad! Era como si ambas se hubiesen puesto de acuerdo para preguntarme, una el domingo y la otra el

lunes. Era como si existiera telepatía entre dos desconocidas. Yo no echaba de menos el trabajo, estaba encantado de estar en el paro. Y el motivo de mi despido me daba igual.

En ese momento se me pasó por la cabeza un plan maquiavélico digno de una buena novela negra. Iba siendo hora de hablar con don Emilio, el jefe y gran amigo de mi padre. Fue a él a quien llamó cuando cumplí los dieciocho y dije que quería trabajar. Entré en el estudio y fui directo a la mesa de mi padre, abrí un cajón y allí estaba su agenda. Tenía tapas de piel color beis y estaba llena de teléfonos de gente muy importante de Madrid, nada que ver con la que debía de tener mi tío Joaquín. Busqué el teléfono de don Emilio, quizás fuera difícil hablar con él por la cantidad de filtros que tenían los empresarios millonarios. Supuse que el móvil no me lo cogería, así es que llamé al fijo de la empresa. Lo descolgaron enseguida.

—Buenos días, señorita. Quería hablar con Emilio Rubio de Seoane.

—¿De parte?

—De Juan Álvarez.

Muy amablemente me pasó con la secretaria de don Emilio. Ya era el momento de decir el nombre de mi padre.

—Buenos días, señorita. Quería hablar con Emilio Rubio de Seoane. Mi nombre es Juan Álvarez, soy hijo de José Álvarez Clemente.

Cuando oyó el nombre del que fue gerente de proyectos de la compañía, la secretaria sabía que no tenía que preguntarme nada más. Después de medio minuto oyendo la música de Manuel de Falla, por fin pude hablar con él.

—Hola, hijo, ¿qué tal estáis?

—Bien, don Emilio, ¿y usted?

—Pues podría estar mejor, pero no me quejo. Antes de nada, quiero decirte algo, ya os lo dije en el entierro de vuestros padres, pero quiero reiterarlo. Cuando mi padre enfermó y tuve que hacerme cargo de la compañía, yo era muy joven e inexperto. Al poco tiempo empezó a trabajar tu padre y gracias a él todos los proyectos culminaron con gran éxito. Al principio fue mi mejor empleado y con el tiempo uno de mis grandes amigos. Si no hubiera sido por él la empresa no sería lo que es hoy. No había dificultad que no superase, fue un pilar fundamental estos años.

—Lo sé, don Emilio, él a usted también le apreciaba mucho.

—Fue una gran pérdida para todos, sobre todo para vosotros. Dime, hijo, ¿en qué puedo ayudarte?

—Solo llamaba para darle las gracias por la oportunidad que me dio de trabajar en una de sus empresas, en Químicas Tartésicas. Han sido siete años muy buenos donde he aprendido mucho.

—Pero... ¿ya no estás?

—No, me despidieron hace dos semanas.

—Y ¿por qué fue?

—Me dijeron que por la crisis, pero no es cierto.

—¿Crees que ese no es el motivo?

—Da igual, don Emilio, prefiero no hablar del tema. Es un asunto delicado y no me gusta hablar mal de personas a las que no tengo delante.

—Creo que deberías decírmelo. Si hay algo que no funciona en alguna empresa del grupo yo debería saberlo, ¿no crees? Puedes estar tranquilo.

—No sé qué decirle, no soy un chivato.

—Ya lo sé. Esto no sería un chivatazo, sería lealtad.

—Está bien, se lo diré. Me dijeron que con la crisis sobramos gente y que me tocaba a mí porque era el único de Administración que no tenía hijos. Fue la excusa que buscaron para despedirme sin que sospechara nada. Tengo una compañera que es una incompetente y otra que lleva menos tiempo que yo, además de no ser muy trabajadora. Ambas siguen en la empresa porque tienen relaciones sentimentales con los jefes, una con el director de Recursos Humanos y la otra con el director general.

—Espera un momento, cojo un bolígrafo. Dime cómo se llaman estos directores.

—Francisco Gómez y Andrés López. No sé si le he dicho el nombre de la empresa, es Químicas Tartésicas.

—Tú tranquilo, hijo. Esta conversación es estrictamente confidencial. Cuando necesites algo, lo que sea, no dudes en llamarme.

—Muchas gracias por todo, don Emilio.

Me despedí muy amablemente de él y con una media sonrisa de satisfacción. Era un auténtico cabroncete y me gustaba serlo. Probablemente, acababa de enviar al paro a dos padres de familia, además de dos buenas personas. Don Emilio era muy impulsivo, la típica persona que primero dispara y luego pregunta. Muchas veces le consultaba a mi padre los asuntos importantes y él siempre le respondía lo mismo, que hay que ver todas las ventajas e inconvenientes antes de tomar cualquier decisión. Pero ahora mi padre ya no estaba entre nosotros, no había nadie que le dijera: «Emilio, no te precipites». Cuando empecé a trabajar allí le rogué a mi padre que no le dijera a nadie que era hijo del gerente de proyectos de la empresa matriz, no quería tener ningún tipo de favoritismo. Para Andrés y el director general fue muy fácil despedirme, era echar a la puta calle a un chaval joven antes que a sus coñitos. Ahora iban a probar su propia medicina. Si Ana decía que había rumores de relaciones entre jefes y empleadas, debía creerla. Pensé también que sus mujeres detenían derecho a saber que sus maridos eran unos adúlteros y ellas unas cornudas. Ese sería el siguiente paso, primero debía asegurarme de que don Emilio los había puesto de patitas en la calle. Decían que estábamos en plena crisis, ¿adónde irían ahora dos cincuentones acomodados? ¿Quién les daría trabajo? Mucha gente sabría que los habían echado a patadas... Tenía que reconocer que disfrutaba solo de pensarlo.

Hilaria ya había acabado sus tareas, entre ellas dos cacerolas grandes con unos guisos que quitaban el sentido. Me llamó para repetirme lo mismo de siempre, que cuando se enfriaran los metiera en táperes y al congelador. Recogió sus cosas y se fue hasta el lunes siguiente. Aunque, conociéndola, podía aparecer en cualquier momento. Fui al salón y puse la tele para ver lo que decían del asesinato en TVE. Era increíble, habían pasado solo tres días y no mencionaban al bondadoso misionero, era como si no existiera. Tendría que ir por la tarde a tomar café a un bar

para leer el periódico y poder enterarme de más cosas. Lo más importante era no informarme por internet, no podía haber ninguna relación entre mi dirección IP y las noticias de un cadáver en un pinar. Dice un refrán que hombre precavido vale por dos, y yo no debía dejar ningún cabo suelto, ni siquiera el más insignificante.

Iba a empezar a comer cuando me sonó el móvil, era mi tío Joaquín.

—Hola, Juan, ¿qué tal estás?

—Bien, tío. ¿Vosotros?

—Todo bien. Te llamo porque estoy de baja y quería que te vinieras aquí unos días. Si puedes, claro está.

—¿De baja? ¿Te ocurre algo? —le pregunté preocupado.

—No, nada, absolutamente nada. Lo que pasa es que entre las vacaciones de verano y las de Navidades me gusta cogerme una baja de dos o tres semanas para que no se me haga tan largo. Suelo decir que tengo dolores de lumbago, no hay ningún médico que diga que es mentira, es indemostrable.

—Debes tener cuidado de que no te pillen.

—¿Pillarme? Juan, soy funcionario y esto es España. Podría estar toda la mañana en la oficina tocándome la barriga y no me echarían.

—Pues es un chollo ser funcionario...

—No del todo, hay algunos que sí se ganan el sueldo, médicos, enfermeras, policías... Los que trabajamos en oficina casi ninguno. Bueno, ¿vas a venir unos días?

—Sí. Mañana voy para allá.

—Le diré a tu tía que compre riñones, hígados y todas esas cosas que te gustan tanto.

Nada más dejar de hablar con mi tío, liberé mi mente de cualquier pensamiento mundano. Cogí un plato hondo y lo llené de unas lentejas a la jardinera que había preparado Hilaria. Era uno de los mejores platos que había probado en mi vida. Su marido y sus hijos eran afortunados por comer manjares así todos los días. Quizás fueran esas hierbas silvestres que recogía por su pueblo lo que les daba ese sabor sobrenatural a sus guisos. Mi tía Elvira era una cocinera excelente, pero Hilaria estaba en otro nivel. Había gente que pagaba barbaridades por comer en restaurantes de cocineros famosos, yo comía mejor que ellos a diario, es decir, todos los putos días del año.

Después de reposar la comida en el sofá, según mandan las viejas costumbres españolas, me cambié de ropa y fui a tomar café. Nada más salir del portal me encontré a don Rafael, era como si supiera que iba a salir de casa y me estuviera esperando. No me dio tiempo a inventarme ninguna excusa para decirle que tenía prisa y así no hablar con él. No tenía escapatoria, solo esperaba que no me obligara a escucharle más de diez minutos. Era el cura más pesado del mundo.

—¿Qué tal, Juan?

—Bien.

—Pronto se va a cumplir un año del fallecimiento de tus padres. Ayer me llamó uno de tus hermanos para encargarme una misa por su memoria. No sé quién fue de los dos, siempre los confundo.

—Da igual, los dos son el mismo. Hablan igual, visten igual, piensan igual... Se compraron dos unifamiliares que están al lado para seguir unidos toda la vida. La única diferencia entre ellos es que se casaron con distintas mujeres porque no pudieron casarse los dos con la misma.

—¿Por qué hablas así de ellos? Deberías estar orgulloso de tener unos hermanos así.

—Sí, sí, si lo estoy. Pero si son iguales hay que decirlo, y no solo en su apariencia, sino también en su forma de ser.

—Cómo pasa el tiempo, ya va a hacer un año. Supongo que este tiempo habrá sido muy duro para ti, quedarte sin padres, tan joven. Lo habrás pasado mal.

—¿Y qué importa si lo he pasado mal o no? Solo hay una cosa cierta, mis padres están muertos y ya no volverán. Supongo que su destino era morir ese día en esa carretera.

—Juan, el destino no existe, lo hacemos nosotros cada día con nuestros actos.

—Entonces, si el destino no existe, ¿a qué se debió su accidente?

—Pues a una fatalidad, nada más.

—¿Y Dios no pudo evitarlo? ¿De qué les sirvieron tantas misas y tanto rezo del rosario? ¿Dónde estaba Dios en ese momento? Mis padres fueron a Lourdes, Garabandal, Fátima, Medjugorje..., ¿para qué? Tanta oración para nada. El día que necesitaron ayuda, Dios se olvidó de ellos.

—Juan, ¿qué te ocurre? Por favor, no hables así. Dios no interviene en nuestros actos. Podemos hacer lo que queramos y cuando llegue nuestra hora seremos juzgados, entonces Dios separará el trigo de la cizaña. En esta vida tenemos que intentar por todos los medios alcanzar la santidad para así estar eternamente con Jesús, como tus padres, que ya están en el cielo.

—O sea, Dios todopoderoso, dueño de cielo y tierra, no movió un dedo para evitar que mis padres se estrellaran con el coche, es así, ¿verdad? Entonces, ¿para qué ir a misa, recibir la eucaristía y rezar el rosario? ¿Para qué? Si cuando necesitas que te ayude pasa de ti.

—Juan, por favor, no digas eso. Esta vida es un tránsito, un camino, nada más. Como te he dicho lo importante es la vida futura, la vida eterna junto a Jesucristo Nuestro Señor. ¿Por qué crees que Dios no impide las guerras y los genocidios? Todos somos libres de elegir nuestro propio camino y Dios no nos lo va a impedir. Tenemos la libertad absoluta de amar o de odiar, es nuestra elección.

—Don Rafael, hasta luego, tengo prisa.

Me tuve que despedir de él. Cada vez que me veía me soltaba un sermón, estaba ya un poco harto de las gilipolleces del cura.

—Espera, Juan, solo quiero decirte una cosa más. En la parroquia ayudamos a inmigrantes a conseguir trabajo, me refiero a mujeres que pueden trabajar en tareas domésticas. Si necesitas a alguien que vaya a tu casa a limpiar, fregar, planchar... pásate por la iglesia y coméntalo. Tal vez deberías despedir a esa mujer que va a tu casa, seguro que no tiene ninguna dificultad económica. Estas mujeres de las que te hablo sí necesitan trabajar imperiosamente, piénsalo.

—No voy a despedir a Hilaria, es la mejor cocinera del mundo.

—Juan, cuando quieras hablar o necesites algo puedes contar conmigo. Me estoy refiriendo al sacramento de la confesión, estoy aquí para ayudarte, ya lo sabes.

—Para confesarme debo estar arrepentido de algo y no es el caso. No me arrepiento de nada de lo que haya hecho en los últimos años —le respondí muy serio, para que le quedara bien clarito.

—Está bien, pero, si cambias de idea, ya sabes, búscame. Recuerda lo que dijo San Francisco de Asís: «El hombre es solo lo que es ante Dios, y nada más».

—Adiós, don Rafael.

Cada vez que me lo encontraba me daba una charla. ¿Por qué no se limitaba a saludarme? Con decirme «hola» o «hasta luego» era suficiente. Seguí andando mientras pensaba en que uno de mis hermanos ya había encargado la misa por mis padres y a mí no me habían dicho nada. Igual se les había olvidado que tenían otro hermano. Me daba la sensación de que nunca me habían querido, para ellos era un crío que vivía con ellos y poco más. Si no hubiera sido por mi madre, yo en casa habría sido como una mascota a la que nadie hacía caso. Lo que sí tenía que haberle dicho al cura pesado era que mis hermanos eran unos moñas, unos pringaos que las únicas tetas que habían tocado y tocarían eran las de las pardillas de sus mujeres, o tal vez ni eso, no fuera a ser pecado. Cada uno tenía dos hijos y estaba seguro de que si uno de ellos tenía un tercero, el otro también. Sus nombres eran muy cristianos, como no podía ser de otra manera. Mateo los llamó Ignacio y Teresa: Ignacio por el fundador de la Compañía de Jesús, san Ignacio de Loyola, y Teresa por la famosa doctora de la Iglesia, santa Teresa de Jesús. Marcos tenía a Domingo y José María. El mayor se llamaba así por santo Domingo de Guzmán, fundador de la Orden de los Predicadores, y el pequeño por san José María Escrivá, fundador del Opus Dei. Era el único sobrino que se parecía algo a mí y venía a saludarme cuando me veía. Era muy travieso, un cabroncete.

En diez minutos llegué al bar, hacía tiempo que no pasaba por allí. Antes iba un par de veces por semana a tomar café y leer el periódico. Era el típico bar de barrio, con taburetes de madera y un maravilloso olor a fritanga. Si pasabas por la calle a ciertas horas, ese olor te invitaba a entrar y tomar un par de cervezas con sus tapas. No se podía decir que fueran *gourmet*, pero no estaban mal. Lo regentaba un matrimonio mayor, al que no debía de quedarle mucho para jubilarse, y su sobrina Mila, un año mayor que yo. Era una chica muy trabajadora y de trato agradable. De aspecto bastante normal, ni guapa ni fea, una de tantas salvo por dos características que la hacían diferente a la mayoría de las chicas que conocía. Lo primero era que tenía unas tetas espectaculares, firmes, empinadas y grandes sin serlo de forma exagerada, como las de Ana. Lo segundo es que era muy inocente, se creía todo lo que le decían o veía por la tele, una auténtica pardilla.

Yo más o menos sabía cuándo había poca gente en el bar y Mila estaba sola. Solía ir a esas horas para charlar un ratillo con ella. Me sentaba siempre en el mismo sitio, en un taburete en la barra justo delante del lavavajillas. Cada vez que tenía que sacar o meter una cesta se tenía que agachar y era, en ese preciso momento, cuando contemplaba sus tetas en todo su esplendor. Le veía hasta el ombligo, ella no se daba ni cuenta. A veces cuando hablaba con Mila era difícil mirarla a los ojos y no más abajo. Esas tetas me volvían loco, hubo un tiempo en que intenté de forma sutil que quedáramos para intimar un poco más y quizás podérmela follar, pero no la

encontraba muy receptiva. Igual pasaba de mí o igual era tan pardilla que no cogía las indirectas que le lanzaba. Por eso hacía meses que no iba por allí.

Cuando entré y me vio, se la puso una sonrisa de oreja a oreja.

—Juan, cuánto tiempo, ¿dónde has estado?

—Hola, Mila. ¿Qué tal estás?

—Bien, como siempre, ¿y tú? ¿Te has ido de Madrid? ¿Te ha pasado algo?

—No, nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque hace mucho tiempo que no venías por aquí, creía que te habría ocurrido algo. Venías mucho y luego nada. Está claro que no tenías obligación de entrar, pero podías haberte pasado algún día a saludarme, nada más.

La mentalidad de algunas mujeres me parecía increíble, cuando estabas detrás de ellas solían corresponder con indiferencia, pero cuando no les hacías ni puto caso es cuando empezaban a interesarse por ti. Esto me lo enseñó mi tío Joaquín y, como en la mayoría de las veces, tenía razón. Simplemente podía haber cambiado de tema, pero quise aprovechar la situación para sembrar una semilla, quizás con el tiempo tendría la oportunidad de follármela.

—Mila, te voy a decir la verdad, el motivo por el que dejé de venir, pero espero que no te enfades ni pienses mal de mí, ¿vale?

—Sí, claro.

—Verás, cuando venía a tomar café y charlaba contigo me parecías una chica muy maja y sobre todo buena gente. Te portaste muy bien conmigo cuando fallecieron mis padres, me diste ánimos en todo momento y me dijiste que, si necesitaba hablar con alguien, ahí estabas tú para escucharme. Aunque, como bien sabes, soy un tipo de pocas palabras. Poco a poco esa impresión que tenía de ti se fue convirtiendo en otra cosa, empezaste a gustarme más y más cada día. Por ello, antes de decirte cualquier tontería, preferí no verte más, por lo menos por un tiempo.

—Joder, Juan, no sé qué decir. Yo en ningún momento he coqueteado contigo ni te he dado pie para que pienses así.

—Ya lo sé, Mila, no es un problema tuyo, sino mío. No sé si me he explicado bien...

—Sí, sí, te entiendo. Yo, si te digo la verdad, me alegraba mucho cuando te veía entrar. Estaba muy a gusto hablando contigo, aunque a veces tenía la sensación de que no eras totalmente sincero conmigo, yo te contaba muchas cosas y tú eras muy reservado. Y, ya que estamos hablando sin tapujos, tú también me gustas, Juan, pero lo nuestro es imposible. Tú vives aquí, en el barrio de Salamanca, donde cualquier apartamento vale medio millón de euros y yo vengo en metro todos los días desde Vallecas. Pertenece a mundos distintos, no tendríamos ningún futuro juntos.

No me lo podía creer, me estaba hablando de esas estupideces de las clases sociales. Si yo lo único que quería era acostarme con ella y agarrar esas maravillosas tetas que Dios le había dado. ¿Pensaba que quería casarme con ella? ¡Qué gilipollez! Me decía que no tendríamos ningún futuro juntos... ¡Por supuesto que no tendríamos ningún futuro juntos! Ese era el momento de pensar con la cabeza y no con la polla. Tenía que ser un galán de la literatura romántica del siglo XIX.

—Mila, la clase social no importa nada. Lo esencial de las personas está en lo que somos, no en lo que tenemos. Nosotros no hemos elegido nacer en una familia o en otra, en un barrio o en otro. Esto no debe ser ningún obstáculo entre nosotros.

—No sé, tengo que pensarlo.

Era surrealista, dos chavales de veinticinco años estábamos hablando como los cincuentones, pero era lo que había. Como decía el refrán: «El fin justifica los medios». A veces aparentar ser sincero con las mujeres podía dar buenos resultados, y ese era un buen ejemplo.

—Yo ya más de lo que te he dicho no te puedo decir. ¿Tienes el periódico de hoy?

—Sí, toma el *ABC*. El *Marca* también le he comprado esta mañana, pero no sé dónde está, voy a buscarlo.

—No, no, es este el que quiero. A mí los deportes no me gustan.

—¿El fútbol tampoco? —Le respondí negando con la cabeza—. Eres el único chico que conozco al que no le gusta.

—Cuando juega el Real Madrid y el Barcelona es el mejor momento para ir al cine, hay mucha menos gente.

—Sí, claro. Aquí, cuando hay algún partido importante, se llena el bar y hay mucho trabajo.

—Ponme un café con leche. Ahora vengo a por él, voy a leer el periódico a una mesa donde haya más luz que aquí.

Hablar más con ella habría sido estropearlo, creía que había estado muy convincente. Ahora era ella la que tenía que procesar mis palabras y ya me diría si se había vuelto más receptiva o no. Además, yo había ido a lo que había ido, a leer el periódico.

Abrí el *ABC*, fui directo a las páginas de sucesos y ahí estaba el misionero. Había fotos de su cara, de su pueblo y de los indios con los que vivía en las selvas del Perú. Empecé a leer la crónica, había que reconocer que su vida era de admirar. Nada más ordenarse sacerdote se quiso ir a misionar, pero un obispo le convenció para que estuviera unos años en España antes de marchar al tercer mundo. Lo contrario que don Rafael, que había estado toda su puta vida en mi parroquia, en el centro de Madrid. Respecto al homicidio decía que el cadáver tenía trece puñaladas tan graves que la muerte debió de ser instantánea. El periodista decía que la Guardia Civil no tenía ninguna hipótesis, ya que era alguien muy querido y sin enemigos aparentes. La gente de esos pueblos estaba consternada por lo sucedido. Se preguntaban quién podía haber sido, era algo inexplicable.

«Pues he sido yo, ¡hijos de puta! Ahora sabréis lo que es sufrir por la muerte de un inocente y de una buena persona, ¡hijos de puta, paletos de mierda!», me repetía por dentro con la satisfacción de saber que no me iban a descubrir jamás, ni la Guardia Civil ni el mismísimo Kogoro Akechi. Mientras tomaba café, estaba seguro de una cosa muy importante: jamás volvería a la escena del crimen, no pisaría de nuevo ese pinar. No sabía dónde había leído que el crimen perfecto no era el que no se resolvía, sino el que conseguía incriminar a un inocente. Era totalmente cierto, ahora solo era necesario que la policía consiguiera culpar a alguien que no tuviera coartada, entonces sí sería un crimen perfecto. Aunque eso iba a ser imposible, ya que no habría nadie que asumiera la culpabilidad de un asesinato que no había cometido. La

prescripción era a los veinte años. No debía bajar la guardia, aunque no hubiera noticias del caso en los medios de comunicación, la Guardia Civil y la policía continuaban investigando, no tiraban la toalla aunque no tuvieran indicios de por dónde seguir.

Ya me había cargado al primero. El segundo y último tenía que ser aún mejor persona y admirado por todo el mundo. Tenía que causar más tristeza y más rabia en la gente que la muerte del misionero. No debía tener prisa, la planificación era fundamental.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente cogí el coche y fui a Toledo a ver a mis tíos. Pensé que me vendría bien pasar unos días con ellos, y más en ese momento, que mi tío no trabajaba. Había estado mucho tiempo sin verlos y ahora iba a ir dos veces en poco más de dos semanas. Un cambio de aires siempre era aconsejable y sobre todo tratándose de un viaje tan corto, tan cerca de Madrid.

A las diez y media ya estaba en su casa.

—Hola, Juan, pasa.

—Hola. ¿Dónde está la tía?

—Trabajando. Te resulta extraño no verla por aquí, ¿verdad? Como siempre has venido en fin de semana...

—Sí, claro. Hoy es martes.

—Cada vez que te veo no puedo evitar pensar en aquel accidente de avión. Ya sé que no te gusta que te lo recuerde, pero ya te digo que no lo puedo evitar. ¿Quieres un café?

Tenía que cambiar de tema. Era consciente de que mi tío me quería mucho y se preocupaba por mí, pero me resultaba incómodo hablar del avión.

—Sí, gracias, con leche. ¿Sabes que el sábado fue el cumpleaños de Miguel Delibes? Cumplió ochenta y nueve. Es muy mayor, tengo que ir pronto a Valladolid a verle y decirle que mi padre le admiraba mucho. Le escribiré una carta para ver si puede recibirme y cuándo. ¿Sabes que mi padre tenía todos sus libros? Se pasaba tardes enteras leyéndolos en su estudio. Decía que era una injusticia que no le hubieran dado el Nóbel.

—¿El Nobel de Literatura? Tampoco se lo dieron a Borges, Javier Marías, Tolstoi... Hay grandísimos escritores que se murieron sin recibirlo. Creo que lo importante es tener la aceptación de la gente más que los premios, y eso que en España creo que le han dado todos. Por cierto, hasta que no se muera, no nos daremos cuenta de lo importante que es.

—Sí, seguro que a su entierro irá hasta el rey.

—No irá —me respondió de un modo tajante.

—Cuando murió Camilo José Cela sí fue al tanatorio.

—Porque murió en Madrid, ir a Valladolid es otra cosa. No le veo yo cogiendo un avión para ir a consolar a la familia.

Era fantástico tomar un café recién hecho con mi tío en la cocina de su casa. Tenían una mesa pequeña con dos sillas y allí siempre había un plato con magdalenas caseras. Las hacía mi tía Elvira y estaban de muerte. No me extrañaba que mi tío tuviera ya barriguita, debido a las buenas comidas y siestas. Viviendo con ella lo raro era que no llegara a los cien kilos, y eso que mi tío había sido siempre un palillo. Cuando acabó el café me miró fijamente y me dijo:

—Ayer discutí con Elvira. Quiere acoger a un niño saharauí el próximo verano.

—¡Joder, tío! ¿Qué sois? ¿Una ONG?

—Eso le digo yo. Que se encarguen los ricos, a nosotros no nos sobra el dinero, pero ya la conoces. Dice que son los parias de la tierra y que además va a ser solo un par de meses. ¡Pobre niño!

—¿Por qué pobre niño?

—Pues porque le quiere llevar a la piscina, al parque de atracciones, al zoo, a la playa... Y no solo eso, le va a dar pescado, fruta, verdura, helados... Después se irá a los campamentos de refugiados a comer piedras y arena. Pensará que hay dos mundos, el suyo y el nuestro.

—¿Y qué vas a hacer?

—Aún quedan unos meses, intentaré convencerla. Su problema es que va mucho a la iglesia y allí les hablan de la caridad cristiana y sandeces de esas. Si quiere ayudar a los demás que dé dinero a Manos Unidas.

—Tío, Manos Unidas es una ONG.

—Ya lo sé, pero, si tengo que elegir entre dar dinero o meter a un refugiado en casa, la elección es obvia.

Yo intenté quitarle hierro al asunto, le dije que para el verano faltaba mucho y que quizás la tía Elvira cambiaría de opinión. Aun así, él no estaba muy preocupado, sabía que más pronto que tarde la convencería de que no era una buena idea. También me comentó que discutían muy pocas veces y en menos de un minuto acababan abrazados. Eso debía de ser el amor...

—Juan, llevo unos días con ganas de hacerte una pregunta, sobre todo desde que me dijiste que te habían despedido. ¿Has pensado en dedicarte a la política? Eres decidido. No es porque seas mi sobrino, pero te considero muy inteligente para lo joven que eres. Y seguramente con lo mucho que te pareces a mí serías un buen político, o sea, un tipo sin escrúpulos.

—Ja, ja... Lo de ser un tipo sin escrúpulos, no sé qué decirte. La política no me interesa, no la entiendo, es más, no he votado nunca.

—No hace falta entenderla para vivir de ella. Hay que aprenderse las líneas generales, cuatro cosas y un argumentario para cada momento. Piensa que en España hay ciento cincuenta mil políticos, la inmensa mayoría ni habla en público, vive a cuerpo de rey sin dar palo al agua. Supongo que en el colegio estudiaríais a grandes rasgos las diferentes ideologías.

—No sé, no sé, tío. Ya lo pensaré.

—El hijo de un amigo, con quince años, empezó pegando carteles cuando llegaban las elecciones. Ahora tiene casi cuarenta y nunca ha bajado de los 2000 euros netos al mes. No diré que no sabe hacer la «o» con un canuto, porque leer y escribir sí sabe, pero poco más, es la típica persona que daría la vida por el partido antes que por su familia. La mayoría de los políticos no valdrían ni para ser el chico de los recados en la empresa privada, pero he de reconocer que tienen su cortijo muy bien montado. Tienen el Gobierno, el Congreso, el Senado, autonomías, diputaciones, ayuntamientos, mancomunidades, agencias, observatorios, fundaciones y ONG subvencionadas, empresas y entes públicos ineficientes, etc. Y como no les es suficiente, disponen de legiones de asesores, afiliados, amigos, familiares... Eso que ellos llaman «cargos de libre designación». Y adivina quién paga esta orgía, pues el de siempre: el contribuyente. Y si

tienen a gente en paro crean nuevos cargos, como delegado de Andalucía en Madrid o el Observatorio del Lagarto Berciano.

—¿El Lagarto Berciano?

—Da igual, me lo he inventado. Son capaces de soltar a dos elefantes en una dehesa extremeña y crear un observatorio del elefante con diez o doce amiguetes chupando del bote.

—Qué exagerado eres, tío.

—¿Me llamas exagerado? Cuando hacen las listas hay casi navajazos entre ellos. Hay empresas públicas en las que el presidente cobra entre cincuenta mil y medio millón de euros al año. Imagina cuando hay un cambio de Gobierno la cantidad de politiquillos que entran al asalto en el Estado. ¿Ya lo has imaginado? Pues ahora multiplícalo por diecisiete autonomías.

—Entonces, ¿a qué partido crees que he de afiliarme? —No quería vacilarle, fue una pregunta que me salió del alma.

—Pues al PP o al PSOE, son los partidos del sistema. Son las agencias de colocación más grandes de Europa y probablemente del mundo.

—Pero son de ideología distinta.

—No, son lo mismo. Los partidos, los periodistas y los medios de comunicación del sistema nos quieren dividir entre izquierda y derecha para tenernos entretenidos, pero hace mucho tiempo que esto ya no es así. La auténtica división está entre la gente que vive de su trabajo y la gente que vive del trabajo de los demás, es decir, los contribuyentes y los políticos. España funcionaría mejor con una Administración más pequeña y menos gentuza viviendo del cuento.

—Joder, tío. No creía que fueras tan liberal.

—Liberal era de joven, ahora soy libertario y quizás mañana sea agorista. Te sorprende que hable así siendo funcionario, ¿verdad? Pues precisamente por eso lo digo. Somos cuatro haciendo el trabajo de ocho y cada vez tenemos más parásitos por encima dándonos órdenes, eso sí, todos con varios lustros de antigüedad en el partido. El día que Europa obligue a España a parar este latrocinio más de uno tendrá que volver al colegio a sacarse el graduado escolar. Cada vez hay más políticos, más despilfarro, más déficit y más deuda. Aunque, si te soy sincero, creo que la Comisión Europea y los grandes poderes económicos no van a hacer nada. Les interesa tener países muy endeudados. Cuanta más deuda, menos soberanía. Hay que pagar muchos millones en intereses. Y de este modo, al necesitar cada vez más y más dinero, tienen que emitir más y más deuda pública. Y esos bonos necesitan compradores, y ¿a qué no sabes quién compra esos bonos? Pues el mismo que imprime esos papelitos pintados que llevamos en la billetera. Increíble, ¿verdad? Nos arruinan primero aumentando los euros y luego provocando la inflación. Son unos artistas. Y los contribuyentes como borreguitos: trabajar, pagar impuestos y rezar para poder tener una pensión mínimamente decente.

—Y esto que me dices, ¿la gente no lo ve? En algún momento tendrán que despertar y ver que les están robando. Supongo que dejaremos de ser borreguitos cuando empecemos a vivir mal.

—No, Juan, esto es España. ¿Qué puedes esperar de la gente que se cree todo lo que ve en la tele como si fuera palabra de Dios? No saben que esas televisiones viven de la publicidad institucional, o sea, son correa de transmisión de los políticos. La gran mayoría de la información,

de la supuesta información que aparece en los grandes medios, está creada en gabinetes de comunicación de partidos políticos y de multinacionales que marcan la agenda informativa. A esto súmale unos *think-tanks* en los que trabajan ingenieros sociales de todo color y pelaje a ambos lados del espectro político. Es decir, PP y PSOE. Por eso te digo que son los dos partidos del sistema.

—No había pensado dedicarme a la política. Lo pensaré, aunque creo que no valgo. Mentir se me da bien, ahí no tendría problemas, pero eso de no tener escrúpulos...

—Piénsalo. Es un trabajo que no te exige horarios, ni siquiera asistencia. Además, en la política no existe la palabra «productividad». De vez en cuando hay elecciones y toca madrugar un poco, pero las campañas duran solo dos semanas. Y lo más importante, se hacen contactos, ya sabes, empresarios a los que se les hacen favores que ellos devuelven en ese momento o al cabo de los años. Son todo ventajas. Es como si te toca la lotería sin comprar el boleto. Y respecto a tener o no escrúpulos, ¿quién dice lo que está bien o está mal? A veces la línea entre una cosa y otra es muy difusa. Para estos casos todos los políticos utilizan la misma frase: «Por el interés general».

Mi tío lo veía todo muy claro y empecé a pensar que desvariaba un poco, que chocheaba. Creía que con afiliarse a un partido político se tenía la vida resuelta. «Si fuera tan fácil, todo el mundo haría lo mismo», pensé. Yo no conocía a ningún político y a la mayoría de mis amiguetes no les interesaba ni lo más mínimo, es más, seguramente no habían votado nunca. Suponía que, como en cualquier trabajo, había que tener vocación. No era mi caso, y como no quería contrariarle solo le repetía la misma frase: «Sí, tío, lo pensaré». Según me estaba soltando el mitin creo que se dio cuenta de que no me interesaba absolutamente nada la política ni nada parecido. Así es que zanjó la conversación con una de las frases que seguramente más haya pronunciado en su vida.

—Vamos a tomar algo.

—Tío, estás de baja. Te pueden pillar —le respondí preocupado, no quería que tuviera problemas en el trabajo.

—Tranquilo, no pasa nada, no te preocupes. Yo tengo lumbago para la silla del trabajo, no para la de los bares o terrazas. Además, soy funcionario en España, es más fácil que echen al papa que a mí. Nos diferenciamos en que él tendrá que trabajar hasta que se muera y yo en unos pocos años seré pensionista, es decir, habré trabajado lo mínimo o menos. Nosotros los funcionarios somos todos ateos, creemos que después de esta vida no hay otra mejor.

Salimos a la calle y respiramos el olor a tierra mojada, había caído un poco de lluvia y se había quedado una mañana muy agradable. Aun siendo madrileño, mi tío se consideraba más toledano que nadie. Solo tenía buenas palabras para su ciudad de adopción y yo, como siempre, no quería contradecirle.

—¿Sabes cuándo se fundó Toledo? Pues no se sabe la fecha exacta, sobrino. Era una ciudad celta amurallada, concretamente de la tribu de los carpetanos. Marco Fulvio Nobilior la conquistó para Roma en el año 193 antes de Cristo. ¿Y qué era Madrid en esa época? Pues nada, no existía. También fue capital de España varias veces, la primera desde los siglos VI al VIII con reyes tan importantes como Leovigildo y Recaredo. Quizás, en lo que hoy es Madrid, había alguien viviendo en una choza y lavándose el culo en el Manzanares. Voy al grano, cuando se fundó

Madrid en el siglo IX, Toledo ya llevaba más de mil años siendo la ciudad más importante del centro de esta puta península.

Él podía presumir de que Toledo era una ciudad pequeña con gran calidad de vida, pero compararla con Madrid era otra cosa. Madrid era Madrid y como decía el refrán: «De Madrid al cielo». De su equipo no quise decirle nada, yo ya sabía que el Atlético de Madrid había perdido el domingo contra el Osasuna, era normal que hablara de cualquier cosa menos de fútbol.

Al llegar a una plaza vimos a un grupo de chavales que no tendrían ni veinte años. Mi tío no pudo evitar hacer uno de sus comentarios corrosivos.

—Mira esos niñatos, tumbados en el césped bebiendo litronas y fumando marihuana, son el futuro de España. Los que tendrán que cotizar para pagarme la pensión. Entre el sistema piramidal que tenemos y esta gentuza, cuando me jubile igual, con suerte, me darán cuatro duros y dirán que sonría y no me queje. Los críos de hoy en día creen que la tierra es plana, que el hombre no pisó la luna y que el rey Arturo realmente existió.

—¿El rey Arturo no existió?

—Por supuesto que no. Es un personaje literario, como don Quijote o el coronel Buendía. Stop, alto ahí, Juan, ¿me estás vacilando?, ¿estás vacilando a tu tío?

—Ja, ja... Sí, perdona, no lo he podido evitar, ya sé que fue un personaje literario, creo recordar que el autor fue un tal Malory. En casa tengo un cómic basado en el libro.

Fuimos a la misma terraza de hacía un par de semanas, pero esa vez pasamos dentro porque estaba lloviendo. Aun así, mi tío pidió dos cervezas bien frías, en eso se parecía mucho a mí, cuanto más frías mejor. Nos pusieron de tapa unos boquerones en vinagre, se notaba que era un cliente habitual.

—Tío, qué bien se está aquí, un martes por la mañana y con una copa de cerveza bien fría. ¿Sabes que en mi familia el único que bebe alcohol soy yo? Mis padres y mis hermanos no han tomado una gota en su vida y no creo que empiecen ahora a beber. No les he visto tomarse una cerveza jamás.

—Te voy a decir algo que no sé si debería, pero, bueno, tu madre ya no está aquí con nosotros, así que no creo que se enfade desde el cielo si te lo cuento. En una ocasión, cuando acabó el curso universitario, tus padres quedaron a comer con un amigo. Él era también catedrático, como tu madre. Les dijo que debían probar un Rioja espectacular. Y tus padres, que no habían bebido en la vida, se tomaron una copa de vino con el cordero. Después se fueron a casa, se echaron la siesta y a los nueve meses naciste tú. Tu madre me dijo que no lo contara a nadie, pero...

—Joder, ¿estoy en este mundo por una borrachera de mis padres? —dije perplejo.

—No, Juan, una borrachera no, una copa de vino cada uno. Yo a eso no lo llamaría borrachera.

—Llámalo como quieras, pero soy fruto de dos copas de vino de Rioja.

—Pues sí, técnicamente hablando, sí. Yo conocía muy bien a tu madre, fue algo más que mi hermana mayor, se puede decir que fue casi como mi segunda madre, ya de jovencita tenía una madurez que no se correspondía con su edad. Ella siempre lo tenía todo muy bien planificado. Sus horas de estudio, de cocinar, de limpiar la casa..., no dejaba nada al azar. Seguro que tenía

bien claro su ciclo menstrual para saber cuándo quedarse embarazada o no. Y esa tarde, parece ser que se despistó.

—Ya no hay dudas, fui un niño no deseado. Estoy en esta vida de milagro, es decir, es raro que mis padres salieran a comer fuera, además eran abstemios y ese día se tomaron una copa de vino, y nunca se echaban la siesta y ese día sí. Y además esa tarde en concreto mi madre se despistó. ¿No crees que son demasiadas coincidencias? Debería de estar contento, soy fruto del azar, de las casualidades o quizás mi destino era venir a este mundo por alguna razón especial, quién sabe.

—Venga, no le des vueltas al asunto. Estás aquí y punto. Después de tus padres, quien más se alegró de tu nacimiento fui yo.

—Ya lo sé, tío, me parezco más a ti que a los hermanos de mi padre.

—Yo a tu padre nunca le caí bien. Me consideraba un jueguista y un mujeriego, y en parte llevaba razón. Imagínate, Juan, cuando murió Franco yo tenía veinticinco años, los mismos que tú ahora. Empezaba la movida madrileña, la liberación de la mujer, la libertad o el libertinaje, llámalo como quieras. Fue una época de desenfreno. Tus padres ya se habían casado y habían nacido tus hermanos. Tu padre pensaba que yo era una mala influencia para Marcos y Mateo, por eso de pequeños casi nunca los vi. Poco antes de nacer tú, aprobé la oposición y me destinaron a Toledo, aquí conocí a tu tía Elvira y me casé. Tu padre fue cambiando poco a poco su opinión sobre mí y permitió que nos viéramos más y quedáramos más veces a comer. Tus hermanos ya eran mayores para recuperar el tiempo perdido, pero contigo es distinto, yo te considero como un hijo, cosa que a tus hermanos no.

—Ya lo sé. Siempre que vengo a veros me tratáis como a un rey. —Era totalmente cierto, en pocos sitios estaba tan a gusto como en casa de mis tíos en Toledo. Ya que estábamos hablando de la familia aproveché la ocasión para preguntarle algo importante sobre mi madre—. Tío, quería preguntarte algo. De la familia de mi padre lo sé todo, el árbol genealógico, la historia del título nobiliario de mi abuelo, la casona de Burgos... Conozco hasta a mis primos segundos. Sin embrago, de vuestra familia no sé absolutamente nada.

—Poco te puedo ayudar. Yo tampoco te creas que sé mucho. Cada vez que le preguntaba a mi padre se mostraba evasivo, no quería hablar del tema. Te contaré lo que sé. Nuestros padres, con apenas veinte años, vinieron a Madrid desde un pueblo del norte de la provincia de Cáceres. Nada más llegar, mi padre empezó a trabajar en el cementerio y nació tu madre, poco tiempo después compraron el piso de Aluche y se casaron. A los seis años nació yo. Cuando tenía ocho años nuestra madre enfermó y falleció. Tu abuelo nos sentó en el salón a tu madre y a mí y nos dijo: «Ahora debemos estar más unidos que nunca, yo me voy a encargar de todo, vosotros tendréis una única obligación: estudiar mucho para ser algo en la vida y tener un buen porvenir, ¿entendido?». Aun así, tu madre, con catorce años, aprendió a cocinar, planchar, coser... Mi padre se enfadaba con ella y la decía: «Vete a estudiar y deja eso». Hace ya nueve años que murió tu abuelo, era un gran hombre. Y eso es todo.

—¿Sabes de qué pueblo eran?

—No, nunca me lo dijo. En su DNI ponía Plasencia, pero era mentira. Mis padres se lo hicieron en Madrid años después de llegar, en esa época no pedían partidas de nacimiento ni nada. Podías decir Plasencia, Zamora o Albacete, te ponían como lugar de nacimiento el que tú dijeras.

—¿No sabes si tienes tíos y primos allá en ese pueblo?

—No, ni idea. Pero, si mis padres no me lo dijeron nunca, no voy a ir yo a mi edad a enterarme de esas cosas. Me da igual. Si se fueron de ese pueblo sería por algo. —Mi tío zanjó así la conversación, se notaba que no quería hablar del asunto.

Después de tomarnos dos cervezas volvimos a su casa. Mi tía Elvira llegaba sobre las tres menos cuarto y había que hacer una ensalada y a poner la mesa. Durante el camino solo tenía un pensamiento, y era lo que me había contado mi tío. Siempre había tenido la sospecha, pero ahora estaba seguro. Yo no entraba en los planes de mis padres, ellos ya tenían dos hijos gemelos de diez años cuando llegué yo. No era el único niño no deseado del mundo, pero tanto cariño me había dado mi madre que nunca me habría imaginado que era consecuencia de una copa de vino.

Cuando llegamos, mi tío fue a la cocina y yo al salón a ver la tele. Me dijo que era el invitado y no tenía que ayudarle en nada. Al poco tiempo llegó mi tía del trabajo, me abrazó y me besó como hacía siempre. Era un sobrino de su marido, pero para ella era como uno de los suyos. Le brillaban los ojos, estaba feliz de que estuviera unos días en su casa. Se desvivía por agasajarme, había preparado unos menudillos porque sabía que era uno de mis platos favoritos. También me dijo que había comprado hígado de cordero para el día siguiente. Mi tío preparó una gran ensalada con lechuga, tomate y pepino. Me dijo que habitualmente comían con agua, pero al tener un invitado había que abrir una botella de vino, uno manchego, de Valdepeñas.

La televisión estaba encendida, pero con un volumen tan bajo que era imposible oírla, a ninguno parecía importarnos lo que decía el telediario. Después de comer mi tío trajo una frasca de un orujo casero que le había regalado un compañero del trabajo, me dijo que era de Palencia y que lo hacía allí en su pueblo. Entre los licores, el café y el bizcocho casero de mi tía, estuvimos más de una hora de sobremesa. Después él se fue al sofá a reposar la comida y yo sentí la obligación de ayudar a mi tía a recoger la mesa. Ella me decía que me fuera al salón, pero yo no podía dejarla sola con toda la tarea. Pasé los platos bajo el grifo y los metí en el lavavajillas, quería seguir limpiando un poco la cocina, pero ella me insistió tanto que tuve que irme con mi tío. Me senté junto a él y lo primero que me dijo fue que quitara una figurita de la mesita que tenía delante y que pusiera los pies en ella.

—Pero, tío, cómo voy a poner los pies encima.

—¿Para qué están las mesas bajas delante de un sofá? Pues para poner la cerveza, el cubata y los pies.

—Está bien, pero ponlos tú también.

—Cocina bien tu tía, ¿verdad? —me preguntó mientras se arrascaba la barriga con las dos manos.

—De lujo, si hubiera olimpiadas de cocina sería medalla de plata.

—¿Cómo qué medalla de plata? ¿Para quién sería el oro?

—Para Hilaria, la mujer que viene a casa a limpiar y cocinarme una vez por semana.

—Joder, vaya nombre, me dan escalofríos solo de pensarlo. He conocido solo a dos Hilarias en mi vida y las dos eran unas hijas de puta de mucho cuidado. Una era maestra cuando iba al

colegio y nos daba unos bofetones... La otra era una novia que tuve hace muchísimos años, por fuera era todo simpatía y dulzura, pero por dentro era más mala que la carne del pescuezo. Seguro que he tenido mala suerte, pero no he conocido ninguna Hilaria buena.

—Esta sí lo es y además cocina como los ángeles. Cuando comes uno de sus guisos entras en trance, llegas al éxtasis, al nirvana... Es algo que no se puede explicar. La próxima vez que venga os traeré algún táper para que lo probéis.

—Sí, tráete alguno, a ver si cocina tan bien como dices. ¿Quieres que vayamos mañana a visitar algún monumento? Cuando viniste la última vez vimos la Sinagoga del Tránsito, el Museo del Greco y la catedral. Te quedan muchos para elegir: el Alcázar, el monasterio de San Juan de los Reyes, la Sinagoga Mayor de Toledo, la Mezquita del Cristo de la luz, la iglesia de los Jesuitas...

—No te lo tomes a mal, pero me aburro en esos sitios. Prefiero dar un paseo y tomar unas cervezas con mi tío favorito. Además, si tú me cuentas la historia de cada uno de esos edificios es como si los hubiera visitado. —Se lo dije muy elegantemente para evitar que se ofendiera.

—Como quieras. A mí me gusta ir de vez en cuando, sobre todo al Museo del Greco.

—Eso me pasa a mí con el Museo del Prado, voy directo a las pinturas negras de Goya, son impresionantes. Creo que ha sido el mejor pintor español de la historia, mejor que Velázquez, Sorolla o Picasso.

—Pues si te gustan las pinturas tétricas seguro que conoces a Juan de Valdés Leal.

—Sí, claro que lo conozco. Fue un pintor sevillano del siglo XVII, pero prefiero a Goya.

Mi tío empezó a roncar, se había quedado dormido según hablaba conmigo. Tenía los pies encima de la mesita, los brazos cruzados sobre la tripa y estaba profundamente dormido. Mi tía Elvira estaría echándose la siesta, ya que en la cocina no se oía ningún ruido. Y ahí estaba yo, en casa de mis tíos en Toledo, medio tumbado en el sofá, viendo la bazofia que ponían en la tele. A la media hora se despertó y se desperezó como si estuviera solo en el salón. Me miró y me dijo que fuéramos a la cocina a tomar un café. Me preguntó por Marina.

—La última vez que viniste me dijiste que estabas pasando una mala época con tu chica, ¿estáis mejor o seguís igual?

—Igual, no es la mujer de mi vida. Cualquiera día de estos la mando a la mierda...

—Juan, no hables así. Puedes decir que vas a cortar con ella o a terminar la relación, eso sería lo más apropiado. Debes intentar quedar bien con ella, como amigos, el futuro es muy caprichoso y nunca se sabe. Pero debes tener cuidado de no dejar a ninguna chica embarazada. Si alguna lagarta ve dónde vives y se entera de quiénes eran tus padres puede tener la tentación de quedarse preñada para atarte corto y que le soluciones la vida.

—Sí, ya lo sé. Eso mismo me lo ha dicho Hilaria, y prácticamente utilizando las mismas palabras que tú.

—Desde que el mundo es mundo las mujeres buscan aparearse con el macho alfa. Hace siglos era el que más cazaba, después la posición social marcaba las jerarquías de las sociedades y hoy en día es el dinero, el patrimonio... Tiene su lógica, las hembras siempre han buscado la seguridad del macho para poder cuidar y proteger a sus crías. En la sociedad actual esto te lo da el dinero, por eso es muy común ver a millonarios con mujeres espectaculares treinta años más

jóvenes. Si lo piensas fríamente, cuando una mujer se abre de patas, ¿es ante un rico o ante un muerto de hambre? Por eso te digo que tengas cuidado, el dinero que te gastes en preservativos será la mejor inversión de tu vida.

Seguimos hablando largo y tendido de todo menos de fútbol, cuando el Atlético de Madrid tenía una mala época, mi tío no compraba ni el *Marca*. La historia de Toledo le fascinaba, comenzó hablándome de la cueva de Hércules para acabar con la mesa de Salomón. Tenía la convicción de que seguía escondida en algún sitio de esa milenaria ciudad.

—El casco antiguo está situado sobre una serie de cuevas y galerías que no se conocen en toda su magnitud.

Me lo contaba con tanto entusiasmo que no quería vacilarle, aunque en alguna ocasión tuve que morderme la lengua. Me dieron ganas de preguntarle: «¿Encontrarás tú la mesa de Salomón antes que Indiana Jones el Arca de la Alianza?». Si se lo hubiera dicho me habría mandado a esparregar. Con el café ya acabado, se empezaron a oír ruidos por la casa, era mi tía Elvira que se había levantado de la siesta. Entró a la cocina muy elegante, se notaba que iba a salir.

—¡Qué bien estáis aquí los dos con el cafecito!

—Elvira, dice Juan que conoce a una mujer que cocina mejor que tú.

—Seguramente habrá muchas que cocinen mejor que yo, claro que sí.

—Hilaria, se llama.

—¿Es la mujer que ayudaba a tu madre en casa? ¿Sigue yendo? —me preguntó con cara de asombro.

—Sí, una vez por semana. ¿Por qué me preguntas si sigue viniendo?

—No, por nada. —Bajó la cabeza y abrió el bolso con la intención de buscar algo y cortar la conversación.

—Elvira, te conozco muy bien, te estás callando lo que piensas, dínoslo —insistió mi tío, pero ella no abrió la boca.

—Tía, ¿lo dices porque da miedo solo de verla o porque tiene una mirada que atraviesa? Ya estoy acostumbrado a lo que dicen los vecinos de ella, en una ocasión el portero me dijo que era una mujer sacada de una película de terror. Simplemente es una muy seria, nada más. Hay gente que tiene todo el día la sonrisa en la cara, pero Hilaria es todo lo contrario. Yo estoy encantado con ella, limpia la casa y además cocina muy bien.

—Las pocas veces que coincidí con ella en tu casa me hizo sentir una angustia y una intranquilidad difícil de explicar. Nunca me cayó bien, pero yo no soy quién para decir a nadie a quién debe contratar o no. No quería hablar así, pero habéis insistido tanto que...

—No te preocupes, tía, no eres la única persona que siente lo mismo por ella.

Se despidió de nosotros y se fue. Sin yo preguntarle, mi tío me dijo dónde iba.

—Va todas las tardes a la iglesia. Yo le digo que rece también por mí. A veces pienso que si no fuera mi mujer sería monja o una beata de esas que está más tiempo en la iglesia que en su casa. Pero a mí no me importa, si ella es así feliz, yo encantado. Ella dice que es Dios quien le da la

alegría de vivir. Y no sé si será Dios o no, pero lo cierto es que Elvira regala felicidad por donde va.

En ese momento pensé qué sentiría mi tía al saber que alguien que le había dado trece puñaladas a un misionero iba a dormir esa noche en su casa. No lo descubriría jamás, pero si así fuera le diría que yo no iba a ser el único que sufriría por una muerte absurda y sin sentido.

Llevaba todo el día lloviendo y no hacía una buena tarde para salir de casa. Sentados en el sofá viendo la tele empecé a pensar que ya había visto a mis tíos y que al día siguiente debía volver a Madrid. Allí no me aburría, tenía mis películas, mis libros, mis colegas y a la zorra de Marina. «Ojalá Ana me vuelva a llamar», pensé. Había pasado solo un día y me parecía un mes.

Al día siguiente fuimos al mismo bar a tomar unas cervezas, llegamos un poco antes de la una. Los clientes debían de ser los habituales, unos jubilados tomándose un café o un vino. Nos sentamos en una mesa, un funcionario de baja y un chaval sin ninguna preocupación por el futuro. El camarero, nada más vernos, empezó a llenar dos copas de cerveza de barril y nos trajo a la mesa con unos torreznos recién hechos. El día anterior estaba preocupado por si descubrían la baja fingida de mi tío, pero a él le daba igual quién le viera y decía, como siempre: «Soy funcionario y esto es España».

Esa mañana hablamos de asuntos intrascendentes, de cualquier tontería menos de fútbol. Mi tío me preguntó si quería oír historias del Toledo medieval, yo le respondí que claro que sí. Cualquier cosa antes que ir a visitar antiguos edificios de piedra. Me estuvo hablando de la escuela de traductores de Toledo, un relato fascinante. Hubo reyes de León y de Castilla que promovieron la traducción de libros griegos, árabes y hebreos al castellano. Querían recopilar todo el conocimiento posible de la humanidad y tenerlo traducido al español. Pero lo que me dejó impactado fue lo de las tablas alfonsíes. Resultaba que el rey Alfonso X el Sabio reunió en Toledo a cincuenta astrónomos para elaborar unas tablas astronómicas a mediados del siglo XIII. Estaban basadas en las de Tolomeo con aportaciones árabes e hindúes y estuvieron vigentes hasta el siglo XVII. Cuando mi tío me contó todo lo que significó Toledo para España, empecé a dudar si quizá Madrid no fuera el centro del universo, como yo creía.

A las tres en punto empezamos a comer. Mi tía preparó unos filetes de hígado de cordero exquisitos. Los había sazonado muy ligeramente para no quitarles el sabor. Había dos que estaban cocinados vuelta y vuelta, esos eran para mí. Sabía que los prefería poco hechos, me gustaba que sangrara la carne cuando metía el cuchillo. Quizá tuviera algo en mis genes del hombre del Paleolítico. Al final de la comida les dije que esa tarde me volvía a Madrid, llevaba un par de días con ellos y era mejor ir más veces que estar un periodo largo. Ellos me dijeron lo de siempre, que esa era mi casa y que podía volver cuando quisiera.

A las ocho de la tarde llegué a Madrid. Merendé algo en la cocina y luego, ya en el salón, puse la tele y fui directo al canal de noticias de TVE. Ya no hablaban del misionero, ya no le importaba a nadie. Habían pasado cinco días y no era noticia, tendría que ir al bar de Mila a leer el periódico por si decían algo de la investigación. Apagué la tele, no había nada interesante, como de costumbre. Todo era una mezcla de mentiras y bazofia.

Me empezó a sonar el móvil, lo cogí y vi que era la zorra de Marina. Me dijo que su madre ya estaba bien y quería que nos viéramos al día siguiente. Por un momento me quedé en blanco, no sabía qué decirle. Hacía dos días que me había follado a una mujer de bandera de casi

cincuenta tacos y ahora una zorra niñata quería verme. Le dije que se pasara cuando quisiera, todavía no podía mandarla a la mierda. Tenía que ponerle los dientes largos con la historia de mi antepasado explorador y, lo más importante, no tenía otro coñito disponible. Y, como solía decir mi amigo Jorge: «El hombre es como el mono, no suelta una rama hasta que agarra otra». La historia que le iba a relatar ya la tenía perfilada, aun así, fui al estudio a por el libro y repasar algunos datos. Nada más entrar fui al lado derecho, al de mi padre, sin saber bien el motivo. A diferencia del de mi madre, en su escritorio no había libros ni papeles, estaba todo muy bien ordenado, solo destacaba su portátil y una foto de mi madre. En la estantería había unos tomos ilustrados de presas, viaductos... y muchas carpetas y cuadernos de su trabajo. En un lugar preminente tenía todos los libros de Miguel Delibes, seguro que se los había leído todos más de una vez. Debajo tenía una colección de los clásicos del Siglo de Oro: Quevedo, Lope de Vega, Cervantes, Calderón... Yo no había leído a ninguno, pero los conocía a todos. Se notaba que a mi padre únicamente le gustaba la literatura española, junto a ellos había libros de Unamuno, Pérez Galdós, Pio Baroja y Valle-Inclán. Le sobraba mucha estantería, tanto era así que mi madre y yo también la utilizábamos.

En mi habitación solo tenía a Pepe Carvalho, al comisario Montalbano y a mi último descubrimiento, el gran Kogoro Akechi, ¿cómo era posible que tradujeran al español toda la obra de cualquier juntaletras y no las novelas de Edogawa Rampo? Era algo incomprensible. El resto estaban en la estantería de mi padre, allí descansaba toda mi gente: Philip Marlowe, Sherlock Holmes, Maigret, Hércules Poirot, Miss Marple, Dupin y, por supuesto, Tom Ripley. En un lugar central tenía una gran foto en un marco de plata, allí estábamos los cinco. Fue el día en que mis hermanos obtuvieron la licenciatura universitaria, yo tendría unos trece o catorce años y en esa época siempre suspendía matemáticas. Al final de la estantería había libros de mi madre, en su parte del estudio estaban todos amontonados, por eso había empezado a dejarlos ahí. Me puse a ojearlos y, a diferencia de los otros, no conocía a la mayoría de los autores. «Igual solo los conocen en su pueblo», pensé. Había nombres como Aleksiéovich, Mistral, Garro, Pizarnik o Berbérova. Sin embargo, no todo estaba perdido, había grandes mujeres de la literatura que sí me sonaban como Pardo Bazán, Virginia Woolf o Rosalía de Castro.

Al día siguiente llegó Marina sobre las ocho de la tarde, trajo una *pizza* y una botella de vino blanco barato, cosa que yo agradecía. No merecía probar uno de los guisos de Hilaria. Me dijo que llevábamos más de una semana sin vernos. A mí me daba igual, aunque si quisiera saberlo solo tenía que ver la libreta donde tenía apuntado los últimos cuarenta euros con la fecha exacta. En ese momento me acordé de que las sábanas de la cama de mis padres olerían al perfume de Ana, así que fui hacia allá y tiré ropa de mi padre encima de la cama, así tendría la excusa perfecta, por si quería quedarse a dormir, para ir a la habitación de alguno de mis hermanos. Marina estaba muy guapa, sentada en el sofá, con esa cara de niña buena de no haber roto un plato en su vida. Me empezó a hablar de muchas cosas, de su madre, de la peli que iban a poner por la noche en la tele y demás gilipolleces. Me dijo también que iban a inaugurar una exposición en el Prado sobre la pintura holandesa del siglo XVII, iba a empezar el 3 de diciembre y la comisaria era una tal Teresa no sé qué. ¿A quién cojones le importaba esa exposición? Se me ocurrían mil cosas mejor antes que ver cuadros holandeses. A pesar de todo le dije que la acompañaría, seguramente antes del 3 de diciembre ya habría cortado con ella y la habría llamado zorra a la cara. Dejé que me contara todo lo que quisiera, no la interrumpí en ningún

momento, incluso puse cara de estar interesado en sus gilipolleces. Cuando acabó vi que era el momento de contarle la historia que llevaba unos días preparando.

—¿Qué tal el doctorado?

—Todavía no he empezado, por ahora lo tengo apartado, estoy centrada en la oposición. Cuando haga el examen me pondré con ello.

—¿Sobre qué lo vas a hacer? Seguramente me lo dijiste, pero ahora no me acuerdo —le pregunté con mucho interés.

—Sobre las exploraciones españolas en el suroeste de Estados Unidos. No entraré en el detalle de cada una, sino en el contexto de exploración y colonización de Nueva España.

—¿Sabes que un antepasado mío estuvo por allí? ¿Quieres que te lo cuente?

—Sí, claro.

—¿Te acuerdas de que este verano estuve en la casa de mis abuelos en Burgos? Una tarde entré en la biblioteca a ver todo lo que había. Empecé a husmear en aquellas estanterías y había libros muy antiguos, algunos eran incluso del siglo XVI. Encontré un arca llena de manuscritos y viejos cuadernos. Le pedí permiso a mi tío para poder leerlos.

—¿Por qué le pediste permiso? —me preguntó con extrañeza.

—Pues porque, cuando murió mi abuelo, la casona y el título nobiliario se lo quedó mi tío Fermín por ser el hijo mayor. Todo lo que hay allí es suyo, es la mejor forma de no desgajar ni dividir la historia de nuestra familia. Mi padre me decía que ser el mayor era una putada, te tenías que hacer cargo del mantenimiento de un edificio de setecientos años y ser responsable de todo, él estaba encantado de ser el pequeño de los tres. Como te decía, hablé con mi tío y me dijo que podía leer lo que quisiera, solo me pidió que lo dejara todo en su sitio y no lo desordenara. Del arca cogí un libro escrito a mano, empecé a ojearlo y vi que eran unas memorias de un tal Martín. Decía que nació en 1740 y como no era el hijo mayor tenía que irse de allí, hacerse cura, militar o marino. Se fue a Santander y desde allí embarcó a Nueva España. Llegó a Veracruz, estuvo por esas tierras un tiempo y luego se fue, primero a San Antonio y finalmente a Santa Fe. Decía que era la última ciudad española y desde allí hacia el norte solo había indios. Conoció a un tal Juan Rivera, un tipo que iba a explorar nuevas tierras para buscar plata, y se fue con él. Ese es más o menos el contenido del libro.

Marina se lo estaba creyendo todo, absolutamente todo, le estaba contando una trola espectacular y se la estaba tragando sin dudar ni un momento. En realidad, me daba igual que se lo creyese o no, al fin y al cabo, el libro no existía y, si hubiera existido, no se lo habría dejado leer jamás. Pobre zorrita, era más inocente que un niño de seis años. Una estudiante brillante, una licenciada en Historia con sobresalientes y matrículas de honor, y en el fondo era más pardilla que el asa de un cubo. Se estaría preguntando cuándo podría leerlo, quizá pensara que le había tocado la lotería con mi manuscrito.

—¡Es fascinante! ¡Tuviste un antepasado que conoció a Juan Rivera! De él se sabe muy poco, ya que no era militar ni explorador ni sacerdote... Era solo un comerciante de Santa Fe. Resumiéndolo mucho, la presencia española en Norteamérica finalizó en 1821 con la independencia de México, sus posesiones llegaban hasta el paralelo 42. Ya se había explorado todo el suroeste del actual Estados Unidos. España tenía mucha tierra y pocos hombres para

colonizarla. Los asentamientos estaban mayormente en Texas, Nuevo México y la costa de California. Sin embargo, los actuales estados de Nevada y Utah apenas se conocían, eran tierras hostiles con montañas y desiertos. Oficialmente se cree que Rivera fue el primer español en pisar Utah, ya que no hay constancia de que la expedición de Vázquez de Coronado llegara tan al norte doscientos años antes, aunque no es descartable. Juan Rivera descubrió un buen sitio para cruzar el río Colorado y once años después unos franciscanos, Domínguez y Escalante, siguieron sus pasos en otra expedición, esta vez muy bien documentada. Toda lo cartografiado se usó para establecer parte del viejo sendero español.

Después de su clase de niña presumida y sabelotodo, me hizo la pregunta del millón y además me dio pie para seguir con el relato. La primera parte de la historia era muy verosímil, tenía que ver si lo siguiente también se lo creía, o sea, si seguía siendo tan pardilla.

—Juan, me gustaría verlo, ¿es posible? Sería increíble leer una de las primeras crónicas sobre esas tierras. Las dos exploraciones de Juan Rivera fueron las primeras que describieron el oeste del actual estado de Colorado y el este de Utah.

—Cómo que dos, fueron tres. Creo recordar que había dos en 1765 y la tercera en la primavera del año siguiente.

—¡Cómo que tres! ¿Me estás diciendo que hubo una tercera expedición? Creo que te equivocas, solo hubo dos.

—El libro decía que a comienzos de 1766 habló con Rivera para volver y seguir más al norte que la otra vez. Juan Rivera les dijo que él ya no iba, que era perder el tiempo, que allí no había plata ni nada de valor, que fueran solos. En primavera partieron Martín, un español de Córdoba y un mestizo que hacía de interprete. Siguieron la misma ruta que en la anterior expedición. Posteriormente se les unió un indio ute que habían conocido en el primer viaje y les dijo que debían ir a las tierras de los timpanogos y quizá ellos les dijeran dónde había oro y plata. Cuando llegaron al río Tizón, en vez de remontarlo, tomaron dirección noroeste, creo recordar. Allí les informaron de que al sur del agua salada podían obtener oro. Decía Martín que el agua estaba tan salada que no se podía beber y podías bañarte sin hundirte. No encontraron nada, pero consiguieron algo de plata haciendo trueque con los indios. Luego siguieron más al norte hasta llegar a la zona de los sosones o sosis, o algo así, no recuerdo bien el nombre y...

—Juan, espera, ¿llegaron al gran lago salado? Esto lo cambia todo. Está aceptado que el primer hombre blanco en verlo fue a principios de siglo XIX, ni siquiera Domínguez y Escalante llegaron tan al norte. Es increíble, cincuenta años antes tu antepasado estuvo allí. Tengo que leerlo, por favor, tengo que leerlo.

Marina se revolvía en el sofá, estaba muy excitada, la brillaban los ojos, seguro que tenía el coñito chorreando. Y yo sentía una satisfacción contenida, no quería que me lo notara. No era para menos, se lo estaba creyendo todo. «Quizás pueda tener futuro como actor, quién sabe», pensé. Tenía preparados muchos más datos, pero seguir con la historia sería estropearlo. Solo debía acabar con dos pinceladas más.

—El libro está muy bien escrito, se leía muy bien. Acaba diciendo que estaba en Burgos, en el año 1773 y lo escribía porque iba a volver con los sosones y tal vez no volviera a España.

—Pero ¿volvió? ¿Escribió otro libro? —me preguntó fuera de sí. Tenía los ojos como platos, nunca la había visto así.

—No lo sé, Marina, en el arca hay muchos libros, quizá escribiera una segunda parte, quién sabe. Cuando hable con mi tío le preguntaré si me deja traerlo aquí a Madrid para que lo leas. Venga, vamos a comer la *pizza*, que se va a enfriar.

Estuvo un buen rato sin hablar y apenas probó bocado. «Estará fantaseando con ser una doctora en Historia que va a cambiar los libros de texto de los colegios de Utah». Yo la miraba y veía en ella a alguien que hacía castillos en el aire sin saber que todo era mentira. «Cuando me engañó con otro tipo no sospechó las consecuencias. Mi venganza es un plato que se sirve frío, muy frío, helado».

—Juan, estoy pensando que cuando me examine de la oposición y empiece el doctorado, voy a cambiar la tesis. Va a ser exclusivamente sobre las tres expediciones, las dos de Juan Rivera y la de tu antepasado Martín.

—Sí, igual es mejor. Creo que el libro tiene más de trescientas páginas. —Le brillaban cada vez más los ojos—. Oye, ¿hicimos muchas exploraciones a América? —Aunque me importaba un carajo, a ella le gustaba que le preguntara, y más si yo ponía cara de estar interesado.

—Sí, y con pocos medios. Desde finales del siglo xv surcaron los mares hacia lo desconocido, era gente excepcional. Aunque haya quien fomente la leyenda negra, es solo propaganda. En la conquista de América, hubo muchas más luces que sombras. Lo primero que hicimos fue prohibir los sacrificios humanos. Se construyeron iglesias, universidades, ciudades... Los nativos tenían los mismos derechos que nosotros, eran considerados españoles de América, por eso hubo mestizaje. Nada que ver con los anglosajones, que al este del Misisipi no dejaron ni uno. Cuando les quitaron los estados del suroeste a los mexicanos, no solo lo sintieron estos, sino también las tribus amerindias que llevaban siglos allí viviendo en paz.

—Si alguna vez vas a América no lo digas.

—¿Por qué? Si ellos mismos saben que cometieron un genocidio con los nativos —me respondió sin titubeos, pero tenía la cabeza en otra cosa—. Juan, tengo que leer ese libro, habla con tu tío cuando puedas y dime algo, por favor.

Después de cenar y ver una peli muy mala, me dijo que quería quedarse a dormir y que nos fuéramos ya a la cama. Hacía solo cuatro días que me había follado a Ana, pero ¿quién se podía resistir a una Marina tan entregada? Dejé que fuera primero. Cuando entró en la habitación de mis padres y vio toda la ropa en la cama, le dije la excusa que tenía preparada. No debía oler el perfume de Ana en las sábanas bajo ningún concepto.

—Me he estado probando ropa de mi padre y no la he recogido.

CAPÍTULO 6

Marina me despertó sobre las ocho y dijo que se iba a estudiar a la facultad. Era muy buena en la cama, pero esa noche estuvo de matrícula de honor. Ella era así, todo lo que hacía lo hacía bien. Sin embargo, la ilusión de tener en sus manos el manuscrito de mi antepasado hizo que estuviera más laboriosa que otros días.

Esa noche me desperté muchas veces, era la primera vez que dormía en la habitación de Mateo. Me resultaba raro estar con Marina en una cama más pequeña que la de mis padres. Al abrir los ojos veía todas las cosas de mi hermano, aunque la de Marcos era igual. Los dos tenían los mismos gustos: la música clásica, Julio Iglesias y Luis Miguel, esquiar y navegar a vela en Alicante. No se habían tomado una cerveza en su vida y no sabían lo que era un *gin-tonic*. Solo se habían follado a una mujer y, por supuesto, previo paso por el altar. Lo único que teníamos en común era que no nos gustaba el fútbol, en mi casa jamás se había visto un partido.

Tenía las dos habitaciones a mi disposición. Ellos no iban de juerga al centro de Madrid y desde que se casaron no habían vuelto a dormir nunca en casa. A veces pensaba qué habría pasado si yo hubiera tenido un hermano gemelo. Habría sido increíble, yo habría hecho los exámenes de Lengua, Literatura y Filosofía de los dos, y él los de Matemáticas, Física y Química. Yo dos exámenes prácticos del carné de conducir y él los dos teóricos. Nos habríamos pasado las chicas, le habría dejado que se follase a la zorra de Marina y él a mí a su novia. Nos habríamos peinado y vestido igual, habríamos sido como dos gotas de agua. A los dos nos habrían gustado Héroes del Silencio, Extremoduro y Andrés Calamaro. Claro que el ser iguales no habría significado que lo fuéramos en todo, en mis hermanos sí se cumplía, pero tal vez en nosotros habría diferencias. Nunca lo sabría... Si mis padres se descuidaron una tarde y nació yo, el colmo habría sido que hubiéramos venido dos. Dejé de fantasear cuando me imaginé que ese hermano igual habría sido más inteligente y más cabroncete que yo y entonces habría tenido un problema, un serio problema.

A las nueve me levanté y lo primero que hice fue ir a la habitación de mis padres. En una mesilla tenía la libreta donde iba apuntando los días que me había follado a Marina con su correspondiente importe. Esa noche había estado soberbia, ya no era el amor de mi vida, pero en la cama se había comportado como una fiera. Cogí el bolígrafo y apunté: *Jueves, 22 de octubre de 2009, 60 euros*. A las once salí de casa y fui directo a comprar algo de carne de cordero para hacer una asadurilla. Era una espléndida mañana de viernes, la gente que me cruzaba por la calle estaba de buen humor, se notaba que llegaba el fin de semana, el último día laborable para la mayoría, menos para mí.

Por la calle Ayala me pareció ver a lo lejos a Adela, la amiga de mi madre; según me acercaba, comprobé que estaba en lo cierto. Tenía una conversación pendiente con ella. Debía saber si era verdad que le insinuó a mi madre que se deshiciera de mí. Era una mujer que hablaba mucho, no me sería difícil tirarle de la lengua, aun así, debía ser muy sutil a la hora de preguntarle ciertas cosas. Aunque estábamos lejos, enseguida me conoció y vino hacia mí, me abrazó y me besó.

—Juan, ¡cuánto tiempo sin verte! ¿Qué tal estás? Ya no vienes por la parroquia, ni siquiera a la misa del domingo.

—Sí, ya lo sé. Voy a misa a una iglesia del barrio de mi novia, en Moratalaz.

Adela dejó de sonreír. No le sentó bien saber que tenía novia, siempre tenía la esperanza de que saliera con su hija Adelita. En realidad, ella y mi madre siempre repetían las mismas frases: «Qué buena pareja hacen», «Qué bien se llevan estos niños» y cosas por el estilo. En lo que no pensaban era que en su grupo de amigos los más pequeños y de la misma edad éramos Adelita y yo, por eso jugábamos siempre juntos. Todos los demás eran mayores, mis hermanos y sus amigos no echaban a patadas cuando nos acercábamos.

—No sabía que tenías novia, pero hace mucho tiempo que no te veía.

—Bueno, novia, lo que se dice novia, no sé. Nos estamos conociendo. A saber lo que deparará el futuro, solo Dios lo sabe —quise quitarle hierro al asunto, no le iba a decir que en vez de una novia tenía una zorra.

—Me acuerdo mucho en ti, un chico tan joven y huérfano... Qué injusta es la vida a veces, tus padres trabajaron y se sacrificaron durante muchísimos años y cuando estaban a punto de jubilarse tuvieron el accidente. Tu madre me habló varias veces de los sitios que querían visitar y del tiempo libre que iban a tener para disfrutar de sus nietos. Tus padres te querían mucho, lo sabes, ¿verdad?

Al hablarme de mis padres me dio la oportunidad de sonsacarle la verdad de mi existencia.

—Sí, lo sé. Supongo que para ellos tuvo que ser dura mi llegada. Quiero decir que, teniendo la vida hecha y encaminada con dos gemelos de diez años, tener que empezar otra vez conmigo no debió de ser fácil: aprender de nuevo a cambiar pañales y a aguantar lloros por las noches...

—Juan, yo no sé si fueron a buscarte o no. Esas cosas no se preguntan —me dijo sonriendo.

—Menos mal que mis padres eran muy creyentes. Si llego a caer en otra familia quizás hubieran abortado —le respondí, mirándola fijamente a los ojos, quería ver bien su reacción.

—Pero, por el amor de Dios, Juan, qué cosas dices. Eso no se dice ni en broma. Abortar es matar. Da igual que el bebé haya nacido o esté en el vientre de la madre. Del mismo modo que aplicar la pena de muerte, es igualmente un asesinato. Dios es el único que da y quita la vida. Yo pertenezco a una asociación provida y siempre intentamos ayudar y convencer a las mujeres indecisas de que ser madre es algo único, que dar la vida a un hijo es lo más maravilloso del mundo.

Estaba realmente segura de sus palabras, como si quisiera convencerme de que la única verdad era la suya.

—Perdóname, Adela, no me he expresado bien. Me refería a que otras familias en la situación de mis padres se lo hubieran planteado. Sé de sobra que a mis padres ni se les pasó por la cabeza.

—Tranquilo, Juan, sé a lo que te refieres. Hay mujeres que por diversas razones solo piensan en los problemas que les traerá la maternidad, en su trabajo, en su vida... Es una pena, por fortuna no son muchas y cada vez menos.

Adela hablaba mucho. Antes de que me empezara a recitar estadísticas de abortos en España o cosas por el estilo, tenía que cambiar de tema de conversación. Y lo primero que se me ocurrió fue preguntarle por su hija.

—¿Qué tal está Adelita? Hace mucho tiempo que no la veo.

—Bien, está muy bien. Este año acabó las carreras de Derecho y Económicas. Empezó el mes pasado a estudiar una oposición. La pobre lo único que hace es comer, dormir y estudiar. Solo sale de casa los domingos, a misa de doce.

—Dale recuerdos y dile que algún día la llamaré para hablar con ella un rato. Me voy, Adela, tengo prisa. Hasta luego.

—Sí, sí, llámala, le hará mucha ilusión. —Se le iluminó la mirada cuando le dije que iba a llamar a su hija—. Adiós, Juan, cuídate.

Estaba claro que Adela me había dicho la verdad e Hilaria me había mentido. Era de esas personas que cuando te hablaban no apartaban la mirada, eso denotaba que no solían mentir, al menos eso creía yo. Aunque Hilaria tampoco la apartaba, era otra forma de mirar, te atravesaba con sus ojos como si te estuviera hipnotizando. Además, siendo la madre de Adelita no podía ser una mentirosa, me había hablado de una forma tan convincente que la creí enseguida. Tenía su lógica que una mujer tan creyente estuviera radicalmente en contra del aborto. Me sentía realmente confundido, ¿por qué querría Hilaria enemistarme con Adela? ¿Con qué motivo? Conocía a esa familia desde siempre, muchos veranos fuimos juntos de vacaciones a Alicante, ¿cómo había podido pensar por un solo momento que Adela le insinuó a mi madre que abortara?

Después de comer fui al salón a ver el telediario. Era viernes 23, se cumplía una semana del asesinato del misionero. Fue noticia dos días, ya se habían olvidado de él, a nadie le interesaba, el mundo giraba y no se paraba ni un momento. Tenía unas ganas inmensas de buscar por internet detalles del suceso, pero no podía arriesgarme a que mi dirección IP se relacionara con ello. Suponía que no investigarían a los cientos o miles de personas que lo buscaran, pero como dijo una vez fue Pepe Carvalho: «Piensa en lo impensable». ¿O fue Salvo Montalbano? Daba igual. Lo cierto era que según iban pasando los días habría cada vez menos búsquedas en la red y sería más peligroso. Debía ir a tomar café al bar de Mila y leer el periódico, tal vez dijera algo.

Me empezó a sonar el móvil, era Marina. No tenía ganas de hablar con ella, pero esa noche se había portado como una diosa. Llevaba con ella más de dos años y nunca había estado tan complaciente y entregada.

—¿Qué tal?

—Muy bien, dime.

—¿Has hablado con tu tío Fermín?

Estaba claro el motivo de su llamada, no habían pasado ni ocho horas desde que se había ido de mi casa y ya estaba intranquila por saber si podía tener el manuscrito de mi antepasado. Por ahora, debía tener tacto con ella, y más después de la noche que me había ofrecido.

—No, todavía no. Hoy es viernes, mi tío está trabajando, le llamaré mañana o el domingo. Tú no te preocupes, haré lo posible para que me deje traerlo aquí —le respondí con voz serena, transmitiéndola toda la confianza de que era capaz.

—Sí, sí, perdona. Sabes que soy muy impaciente. Confío en ti, sé que lo conseguirás.

—Tú tranquila, déjalo en mis manos. Por cierto, mañana quiero quedar con los colegas a tomar algo. ¿Te llamo la próxima semana?

—De acuerdo, ya hablaremos. Hasta luego.

La trola de las expediciones de Juan Rivera había sido un acierto en todos los sentidos. Podría haberme dicho algo desagradable sobre quedar con los amiguetes a tomar cervezas, pero no abrió la boca. Marina parecía otra, la zorrita perfecta, la que no molestaba y venía cuando la llamabas.

Nada más colgar me vestí, me acicalé y fui al bar de Mila a tomar café y leer el periódico. Nada más entrar en el bar me sonrió y yo, como hacía siempre, me senté en el taburete que estaba enfrente del lavavajillas. Hablamos del tiempo, de la crisis y de varias gilipolleces más, pero noté enseguida que esa tarde estaba distinta, no se parecía a la del lunes. Una vez leí un libro sobre seducción y comunicación no verbal, donde se enumeraban los actos instintivos que hacían las mujeres cuando se sentían atraídas por un hombre. Siempre pensé que eran tonterías, pero había comprado en esos años que alguno de ellos sí funcionaba. Mila no paraba de tocarse la coleta, se soltaba el pelo y lo volvía a recoger con una goma y se mordía los labios. Además se situó frente a mí, no de medio lado, y de vez en cuando se estiraba y echaba los hombros hacia atrás por si no me daba cuenta de las impresionantes tetas que tenía. ¡Como para no verlas! Pero lo más importante que decía el libro era que si veías a una chica alguna vez mirándote los labios era que la tenías en el bote. Y no solo la pillé una vez, sino varias. Como decía el estribillo de una canción: «Todo está en los libros».

El lunes, cuando le dije que me gustaba, quedé muy convincente, no perdía nada por intentarlo, el «no» ya lo tenía. En una ocasión Graciela me dijo que a las mujeres les gustaban los hombres decididos, con personalidad, preferían a los atrevidos que a los tímidos. Y yo lanzado era bastante, siempre lo había sido. «Si hay siete mil millones de personas y la mitad son mujeres, no hay ningún problema por recibir calabazas de una chica, hay muchas, sobre todo en Madrid», pensé. El viejo que estaba leyendo el *ABC* se fue del bar y yo, muy amablemente, le dije a Mila que me iba a una mesa a leer el periódico. Fui directo a las páginas de sucesos con la mínima esperanza de que hubiera algo del misionero, pero no vi nada. Era consciente de que la Guardia Civil trabajaba en silencio y nunca tiraba la toalla, para ellos lo importante siempre era cerrar la investigación y poner al autor del crimen a disposición judicial. No podía hacer nada, salvo esperar que filtraran algo a los medios. De paso, aproveché para ver cuándo jugaban ese fin de semana el Real Madrid y el Atlético, uno era a las 18:00 y el otro a las 20:00. Ya sabía a qué hora tenía que ir al día siguiente a tomar las cervecitas con los colegas.

Volví a la barra a pagar el café y Mila tenía más ganas de hablar.

—Oye, Juan, he estado pensando en lo que me dijiste el otro día y no sé... ¿Qué te parece si te llamo algún día y quedamos a tomar algo y charlar un rato? —me preguntó algo nerviosa.

—Vale, cuando quieras. ¿Tienes mi teléfono?

—Sí, me lo diste hace tiempo.

—Llámame cuando quieras. Hasta luego, Mila.

Sabía de sobra que tenía mi teléfono y no se hizo la despistada para pedírmelo otra vez. Cuando hablaba a las chicas lo hacía con un aplomo y una seguridad digna de admirar, como un actor de Hollywood interpretando el papel de su vida. Quizás ahí estaba mi futuro. El lunes anterior había estado muy inspirado, la pobre Mila pensaba que quería tener una relación seria con ella, ¡qué

pardilla! No estaba muy seguro de que me llamara, pero si así fuera tendría que llevarla a la habitación de Marcos, la única que quedaba libre. Había tenido una semana muy ajetreada con Ana, Marina y el viaje a Toledo. Lo único que me apetecía era tumbarme en el sofá, ver un par de películas y degustar un guiso de Hilaria en plato hondo.

Esa noche envié un mensaje de texto a uno de mis hermanos para preguntarle si habían encargado la misa por nuestros padres y me respondió que sí. «El 2 de noviembre a las ocho de la tarde. Perdona, se me olvidó decírtelo». Probablemente debería haberle llamado, pero ¿para qué?, ¿qué necesidad? Yo era el hermano pequeño, eran ellos los que debían preocuparse de mí.

Al día siguiente cociné la asadurilla, que me quedó de diez, y por la tarde salí de casa pasadas las siete y media. Cuando entré en el bar vi que Dani ya estaba allí, se estaba quitando la chaqueta y se iba a sentar en la mesa de siempre. Como era el primero que había llegado, me pareció la ocasión ideal para hablar con él.

—Voy a la barra, ¿quieres que te traiga algo?

—Espera, Dani, luego vas. Tengo que hablar contigo un momento antes que vengan los demás. Cuando viste a Marina con otro tipo, era ella seguro, ¿verdad? No es que no me fíe de ti, pero quiero asegurarme. ¿Qué viste?

—Sí, era ella. Se besaron en la boca y luego él abrió la puerta del portal y entraron.

—Gracias por haberme llamado. Te estaré eternamente agradecido.

—¿Qué vas a hacer?

Si otro me hubiera hecho esa pregunta habría pensado: «A ti qué cojones te importa lo que voy a hacer», pero no era el caso. Dani nunca sentía un ápice de curiosidad o morbo, no había doble intención en su pregunta. Le conocía desde siempre, era tan buena gente que solo quería ayudarme en lo que pudiera. Aun así, no debía decirle la verdad, que no era otra que iba a mandar a Marina a la mierda más pronto que tarde. Solo tenía una duda: ¿qué haría Dani si estuviera en mi lugar?

—No lo sé. ¿Tú qué harías?

—Ahí no me meto, yo no doy consejos a nadie. Haz lo que creas que es lo correcto, lo que te deje la conciencia tranquila.

—Ya, ya..., pero si tú hubieras visto a Jimena besar a otro tipo...

—Vaya cosa que me dices. Lo primero es que Jimena no lo haría, pero, suponiendo que así fuera, hablaría con ella y si me dijera que había sido un error y me pidiera perdón, pues la perdonaría. A mí me dolería más el engaño y la mentira que un simple beso.

—¡Cómo sois los creyentes! Si hay arrepentimiento, hay perdón y aquí no ha pasado nada.

—Claro que sí, Juan. Hay que ser cristiano las veinticuatro horas del día y no solo un rato los domingos. Si Dios perdona todos mis pecados yo debo perdonar a quien se porta mal conmigo, sea Jimena o cualquier persona.

—¿Tú tienes pecados? Con lo buena persona que eres, ¿has pecado alguna vez en tu vida? —le pregunté con curiosidad, ya que todos le consideramos un santo, como el tal Carlo Acutis, ese de quien tanto nos hablaba.

Me dijo una vez que hasta que no se casara con Jimena no se acostaría con ella. Eran tal para cual, o llegaba la boda pronto o ella se metería monja y él se haría misionero. Suponía que ella no tendría problemas, pero a Dani, con veinticinco años, le iban a explotar los huevos.

—Claro que sí, todos pecamos. Solo Dios es bueno —me respondió como siempre hablaba él, con un tono de voz tranquilo y seguro.

Tuvimos que cambiar de asunto porque llegaron Jorge y Felipe. La conversación había sido breve pero muy esclarecedora. En realidad, siempre había estado convencido de la traición de Marina, pero ahora lo estaba por completo, no había la más mínima duda. Oírlo otra vez por la boca de Dani era la reafirmación del fin de mi historia con Marina.

Quedaban diez minutos para las ocho y el bar empezó a llenarse. Felipe acercó un par de sillas para que pudieran sentarse los demás cuando llegaran. Nos dijo que Rodrigo y Diego tardarían un rato en venir, habían ido al estadio a ver al Atlético contra el Mallorca. Entretanto Jorge vino de la barra con cuatro cervezas y unas patatas fritas. La siguiente conversación giró en torno a la necesidad de cambiar de sitio para ver los partidos, solo ponían buenas tapas a los nuevos clientes. Para los habituales solo había *snacks*, no se podía tratar así a un grupo de colegas que iban a estar tres horas y se iban a tomar más de treinta cervezas. Estaba a punto de empezar el partido cuando llegó Ataúlfo, siempre el último, como de costumbre. Venía excitado y con ganas de hablar.

—A ver, chavales, tengo que daros una noticia muy importante. El año que vine se casa mi hermana. Los abogados ya han redactado todos los contratos y cuando se firmen se pondrá la fecha de la boda, probablemente en mayo.

—¿Con quién? ¿Con el panoli? —le preguntó Jorge muy sonriente, como si no supiera la respuesta.

—No habléis así de mi futuro cuñado, se llama Álvaro, ¿entendido?

—Joder, Ataúlfo, si tú llevas llamándole panoli toda la vida —replicó Felipe.

—Ya lo sé, pero a partir de ahora delante de mí le tenéis que llamar Álvaro.

—Sabiendo de quién es hijo, más que boda deberíais llamarlo fusión de empresas —dije, para tirarle un poco de la lengua y que se explayara.

—Boda o fusión, ¿qué más da? Llámalo como quieras. Lo importante es que nosotros y la familia del panoli íbamos siempre juntos de vacaciones. Mis padres y los suyos siempre han querido casarlos. En un futuro, serán accionistas mayoritarios en varias empresas y el poder no se disgregará.

—¡Coño! Pero esto de las bodas concertadas, ¿no es cosa de países pobres? —le preguntó Felipe.

—No, en España también se hace. Vamos a ver, Álvaro es un panoli, es medio tonto y además es hijo único. ¿Vosotros pensáis que sus padres le dejarían casarse con cualquier chica que le dijera cuatro cosas y le pusiera las tetas en la cara? Ellos quieren una nuera inteligente y que no busque su dinero. Por eso mi hermana es perfecta para él. Y ella está encantada, va a cumplir el sueño

de toda mujer: casarse con un hombre tonto y millonario. Yo la conozco bien, ella no busca ser rica, ya lo es, lo que quiere es poder. Cuando mi padre y su suegro sean más viejos y vayan más días a pescar, será ella la que pondrá sus ovarios en la mesa y dirá: «Aquí estoy yo». Y entonces todos se cuadrarán cuando aparezca, como si fuera un general. Solo espero que mis padres hagan el testamento antes de que ella coja las riendas de todo.

—Joder, quién lo diría, con lo simpática y buena persona que parece tu hermana —dijo Jorge.

Ataúlfo no había dicho nada que no supiéramos. Lo que no contó era que sus padres tuvieron una hija muy inteligente y con mucho carácter. Tampoco dijo que con treinta años era la directora general de una empresa que facturaba más de treinta millones de euros y que la dirigía con mano de hierro, ya que el dueño era su padre y confiaba en ella con los ojos cerrados. Y además tenía otro hijo que era un juerguista al que había regalado una casa y un trabajo de cinco mil euros al mes, fuera o no a trabajar. Ataúlfo no quería reconocer que su hermana era muy responsable con el patrimonio familiar y él solo se dedicaba a vivir la vida. Sus padres le habían dado todo sin pedirle nada a cambio, su padre solo se ocupaba de trabajar y su madre de ir al gimnasio y organizar eventos sociales. Y a pesar de todo se podía decir que había tenido suerte, se había casado con una chica excepcional que soportaba los cuernos con gran dignidad. Hacía años le envidiaba, ahora no. Cuando era adolescente y mis padres no me dejaba ir a algún sitio, yo les decía siempre que a Ataúlfo sí le dejaban y ellos me respondían que lo que hicieran los demás a ellos les daba igual. Mi madre siempre se preocupó mucho por mí y los padres de Ataúlfo parecían como si no le hubieran atendido nunca, como si solo tuvieran una hija.

El Real Madrid jugaba en Gijón y se llegó al descanso con empate a cero. En ese momento llegaron Rodrigo y Diego, que venían de ver a su equipo del alma.

Ataúlfo se dirigió a ellos con su maliciosa sonrisa.

—¿Qué tal, chavales? ¿Venís de ver a vuestro patético equipo? ¿Ha vuelto a perder?

Rodrigo nunca decía nada, pero Diego siempre le respondía:

—Ataúlfo, mírame bien, léeme los labios: «Que te follen».

El partido acabó con empate a cero. Era divertido oír cómo Felipe y Ataúlfo ponían verdes a los futbolistas y al entrenador del Real Madrid, que por su apellido creía que era italiano, pero resultaba que era chileno y además ingeniero. Por su parte, Rodrigo y Diego dijeron que al entrenador del Atlético le habían echado y habían puesto a uno provisional.

En ese momento me acordé de mi tío Joaquín, que decía que el tal Abel iba a hacer un buen trabajo si le dejaban: pues parecía que no le habían dejado. Yo me lo estaba pasando de cine oyendo a mis amigos llamar a los futbolistas «niñatos millonarios», tenía gracia que los llamaran así. A Dani le gustaba más el baloncesto y empezó a hablarme de un tal Sergi Llull, que iba a ser un *crack*. Yo le miraba como si me interesara lo que decía, como si supiera cómo se jugaba a ese deporte. Solo sabía que hay que meter la pelota por un aro y poco más.

Entre botellín y botellín tratamos asuntos variopintos, en realidad no queríamos arreglar el mundo, simplemente nos reíamos de lo que les pasaba a otros. Llegamos a la conclusión que, si el planeta aguantaba cincuenta años más, a nosotros nos valía y el que viniera detrás que arreara. La nota de humor la puso Jorge.

—¿Sabéis lo que he oído esta mañana en la radio? Resulta que la única estatua en el mundo dedicada al diablo está aquí en Madrid, en el Retiro. Y además está situada a 666 metros sobre el nivel del mar. Imaginad que se reúnen allí los satánicos a adorarlo...

—No es la única, creo que hay dos o tres más en el mundo —puntualizó Diego.

—Da igual que haya más, lo importante es que en Madrid tenemos de todo excepto Juegos Olímpicos. Esto hay que celebrarlo, chavales, luego vamos a tomar unos cubatas y brindaremos por Río de Janeiro y por Lucifer —dijo Ataúlfo, ya que a juerguista no le ganaba nadie.

—Si queréis, un día de estos vamos a ver la estatua y nos hacemos unas fotos abrazando al amiguete Satanás —comentó Jorge muy sonriente.

—¿Por qué tenéis que hacer bromas de todo? —preguntó Dani. Se notaba que no le gustaba nada la conversación.

—Joder, Dani, no te lo tomes a la tremenda. El diablo no existe, ni el cielo, ni el infierno. Cuando uno muere, se le entierra o incinera y se acabó. *Finito* y hasta aquí hemos llegado —replicó Ataúlfo, que era el más vacilón del grupo. Cada uno era creyente a su manera, unos pisaban más la iglesia que otros, pero en el fondo todos veníamos de familias cristianas.

—Eso es lo que quiere Satanás que pensemos, que él no existe y que con la muerte se acaba todo. Así los hombres podrán hacer lo que quieran, porque dará igual, sus actos no tendrán consecuencias. Y esto no es así, tendremos que responder ante Dios de todo lo que hagamos en esta vida. Hace una semana asesinaron a un misionero cuando estaba en un pinar cogiendo setas, ¿creéis que el asesino se va a librar del juicio final? Quizás se libre de la justicia terrenal, pero no de la de Dios. Solo espero que el desgraciado que lo ha hecho se arrepienta de todo corazón. He empezado a rezar por él —contestó Dani muy serio.

No me lo podía creer, ¿por qué había empezado a hablar del misionero? Podía haber puesto otro ejemplo. ¡Qué casualidad! ¡Qué puta casualidad! Supuse que a Dani le debía de haber afectado el asesinato más que a otros, ya que era muy creyente. Aun así, era una jodida casualidad. Con la cantidad de psicópatas y asesinos en serie que hay en la vida, en el cine, en la literatura..., ¿por qué cojones tenía que hablar del jodido misionero en el pinar de Guadalajara? Si lo hubiera dicho otro amigo no le habría dado tanta importancia, pero Dani era tal vez el único de nosotros que tenía hilo directo con Dios. Podía ser que las cervezas que llevaba encima me estuvieran haciendo efecto porque llegué a pensar que Jesús me estaba hablando por boca de Dani. Por un momento lo creí, pero llegué a la conclusión de que había bebido más de la cuenta y debía volver a casa más pronto que tarde.

Después de tomar la última ronda, pagamos la cuenta y, ya en la calle, decidieron ir a un disco pub al que íbamos habitualmente. Dani dijo que no nos acompañaba y yo aproveché para decirles que también me iba a casa. Me había tomado cinco botellines, no estaba borracho, pero no me habían sentado bien, tal vez fue porque no había merendado. Lo cierto era que tenía un hígado a prueba de bombas, para mí cinco botellines era como beber agua, pero esa noche me tuve que retirar antes de tiempo.

Volvíamos por la calle Núñez de Balboa y no podía evitar darle vueltas al asunto, las palabras de Dani me habían hecho recapacitar sobre si conocía al misionero o era una simple y jodida casualidad que hablara de él.

—Dani, ¿por qué has hablado de ese misionero?, ¿le conocías?

—No, yo no, pero mi tío sí. Los dos son dominicos, coincidieron en el colegio Virgen de Atocha hace más de treinta años. Don Casiodoro estuvo allí un par de años dando clase antes de irse a las misiones. Esta semana he ido a ver a mi tío y me lo ha dicho. Tenía una foto de fin de curso en la que estaban todos los profesores.

Su respuesta me tranquilizó. Nadie le había utilizado para que hablara del asesinato, ni Dios ni nadie. Simplemente era su tío, el cura dominico, quien se lo había dicho. No había sido una simple casualidad, tenía una explicación lógica.

Ya que estábamos hablando del tema, quise tirarle un poco de la lengua por si sabía algo más.

—¿Quién pudo ser?, ¿querían robarle?, ¿tenía enemigos? —le pregunté, mostrando mucho interés, como si me importara mucho su respuesta.

—No, Juan. ¿Qué enemigos podía tener? Era un santo que vivía entre nosotros. Nadie se lo explica, ¡cómo puede haber personas con tanta maldad en este mundo! —respondió con voz muy baja.

Estaba realmente afligido, y más teniendo en cuenta que ni siquiera le conocía. ¿Qué habría pensado si hubiera sabido que iba caminando con quien le mató? Lo cierto era que estaba muy triste y yo no sabía qué decir para animarle. Se me ocurrió insinuarle que fue el destino quien lo hizo y que el misionero simplemente tuvo mala suerte de estar en el lugar equivocado.

—Dani, tal vez el destino de ese misionero era morir allí. Es decir, tuvieron que coincidir el mismo día, a la misma hora y en el mismo sitio los dos para que se consumara el crimen. Puede ser que tuviera fijada la fecha de su muerte, porque si hubiera ido otro día o a otra hora quizá aún estaría vivo...

—No, el destino no existe. Los cristianos creemos en el libre albedrío. Dios nos hizo libres para poder elegir entre el bien y el mal. En la Biblia hay muchos pasajes sobre esto. Es Satanás quien nos intenta convencer de que nuestro futuro está escrito, que nosotros no somos responsables de nada, o sea, que el hombre puede pecar porque hay algo que decide por él, el destino.

—Entonces, según tú, da igual que hubiera ido ese día u otro a por setas. Entiendo que fue solo una casualidad que se encontraran asesino y asesinado en ese momento.

—Nadie sabe si se encontraron, le siguió o qué paso. Lo realmente importante es que un desalmado apuñaló a un hombre bueno y no fue el destino, el destino no puede matar a nadie porque no existe.

—En el bar dijiste que has empezado a rezar por él para que se arrepienta.

—Sí, pido a Dios por los pecados del mundo, por las personas que conocen a Jesucristo y lo rechazan. No podemos abandonarlos, debemos orar por ellos. Jesús dijo que hay más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no lo necesitan.

Cuando llegamos a su casa nos despedimos y nada más andar un poco me llamó.

—Juan, espera. El otro día don Rafael me preguntó por ti, me dijo si sabía por qué llevabas un par de años sin ir la parroquia, no supe qué decirle.

—¿Por qué te pregunta? Ya le dije que iba a misa con Marina a una iglesia de su barrio.

—¿Marina va a misa?

—No, ni yo tampoco. Don Rafael es muy pesado, le dije lo primero que se me ocurrió. Hasta luego, Dani.

Me despedí de él con una sensación extraña. Pensaba que, cuando me había preguntado por ella, en realidad se refería a mí. Dani sabía que yo llevaba varios años sin ir a misa y solo pisaba la iglesia en bodas, funerales y poco más.

Llegué a casa antes de las doce. Me encontraba perfectamente, era como si me hubiera bebido cinco botellitas de agua en vez de cervezas. No sé qué me había podido pasar en el bar, pero estaba como si nada. Fui a la cocina y acabé la asadurilla que me había sobrado de la comida, tenía un hambre atroz. Mientras cenaba me acordé de Ana y de la noche en que compartimos unos guisos de Hilaria sentados en la misma mesa de la cocina donde estaba yo en ese momento. No esperaba que me llamara al día siguiente, pero había pasado casi una semana y la echaba de menos, tal vez Ana fuera una de las grandes experiencias de mi vida, esas que se recuerdan siempre. Sabía que no debía llamarla, no tenía que notar que quería verla otra vez, que un chaval como yo estaba pensando en una impresionante mujer como ella. Cuando acabé de cenar me fui directo a la cama, no tenía ganas de ver la tele.

De madrugada me desperté sobresaltado, había alguien en casa. Me levanté y encendí la luz del pasillo. No se oía ningún ruido, había un silencio absoluto. Igual estaba equivocado, pero aun así fui al salón y miré, después a la cocina y al estudio. Lógicamente no había nadie. Me dirigí al fondo del pasillo, a la habitación de mis padres y después a las de mis hermanos. Miré hasta en los cuartos de baño. Tuve una sensación muy extraña, era imposible que hubiese alguien, pero noté como si mi sexto sentido me dijera que no estaba solo. Me tranquilicé pensando que únicamente mis hermanos e Hilaria tenían llaves de casa. «Los pardillos no vienen nunca y si vinieran llamarían antes. Hilaria solo viene por la mañana y no lo hace antes de las nueve», pensé. Miré el reloj, eran las cinco y media de la madrugada. «Seguramente habrá sido algún ruido de la calle o de algún vecino». Apagué todas las luces y cuando iba hacia mi cama noté un aire gélido que me venía por la espalda, parecido al sudor frío cuando se está curando una gripe. «Me habré dejado alguna ventana abierta y ha hecho algo de corriente». Volví a recorrer la casa y fui a ver si estaban todas las ventanas cerradas. Y, sí, lo estaban. En ese momento pensé que no me iba a acostar hasta que descubriera por dónde entraba ese maldito aire. Al final lo encontré, una ventana del salón no estaba bien cerrada. Ya me podía ir a la cama otra vez. Era plenamente consciente de que estaba solo, aunque tuviera esa extraña sensación de que había más gente. Era la primera vez que me pasaba, pero no le di más importancia.

El domingo me levanté pasadas las nueve. No había dormido bien, me había despertado muchas veces. Después de desayunar fui al salón a ver un rato la tele. Y cuál fue mi sorpresa cuando al poco tiempo apareció un agente de la Guardia Civil hablando del homicidio del misionero, ya había pasado más de una semana. Solicitaba la colaboración ciudadana por si podían aportar alguna pista para la investigación, algún detalle, por pequeño que fuera. Se notaba que estaban muy perdidos. Había sido el crimen perfecto, no había móvil ni pistas. Encontrar un culpable en esas condiciones era como buscar una aguja en un pajar. Comencé a dar vueltas a todo lo que sucedió ese viernes en el pinar y me intranquicé cuando recordé que podía haber dejado un cabo suelto, concretamente dos: las zapatillas y el cuchillo. Y no porque desconfiara de Hilaria, sino porque no había sido yo quien los había hecho desaparecer. Estaba convencido que Hilaria

no sabía absolutamente nada del asesinato y, si lo sabía, jamás me delataría. El problema era que no debía dejar al azar ni una mínima posibilidad de que algo pudiera salir mal.

Siempre había pensado que de la única persona de la que me podía fiar era de mí mismo. De nadie más, sobre todo ahora que ya no tenía a mi madre. Era difícil de explicar, pero cuando Hilaria me dijo que ella tiraría las zapatillas y que le regalara el cuchillo, tuve la impresión de que quería quitarme un problema más que buscármelo. Era como si su hipnótica mirada me transmitiera algo así como: «Juan, tranquilo, déjalo en mis manos, ya me encargo yo». No obstante, era un pensamiento absurdo, lo que pasó en ese pinar solo lo sabían dos personas, y una ya no podía hablar.

Según avanzaba el reportaje se iban sucediendo fotos del misionero en Perú, en su pueblo y hasta oficiando misa en plena selva. Una de ellas era la que había aparecido en el periódico, en ella estaba sonriente y mirando a la cámara. Fue la primera vez que sentí que quizás había matado a la persona equivocada o que tal vez la muerte de mi madre no debía haber sido vengada en un hombre bueno como él. Se me encogió el estómago al pensar en mi mala suerte, me preguntaba por qué ese día no me encontré a un hijo de puta cogiendo setas en vez de a un santo varón. Tuve que quitar la tele, no podía seguir viendo ese rostro mirándome directamente a los ojos a través de la pantalla.

Tenía que dejar de pensar en ello, ya no tenía remedio y, como decía el refrán, lo hecho hecho estaba. Fui a mi habitación y me cambié de ropa, pensé que salir a dar un paseo me vendría bien. Era una espléndida mañana de domingo, muy soleada, pero no hacía demasiado calor. Bajé por Velázquez hacia el Retiro, hacía años que no iba. Crucé la calle Alcalá, entré en el parque y fui directo al estanque. Me senté en un banco y recordé cuando era pequeño y me llevaba mi madre. Ella leía un libro y yo algún cuento infantil. De vez en cuando cogía un pañuelo y me sonaba los mocos o me colocaba la bufanda o cualquier cosa... Siempre estaba pendiente de mí, era la única persona que se preocupaba por mí. Cuando iba a la habitación de alguno de mis hermanos, siempre me decían lo mismo: «Estoy estudiando, lárgate y no molestes». Si quería hablar con mi padre, la mayoría de las veces ni me contestaba, me ignoraba; fuera lo que fuera siempre me decía lo mismo: «Díselo a tu madre». Sin embargo, ella dejaba todo lo que estuviera haciendo cuando su hijo pequeño la llamaba, daba igual que estuviera leyendo, viendo la tele o en la cocina. Para ella yo era la persona más importante de su vida, estaba totalmente seguro. Cerré los ojos y por mi mente solo aparecían imágenes de ella, conmigo de la mano y paseando entre los árboles del parque.

Estaba medio tumbado en el banco tomando el sol, como un guiri sobre una hamaca en Mallorca. No sabría decir qué, pero algo me hizo abrir los ojos y mirar a la derecha: era don Rafael. Estaba como a unos cincuenta metros y venía hacia mí. Llegué a pensar que tenía un GPS en alguna parte de mi cuerpo o algo parecido, porque si no era imposible que me localizara tantas veces. Sabía que no iba a pasar de largo y que se pararía a darme la brasa. No tenía escapatoria. No podía decirle que debía irme o ponerle cualquier otra excusa que se me ocurriera. Sería muy grosero levantarme y desaparecer según se acercaba. Estaba resignado a escuchar otro sermón del cura más pesado del universo.

—¡Hola, Juan! ¿Qué tal desde el otro día?

—Bien, todo bien.

—¿Puedo sentarme?

—Claro, el banco no es mío, es del Ayuntamiento.

—¡Qué bien se está aquí! Sobre todo en días como hoy, que no hace ni frío ni calor. Voy a descansar un rato aquí contigo, si no te importa. No puedo estar mucho tiempo, luego tengo que dar la misa de doce. ¿Vienes mucho aquí, al Retiro?

—Pues no, hacía años que no venía. Hoy, no sé por qué, he salido a pasear y aquí estaba, tomando el sol y viendo a la gente pasar, como hacen los jubilados...

—La verdad es que es una maravilla, tener un parque como este en pleno centro de Madrid.

—Sí, así es. Mis padres venían aquí a pasear cuando eran novios. Mi madre me dijo que no podían cogerse de la mano si no estaban casados, porque los podían denunciar.

—Bueno, era otra época. Aquello era tan exagerado como lo que pasa ahora. Hoy, los chavales consideran el sexo como un entretenimiento igual que los videojuegos o el parchís.

—Ja, ja... Supongo que habrá de todo.

Me sorprendió su respuesta. No sabía que los curas tuvieran tan buen sentido del humor. Don Rafael estaba desconocido, no me estaba agobiando. Me habló del buen tiempo que hacía para ser finales de octubre y de su juventud en Almería. Quería congraciarse conmigo hablándome de fútbol, cine y demás gilipolleces. Era la primera vez en mucho tiempo que no me soltaba un sermón de los suyos, estaba sorprendido a la vez de expectante, no sabía por dónde iba a salir. Sin embargo, pronto dejó de divagar.

—Juan, quiero pedirte perdón. He notado que últimamente no quieres hablar conmigo y creo que es porque te pregunto mucho o te digo lo que debes hacer o no. Sabes bien que no lo hago con mala intención, es simplemente porque te aprecio y quiero que te vaya bien. Así es que si en algún momento he dicho o hecho algo que te haya molestado te pido humildemente disculpas. A partir de ahora no te daré ningún consejo ni me inmiscuiré en tu vida, solo lo haré si tú me lo pides, nada más.

No me lo podía creer, se estaba disculpando. Un cura pidiendo perdón, era increíble. Además, su cara me decía que era sincero conmigo. Incluso me hizo sentir un poco mal al recordar todas las impertinencias que le había soltado últimamente.

—No se preocupe, yo también he sido borde con usted y quiero pedirle perdón. Aprovechando su sinceridad quería preguntarle una cosa, ¿por qué siempre ha estado pendiente de mí? Es decir, del grupo de amigos solamente se preocupaba de mí y cuando mis padres tuvieron el accidente parece como si el único que se había quedado huérfano hubiera sido yo.

—Tu madre me dijo una vez que tu llegada al mundo fue una sorpresa para ellos o, mejor dicho, fue la voluntad de Dios. Y tu padre estaba preocupado porque tus hermanos eran excelentes estudiantes y a ti te costaba un poco más. Yo solo he intentado ayudarte lo que he podido aun a costa de que pensaras que era el cura más plomo del mundo. Tus padres te querían mucho, lo sabes, ¿verdad? Sobre todo tu madre, siempre me hablaba de ti, como si solo tuviera un hijo que se llamaba Juan.

—La echo mucho de menos, bueno, a los dos, pero sobre todo a ella. Pensaba que iba a estar siempre conmigo. Si hubiera sabido que iban a morir tan pronto habría pasado más tiempo con ella...

—El dolor que sientes es muy difícil de mitigar. Solo te diré una cosa: ella está en el cielo, en el único sitio donde se es plenamente feliz. Y no solo eso, va a vivir eternamente junto a Jesucristo Nuestro Señor.

—Ella en el cielo y yo aquí, solo, totalmente solo. Tengo familia y amigos, pero no tengo a mi madre, ¿es eso justo? Don Rafael, el otro día me dijo que Dios no evitó el accidente porque no influye en los actos de los hombres, pero ojalá lo hubiera evitado.

—Es comprensible tu tristeza, pero no debes culpar a Dios. Si interviniera en este mundo no habría guerras, ni asesinatos, ni pederastia, ni corrupción..., pero por desgracia sí los hay. Dios nos hizo libres para tomar nuestras propias decisiones, para elegir entre el bien y el mal.

—O sea, permite que haya de todo, desde guerras hasta el accidente de tráfico de mis padres. Entonces, ¿cómo quiere que confíe en él?

—Juan, hay que confiar en Dios. La fe es el don más valioso que tenemos. Jesús nos dijo que todos los que le recibimos y creemos en él podemos llegar a ser hijos de Dios. En esta sociedad lo habitual es alejarse de Jesús, por ello hay que perseverar y no desanimarse. También nos dijo: «¡Y feliz aquel para quien yo no sea motivo de escándalo!».

Por mucho que lo intentara, por muchos pasajes bíblicos que me recitara, no me iba a hacer cambiar de opinión. Era tan injusto que unas personas profundamente cristianas como mis padres tuvieran esa muerte tan horrible que me costaba mucho pensar por qué Dios lo había permitido. No quise preguntarle más y don Rafael se dio cuenta, supongo que a él tampoco le gustaba la conversación. Los curas están acostumbrados a justificar por qué a personas buenas les pasan cosas malas sin que su jefe mueva un solo dedo por evitarlo.

Después de unos incómodos minutos de silencio que me parecieron horas, tenía que volver a hablarle. Aunque fuera difícil de creer, él no pronunciaba ni una sola palabra, tenía la mirada perdida en el estante. No podía imaginar qué estaba pensando.

—Don Rafael, cuando mis padres tuvieron el accidente les quedaban solo unos meses para jubilarse. Ya habían empezado a hablar de los viajes que iban a hacer. Querían ir otra vez a Roma, a Santiago, a Lourdes..., además de ver más a sus nietos. Incluso decían que había que echarle valor e ir a Tierra Santa a pesar de que a mi padre le daba miedo ir por allí.

—Juan, hay que ser fuerte y buscar consuelo en Jesucristo Nuestro Señor, él nunca nos va a abandonar. Es tarde, van a ser las once, me tengo que ir a dar la misa. Puedes llamarme cuando quieras, ya lo sabes. ¡Hasta luego, cuídate!

Me despedí educadamente de él. Estaba muy sorprendido, era la primera vez en mucho tiempo que no me daba la brasa, solo respondía a mis preguntas, sin explayarse. Le quedaba una hora para la misa de doce y ya se iba, y eso que tardaría poco en llegar a la iglesia. No sabía el tiempo que habíamos estado hablando en aquel banco del Retiro, seguramente más de media hora. En ningún momento me sentí incómodo ni con ganas de largarme y dejarle allí plantado. Ni siquiera cuando intentó justificar, sin éxito, que debemos confiar en Dios aunque permita todo lo malo que hay en este mundo.

Estuve allí sentado hasta la una, tomando el agradable sol de finales de octubre. Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue recoger toda la ropa de mi padre que tenía tirada en su habitación. Antes de hacer la cama no pude resistirme a oler el perfume de Ana en la almohada. No sabía si era enamoramiento o encoñamiento, pero tenía ganas de volver a verla aunque seguramente no me volvería a llamar. Quizás ese día tuvo un capricho o un lapsus conmigo y nada más. Hice también la cama de Mateo y fui al frigorífico a ver si quedaba algún táper de Hilaria. Tuve suerte, quedaban tres, cogí uno de merluza en salsa, estaba espectacular, como todo lo que cocinaba. Después me fui a vagar al sofá, era una de las típicas tardes de domingo que no me apetecía hacer nada. No obstante, fui al estudio de mis padres a coger un libro de Delibes, por si me entraran ganas de leer. Elegí el más viejo y usado que encontré, *El camino*. Supuse que mi padre se lo habría leído más de una vez.

CAPÍTULO 7

El lunes me desperté sobre las ocho, iba a empezar mi cuarta semana sin trabajar y no lo echaba de menos, ni el trabajo, ni a los compañeros, ni nada de nada. De lo único de lo que me acordaba era del asqueroso café de máquina que tomaba con Ana todos los días a las once. Mi cabeza me decía que debía levantarme, pero cuando no se tiene nada que hacer cuesta salir de la cama. Poco antes de las nueve oí que la puerta se cerraba, era Hilaria, como todos los lunes. Me vestí y fui a la cocina. Allí estaba, sacando carne de una bolsa grande y metiéndola al frigorífico. Tenía que hablar con ella de mi conversación con Adela, pero preferí desayunar tranquilamente antes de decirle nada. La estuve observando un rato, era increíble ver cómo una mujer tan delgada y con tan pocas carnes picaba los pimientos con esa destreza y rapidez. «Supongo que será porque lleva toda la vida cocinando, o más de quinientos años, como dice ella que tiene».

Al cabo de un buen rato, me decidí a interrogarla.

—Hilaria, tenía que comentarte algo. El otro día vi a Adela y le pregunté sobre lo que me dijiste de ella.

—¿Qué le preguntaste? —me dijo mientras picaba una cebolla y sin levantar la mirada.

—Si le insinuó a mi madre que abortara.

—¿Y qué te dijo?

Giró la cabeza y me miró fijamente con esos ojos que parecían puñales.

—Que ella pertenece a una asociación provida y que jamás diría algo parecido.

—Juan, yo oí lo que oí. La gente puede cambiar de opinión con el tiempo, veinticinco años son muchos años. Mi marido, por ejemplo, cuando era joven votaba a la izquierda y ahora que se va a jubilar vota a la derecha, todos cambiamos...

Hilaria volvió a bajar la cabeza y siguió picando la cebolla.

—¿Incluso en algo tan importante como el aborto?

—Sí, ¿por qué no?

No la creí en absoluto y se dio cuenta de ello, ni siquiera su mirada hipnótica podía hacerme cambiar de opinión, por eso ni lo intentó. Enseguida me percaté de que era una conversación incómoda para ella y pensé que era mejor no seguir hablando del tema. Tal vez no lo oyó bien o interpretó mal las palabras de Adela hacía veinticinco años. Quizás se lo había inventado para vanagloriarse de que ella nunca lo hubiera permitido, quién sabía. Lo cierto era que Adela no le dijo nada a mi madre, de eso estaba totalmente convencido.

Hilaria cogió un cepillo y salió de la cocina. Enseguida me llamó, estaba en la habitación de Mateo. El día anterior había hecho las camas, pero no las debía de haber dejado bien.

—La cama de tu hermano no estaba bien hecha, ¿has traído a alguna amiguita tuya últimamente?

—Sí, el otro día vino Marina. No quise llevarla a la habitación de mis padres para que no oliera el perfume de Ana.

—Eres un chico muy inteligente, siempre lo has sido. Aún te queda la de tu otro hermano por si quieres traer a otra chica, ¿tienes a alguna en el punto de mira?

—Hay una camarera que es probable que un día de estos...

—¡Eres un jovencito irresistible! —dijo con una seguridad aplastante. No advertí nada de ironía en sus palabras—. Dime cómo se llama y en qué bar trabaja.

—Hilaria, yo lo que quiero es que me vuelva a llamar Ana, hace ya una semana que no sé nada de ella. A veces creo que debo llamarla, pero no quiero que piense que estoy deseando verla. No es una niñata, sino una mujer de los pies a la cabeza, y tengo que pensar bien mis palabras antes de coger el teléfono.

—No la llares, ya te llamará ella —me respondió sin titubeos.

—¿Cómo estás tan segura? La otra vez también me lo dijiste y acertaste.

—También te dije que eres especial. No eres una oveja del rebaño, tú marcarás tu propio camino. Todo lo que te propongas en esta vida lo conseguirás. Si quieres algo, cógelo y punto. Si deseas a una mujer, ella vendrá a ti, no tendrás que mover un dedo, solo esperar. Cualquier día de estos Ana te llamará.

Su mirada y la seguridad con la que hablaba a veces me asustaba. Era difícil de explicar, pero esa vez sí estaba convencido de que Ana me volvería a llamar. Tal vez Hilaria llevaba razón y yo era alguien tan especial que ejercía un magnetismo extraño sobre las mujeres. Siempre se me habían dado bien, pero Ana era otra cosa, una mujer que provocaba que más de uno volviera la cabeza cuando caminaba por la calle. Que una mujer así quisiera pasar una noche conmigo era algo, *a priori*, inexplicable.

—Si soy tan especial como dices, en cualquier momento me sonará el móvil y será ella.

—Así es, solo tienes que esperar —me respondió tajante.

—¿Hay más gente especial como yo? —le pregunté por simple curiosidad, ya que no acababa de creérmelo del todo.

—Pues no muchos. Te dije una vez que hay gente que nace con estrella y otros estrellados, o sea, prácticamente la inmensa mayoría. Mi madre, no tanto como tú, pero también fue distinta. Cuando yo era pequeña le dije que quería un gatito y me regaló uno que tenía tres colores. —No entendí qué significaba eso e Hilaria, al verme la cara, me lo explicó—: Tal vez no sepas que todos los gatos de tres colores son hembras. Es casi imposible encontrar uno macho y más raro aún es que no sea estéril. Pues resulta que mi madre me regaló un gato de esos y jamás me dijo cómo lo consiguió. Se llamaba Orco y era increíble, más listo que el hambre. Vivió con nosotros más de veinticinco años y no sé qué fue de él, un día desapareció, supongo que se iría a las afueras del pueblo a morir plácidamente. A mí los gatos siempre me han gustado mucho, sé que es un animal muy dañino, que mata por placer y no por necesidad, pero son muy bonitos.

—Entonces, ¿tu madre también era especial?

—Sí, fue una mujer excepcional, todo lo que sé me lo enseñó ella. Ahora me toca a mí transmitírselo a mi preciosa hija.

—¿Y tus otros hijos?

—Son varones y ya se han ido de casa. Tanta paz lleven con descanso dejan. Espero que les vaya bien en la vida y que vengan a casa lo menos posible. Mi hijita es otra cosa, es una mujer. Y ya sabes que somos las mujeres las que movemos el mundo, siempre ha sido así y siempre será así, aunque la mayoría no lo sabe.

De vuelta en la cocina, Hilaria tenía en el fuego una cacerola grande y una sartén con cebolla y pimiento, acababa de limpiar unos jureles, estaba pelando unos ajos y echando sal y especias a todo, además de estar charlando conmigo. Todo a la vez y sin equivocarse. Dejó de hablar y me hizo un leve gesto con la cabeza. Quería que me acercara a la cacerola a probar el estofado de carne, metió una cuchara de madera, sacó un poco de salsa y me la dio a catar. Estaba buenísimo, como siempre. Nunca me decía qué hierbas secretas o qué coño echaba a la comida, pero estaba convencido de que, en esta vida, salvo su marido y su hija, yo era quien mejor comía del mundo. Cuando me sentaba delante de uno de sus platos se me olvidaba todo, de mi mente desaparecían todo tipo de pensamientos, era como entrar en trance, algo difícil de explicar. Ella hablaba poco de su marido y nada de sus hijos, pero su hija era otra cosa. Estaba muy orgullosa de ella. Me dijo que desde que era bien pequeña le había enseñado a cocinar y a buscar plantas silvestres por su pueblo. Era tal la devoción que sentía por ella que incluso llegué a pensar que Hilaria vivía por y para su hija.

Ese día tenía ganas de hablar. Últimamente estaba más parlanchina, nada que ver a cuando vivían mis padres, que parecía una sombra que andaba por casa. Cuando era pequeño llegué a pensar que era muda o que le había comido la lengua el gato, como me decía mi madre.

—¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, tranquilo. El sábado fui a tomar unas cervezas y ver el fútbol con los colegas.

—Eso está bien, disfruta ahora que eres joven y no mires atrás. La vida pasa muy rápido, lo que no hagas ahora no lo harás cuando seas viejo.

Hilaria también era partidaria del *carpe diem*, como yo, en eso pensábamos igual.

—A mí el fútbol no me interesa nada, pero juntarme con ellos y charlar un rato es algo que debo hacer más a menudo. Por cierto, ¿sabías que aquí en Madrid hay una estatua del diablo? Está en el Retiro. Ayer estuve por allí y no vi dónde está, aunque en realidad me da igual.

—No tenía ni idea, hace muchos años que no voy. Creo que solo he estado un par de veces en mi vida.

—El otro día lo estuvimos comentando los amiguetes, no sabemos si es la única del mundo o hay otra en algún sitio.

—Pues no lo sé. Yo no sabía que al diablo le dedicaban estatuas. ¡Cómo es la Iglesia! Permite esas cosas para meteros miedo en el cuerpo.

—No te entiendo...

—Pues que Satanás no existe. Los curas os amenazan para que les hagáis caso en todo, porque si no iréis al infierno y arderéis en la hoguera eterna. Os dicen que matar es pecado salvo que sea en las cruzadas. Igual que robar, salvo que sea el diezmo o los chanchullos de la Iglesia. Y el sexo tiene que ser solo en el matrimonio y abierto a la vida, pero ellos no dicen que tienen

barraganas. Si un cura te pregunta algo, hay que decir siempre la verdad, pero ellos mienten más que hablan.

—Don Rafael, el cura de la parroquia, siempre dice que el diablo es el padre de la mentira.

—Sí, claro. Y también dirá que quien no cumpla los mandamientos no irá al cielo. El cielo y el infierno no existen. Cuando alguien muere, se le entierra, se descompone y se lo comen los gusanos. Y se acabó, punto final, el muerto al hoyo y el vivo al bollo. Esta es la única verdad. Si la gente lo supiera, nadie iría a la iglesia y se les acabaría el chollo de vivir de la ignorancia de la gente.

—Ja, ja. Joder, Hilaria, ¡qué radical eres! Entonces, según tú, al no existir otra vida podemos hacer lo que queramos porque no va a haber consecuencias.

—Eso es. Si matas a alguien, preocúpate solo de que no te coja la policía. Juan, solo hay que temer a los vivos, porque los muertos muertos están. Y, además, recuerda bien esto que te voy a decir: esta vida es para los lobos, no para las ovejitas. Tienes que ser una fiera y no un manso corderito. En mi pueblo se suele decir que «perro cobarde ni folla ni come carne». Aunque tú de oveja del rebaño tienes muy poco, naciste lobo y morirás lobo, espero que no se te olvide nunca.

—No se me olvidará. Voy al salón un rato.

Allí la dejé en la cocina, con las cacerolas, sartenes y demás utensilios. Me senté en el sofá y empecé a darle vueltas a la conversación que habíamos tenido. ¿Qué cojones había querido decir con eso de «si matas a alguien preocúpate solo de la policía»? Era imposible que sospechara nada, yo no diría nada jamás, el misionero no podía hablar y en el pinar no había cámaras. Enseguida me tranquilicé, llegué a la conclusión más lógica: había sido una casualidad y punto, digamos que había puesto un mal ejemplo de las consecuencias de no existir otra vida.

Cogí el libro de Delibes y empecé a leerlo, había que reconocer que escribía muy bien. Los buenos escritores son los que consiguen que el lector se plante en la página cien sin que te des cuenta y sin distraerte por nada. Don Miguel Delibes era uno de esos. Después de ventilarme casi un tercio del libro, dejé las hazañas de Daniel, el Mochuelo, en la mesita de delante del sofá, ya lo acabaría en otro momento. Me levanté y fui a ver una foto de mi madre con un marco de plata. Llevaba años ahí y nunca la había cogido entre mis manos. Me senté otra vez y estuve un buen rato contemplándola. Estaba seria y me miraba fijamente, como si quisiera decirme algo a través del cristal. Tenía la mirada distinta a la habitual, era la que solía poner cuando me regañaba por haber hecho algo mal. «¡Ojalá estuviera aquí para echarme todas las brocas del mundo!», deseé. Se me humedecieron los ojos y estuve a punto de soltar alguna lagrimilla. Era la segunda vez que me pasaba y también fue al ver una foto de ella.

En ese momento entró Hilaria en el salón para limpiar y vio que estaba a punto de llorar.

—Juan, ¿qué te ocurre?

—No, nada.

—Si puedo ayudarte en algo, dímelo...

—Da igual. Pronto va a hacer un año de la muerte de mis padres y aún no lo he asumido. Parece que fue hace poco y ha pasado ya un año, un jodido año sin ellos. Vaya puta mierda de vida. ¿Y sabes lo peor de todo? Que no hay una explicación. ¿Por qué cojones les tuvo que pasar a ellos?

Con la cantidad de hijos de puta que hay en el mundo que no tienen enfermedades y mueren de viejos. Ayer vi a don Rafael y me dijo que Dios no evitó el accidente porque no interviene en los actos de los hombres.

—Juan, yo soy atea, no puede decirte nada sobre Dios. Verás ...

En ese momento se calló, no quiso seguir hablando.

—Hilaria, ¿por qué te callas?

—Es igual, déjalo...

—Nos conocemos desde siempre, creo que hay confianza entre nosotros. Sea lo que sea, dímelo.

—No debería decirte esto, pero ya que insistes... Creo que no deberías pensar por qué les ocurrió a ellos. Cada persona tiene un principio, un camino y un final. Del mismo modo que no podemos elegir el día en que nacemos, tampoco podemos elegir el día en que morimos. A cada persona le toca un día concreto y no sabe cuándo será. Y cuando llegue no podremos evitarlo.

—Pues ¡qué putada! Les podía haber tocado con noventa años y no con sesenta y cuatro.

—Yo no soy tu madre, ni siquiera somos familia, pero puedes contar conmigo para todo, para lo que quieras, solo tienes que decírmelo. El primer día que vine a trabajar a esta casa vi una familia ideal, perfecta. Tu madre estaba embarazada y cuando naciste tú me di cuenta de que eras distinto a tus hermanos, especial. Yo siempre he intentado cuidarte lo mejor que he podido, sobre todo desde el fallecimiento de tus padres. Aunque el futuro nos separe, debes saber que yo siempre te ayudaré, esté donde esté. Solo tendrás que llamarme y vendré.

—Ya lo sé, gracias, Hilaria.

Acabó de limpiar el salón, recogió todo y se fue. Y allí me quedé solo, como todos los días, en un piso enorme. El único ruido que podía distinguir era el de mi respiración. Cuando era pequeño, en mi casa siempre había gente, teníamos visitas de amigos y familiares, pero con los años cada vez venían menos. Desde que murieron mis padres la única persona que venía era la zorra de Marina. Hilaria creía en el destino, ya me lo había dicho más de una vez. Para ella cada persona moría un día concreto. «Hagamos lo que hagamos, no podremos cambiarlo, como tus padres, como yo, como tú, como todos», me había dicho.

Si yo pensara como ella sería terrible, significaría que el misionero estaba predestinado a morir ese día a manos de un chaval con un cuchillo. Sería horrible pensar que en las estrellas estaba escrito que el viernes 16 de octubre de 2009 yo me iba a levantar, coger el coche, hacer más de cien kilómetros hasta un pinar perdido de la mano de Dios y acuchillar a un buen hombre que estaba cogiendo setas. No debía pensar más en ello, lo único que iba a conseguir era sentirme mal, así que me fui a comer. Sabía que un manjar me esperaba en la cocina, no tenía mucha gana ese día, pero el guiso estaba tan sublime que se comía sin hambre. Durante esa media hora no pensé en nada, simplemente me dediqué a degustar la carne con patatas, un guiso digno del mejor restaurante de Madrid. Después, como de costumbre, me preparé un café y volví al sofá. Se me pasó por la cabeza llamar a Marina para que viniera a casa esa misma tarde, pero no pude, solo pensar que me engañaba con otro tipo me quitaba las ganas de verla aunque solo fuera para follarla. Además, Hilaria me había dicho que Ana me llamaría. ¡Cuánto deseaba que llevara razón! No sabía por qué, pero esa vez sí la creí, me lo había dicho de una forma tan rotunda que no podía dudar de ella.

Más tarde fui a mi habitación y me tumbé en la cama. Puse la radio que tenía en la mesilla. En Radio 5 Todo Noticias hablaron del primer concierto en directo de la historia por YouTube, de unos atentados en Irak, de un partido suspendido de la Liga francesa por gripe aviary y demás gilipolleces que no le interesaban a nadie. Me estaba quedando traspuesto cuando me sobresaltó la noticia del asesinato del misionero, decían exactamente lo mismo que había visto por la tele el día anterior y aparecía un guardia civil pidiendo colaboración ciudadana. Seguramente la investigación estaba en punto muerto y no sabían por dónde seguir. Lo bueno de la radio era que no veía la imagen de un anciano bonachón sonriendo y mirando a la cámara. Aun así, su foto no se me iba de la cabeza. Cerraba los ojos y aparecía su cara, la cara de buena persona de un hombre querido y respetado por todos.

Al día siguiente, después de desayunar, fui a dar un paseo, tomar café y comprar el pan. Lo mismo que hacían los parados, los jubilados y algunos ricos que se aburrían en su casa o no soportaban a su mujer. No quise ir al bar de Mila, lo que le tenía que decir ya se lo había dicho el viernes. Tenía mi teléfono, si quería algo conmigo solo tenía que llamarme; debía esperar un par de semanas antes de volver por allí. Después de andar más de media hora entré a un bar. La camarera era muy joven, tal vez no tenía ni veinte años. Llevaba una camiseta que le estaba más bien pequeña, quería que los clientes se fijaran en sus tetas, era imposible mirar para otro lado. Yo lo intenté, pero me pilló un par de veces aunque estaría acostumbrada. Se llamaba Raquel y se mostró muy amable conmigo. «Igual tengo que volver otro día por aquí», pensé.

En ese momento me acordé de mi zorrilla favorita. La última vez que había hablado con Marina le había dicho que la llamaría. Aún era martes y no me apetecía verla, y menos oír sus gilipolleces de niñata. Llegué a la conclusión que hasta el jueves o viernes iba a pasar olímpicamente de ella o, mejor todavía, esperaría a que fuera ella quien me llamara. Seguro que había estado todo el fin de semana pensando en el manuscrito de mi antepasado. ¡Pobrecilla! Tan lista para unas cosas y tan pardilla para otras. Como me dijo una vez Hilaria, había que utilizar a las personas en beneficio propio, y eso era precisamente lo que estaba haciendo yo con la zorra de Marina.

Según volvía a casa se me pasó por la cabeza llamar a mi tío para acercarme al día siguiente a Toledo, suponía que seguiría de baja. Le llamé y me dijo que estaba en una terraza tomando una copa de cerveza bien fría con una ración de magro con tomate. Aunque a veces se pusiera un poco pesado con sus mítines, tenía que reconocer que era un *crack*, un vividor sin remordimientos de ningún tipo. Respecto a ir a verlos me dijo lo de siempre: «Juan, esta es tu casa, ven cuando quieras».

Llegué a casa a las dos y media. Estaba en la cocina, eligiendo el táper con el guiso que iba a degustar, cuando me empezó a sonar el móvil, era Ana. Hilaria tenía razón, me había dicho que me iba a llamar, que solo tenía que esperar. Antes de contestar me mentalicé de que debía hablar pausado, no se me tenía que notar las ganas que tenía de volver a verla. Respiré hondo y descolgué.

—Hola, Ana, ¿qué tal?

—Juan, tenemos que hablar, ¿podemos quedar esta tarde? ¿A las ocho? —Sus palabras denotaban preocupación.

—Sí, claro, ¿dónde?

—Voy a tu casa, si no te parece mal.

—Sí, sí, como quieras. Es el séptimo A.

—Hasta luego, a las ocho estoy allí.

Había sido una conversación breve pero intensa. Tenía la voz rara, algo le pasaba, pero tendría que esperar a la tarde para enterarme. Lo importante era que Hilaria había acertado de pleno. No solo era una cocinera excepcional, sino que además era adivina.

Me había duchado nada más levantarme, pero Ana se merecía que lo hiciera otra vez antes de que llegara, no fuera que quisiera que la volviera a follar, como la semana anterior. Incluso pensé en afeitarme los cuatro pelos mal repartidos que me salían en la cara. Eran las siete y media y ya estaba sentado en el sofá esperándola. Había puesto la tele y cambiaba de canal sin darme cuenta de lo que había, tenía la cabeza en otra cosa. Me preguntaba por qué Ana estaba tan preocupada. En ese momento me sonó móvil, era la zorra de Marina, ¡qué inoportuna! Quería que nos viéramos esa tarde, yo le respondí lo primero que se me ocurrió, que estaba en Toledo con mis tíos y que ya la llamaría. «Qué impaciente es, seguro que solo piensa en el manuscrito», pensé.

Salí a la terraza y vi cómo un taxi se detenía enfrente de mi edificio. Ana estaba espectacular, como siempre. Llevaba unos vaqueros ceñidos y una chaquetilla corta, no había que adivinar sus curvas, se veían a simple vista. Cruzó la calle y llamó al telefonillo. Aunque estaba junto a él, conté hasta diez antes de abrir. Me dio dos besos, se quitó la chaquetilla y nos sentamos en el sofá. Tenía la cara desencajada, efectivamente estaba preocupada por algo.

—Juan, he vuelto a tener el sueño, esta noche no he descansado nada. Cada vez que me quedaba dormida me venía y me despertaba sobresaltada, una y otra vez. Ya casi lo había olvidado, la semana pasada no lo tuve, pero hoy ha sido horrible. Estoy muy cansada y si intento dormir me aparece otra vez.

—¿Te refieres al que me dijiste? ¿El de la mujer que te cogía del brazo? ¿Cómo era?

—Pues se acerca una mujer, me coge de la mano y me dice «ven», me lleva a una habitación en la que hay una cama y solo estás tú, me acerco a ti, te beso y en ese momento me despierto.

—Y la mujer esa, ¿es la que viste el otro día desde la cafetería?

—Sí, yo creo que es ella, aunque no estoy totalmente segura. ¿Como puedo soñar con una mujer que paseaba por la calle? Juan, no sé qué hacer...

Me abrazó. Yo me quedé un poco bloqueado, no sabía qué hacer, si intentar tranquilizarla o aprovechar la situación. No tuve que hacer nada, al cabo de unos segundos me besó, dejó de ser una mujer preocupada y vulnerable y se convirtió en una leona desatada. No sé cómo, pero llegamos a la habitación de mis padres en menos que canta un gallo. No dejaba de mirarme mientras colocaba cuidadosamente su ropa en una silla. Y me sonreía, siempre me sonreía. Cuando estuvo desnuda se acercó, me puso una mano en el pecho, me empujó hacia atrás y se subió encima. Era algo increíble, llegué a pensar si era un sueño o era real lo que estaba viviendo en ese preciso y precioso momento, ¡cuántos respetables padres de familia lo dejarían todo si una mujer como Ana les dijera cuatro cositas! Y me estaba pasando a mí. Se movía más despacio que Marina, pero con más sentido. ya lo decía el refrán: «Gallina vieja, buen caldo». Estuvo fantástica. Por mi mente pasaron todas las pinturas negras de Goya, *El aquelarre*, *La romería*,

Dos mujeres y un hombre, Judit, Saturno... Todas. Me porté como un campeón y ella lo sabía, me lo decía su mirada.

Debía sentirme contento por lo que había ocurrido esa tarde en la habitación de mis padres, pero había algo que me preocupaba. Ana era guapa, inteligente y tenía un cuerpazo de infarto. Además, era una triunfadora, una de las mejores comerciales de España del sector de productos químicos. Lo tenía todo, podía acostarse con el hombre que quisiera solo con proponérselo. Y, sin embargo, estaba aquí, conmigo, con un chaval en paro y al que doblaba en edad. Era incomprensible. Alguna explicación tenía que haber porque a mí siempre se me habían dado bien las niñas como Marina, pero Ana estaba en otro nivel, era una mujer impresionante.

—Ana, ¿por qué me has llamado? ¿Solo querías hablar conmigo del sueño ese que has tenido?

—Verás. Sí, era por el sueño. El otro día te dije que había pasado unas noches muy malas, sin apenas dormir, y cuando llegó el día de mi cumpleaños algo hizo que cogiera el teléfono y te llamara, algo muy superior a mí. Sabía que no era buena idea, pero a pesar de todo te llamé. Era consciente de que no debía quedar contigo, pero aun así vine. Yo nunca me acuesto con nadie el primer día, pero ese día sí lo hice. Mi cabeza me decía que no debía, pero algo me obligaba. Estas noches he dormido muy bien, como si ese sueño hubiera sido parte del pasado y ya no volvería a aparecer. Hasta ayer, pero esta vez ha sido distinto, venía a mi mente casi con solo cerrar los ojos, una y otra vez, sin tregua. Esa mujer alta y delgada se acercaba a mí, con su cara pálida, su pelo gris, sus ojos profundos me atravesaban el alma y, cuando me cogía la mano y decía «ven», retumbaba en mi cabeza como si hubiera eco. Créeme si te digo que me he pasado toda la mañana pensando en llamarte para venir a verte.

—Si no fuera por ese sueño, no me habrías llamado y no habrías venido.

—Sí, así es. Pero quiero que sepas una cosa: no me arrepiento en absoluto.

—Ana, espero que alguna vez me llames solo porque quieras pasar una tarde conmigo y por nada más.

—Claro que sí, cuenta con ello.

La explicación que buscaba era ese supuesto sueño que tenía. No sabía si creerla o no, lo cierto era que me había follado a una mujer de bandera, eso era lo importante. ¡Vaya historia que me había soltado, era increíble! Digna de un libro de Stephen King. Tal vez todo era más simple de entender, quizás Ana fuera una ninfómana o una salida a la que solo le quedaba por probar a los jovencitos como yo. Era también un razonamiento absurdo, me sentía muy perdido.

Nos vestimos y volvimos al salón. Ese día no iba a haber una segunda parte, no se iba a quedar a dormir. Me dijo que al día siguiente tenía un vuelo a Murcia para visitar a un gran cliente, un industrial muy potentado. Conociéndola, seguro que iba a salir todo bien y firmaría un buen contrato. Era una gran comercial, capaz de vender un peine a un calvo. Sus técnicas de persuasión y negociación eran incuestionables.

Antes de irse me dio una impresionante noticia.

—En la empresa ha habido cambios, y muy sorprendentes. A Andrés le han despedido y al director general le han destinado a Portugal. Si no se presenta en Lisboa el próximo mes será un despido procedente. Ha sido todo fulminante, de un día para otro, no sé qué habrá podido pasar. Los han sustituido dos chicas muy jóvenes, dos treintañeras. Vienen de una constructora, parece

que es la compañía propietaria. Es increíble, pobrecillos, con su edad y en plena crisis, ¿adónde irán ahora?

—Pues sí, ¡qué mala suerte! —Había puesto cara de póker, pero por dentro estaba muy satisfecho. Había conseguido echar a dos honrados padres de familia a la puta calle. Ellos habían preferido despedirme a mí antes que a sus coñitos y ahora les había tocado a ellos.

—En la empresa estamos todos en *shock*. Creíamos que el director general era el dueño y resulta que somos parte del *holding* de una constructora. A saber quiénes serán los verdaderos dueños...

—A saber... Seguro que hay participaciones cruzadas de empresas y sociedades interpuestas. Debe de ser casi imposible saber quién toma las decisiones en estos casos —contesté. Algo tenía que decirle, aunque la respuesta era muy simple: el verdadero dueño era don Emilio Rubio de Seoane, un hombre impulsivo al que jamás le temblaba el pulso.

Sobre las nueve y media, llamó a un taxi y se fue. Tenía que madrugar mucho para coger el avión al día siguiente y estaba asustada por si volvía a tener ese maldito sueño. No obstante, me dijo que después de estar conmigo confiaba en poder dormir, ya que había hecho caso a la mujer que la llevaba de la mano. Me aseguró que me volvería a llamar aunque no tuviera sueños y durmiera bien. Nada más oírlo, ya sabía lo que debía hacer: cortar con Marina. La siguiente vez que viniera a casa tenía que follarla y mandarla a la mierda, por zorra y por mentirosa. Si veía a Ana dos o tres veces al mes ya no necesitaría a Marina para nada.

Esa noche no tenía ganas de leer ni de ver la tele, así que me acosté pronto. En mi mente solo estaba el recuerdo de Ana, su mirada, su sonrisa, sus tetas perfectas... y sobre todo sus caderas, moviéndolas como lo hacen las mujeres maduras o, como decía Ataúlfo, «las azafatas con muchas horas de vuelo». Tenía su perfume incrustado en la cabeza. «Seguramente lo recordaré siempre, aunque pasen treinta años», pensé. Estaba encoñado, de eso no había duda.

Debí de dormir solo un par de horas cuando súbitamente me desperté. Me pasó lo mismo que unos días atrás, tenía la sensación de que había alguien en casa, de que no estaba solo. Pero esa vez no me levanté a mirar, era imposible que hubiese alguien. Respiré hondo, cerré los ojos y me concentré en intentar descifrar todos los sonidos que me llegaban. No se oía ningún ruido, era una sensación, simplemente eso, una percepción extraña, como si hubiese gente andando por casa, gente que no hacía ningún ruido. Se trataba de algo totalmente irracional y absurdo. Aun así, encendí la lamparita de la mesilla y no la apagué en toda la noche, como cuando tenía dos o tres años.

Cuando amaneció me desperté y me reproché lo gilipollas que había sido a mis veinticinco años, como si fuera un niño miedoso que se cree que Tisífone ha ido a visitarle para vengar la muerte del misionero.

A las ocho y media me levanté, desayuné y cogí el coche para ir a Toledo a pasar un par de días con mis tíos. En menos de una hora ya estaba en su casa.

—Pasa, Juan. No te preocupes, que no voy a decirte nada del avión.

—Mejor, te lo agradezco, tío.

—¿Quieres un café?

—He desayunado hace poco, pero me voy a tomar otro. ¿Tú qué tal estás?, ¿cómo llevas la baja?
—Era una pregunta retórica, sin maldad, simplemente quería hacer la gracia.

—Pues regular. Ayer dormí la siesta en el sofá en una mala postura y me duele un poco el cuello. Tal vez tenga que ir al médico.

—¿En serio? A ver si ahora te van a dar la baja de verdad.

—Que no, que es broma. Joder, Juan, te lo crees todo.

—Ya sé que es una broma, cómo si no te conociera...

Nos sentamos en la mesita de la cocina, allí siempre estaban las magdalenas caseras que hacía mi tía Elvira. Estaban espectaculares, me las habría comido todas, pero mi madre siempre me decía que me comportara, que cuando se va de visita hay que comer lo justo, ni mucho ni poco, ni atracarse ni despreciarlo. Aun así, me tomé tres, que mojé en café con leche. Ni por un momento se me pasó por la cabeza hablarle de Ana, no le podía decir que estaba viendo a una mujer de casi cincuenta años. ¡Qué habría pensado de mí! Pero sobre Marina sí tenía que consultarle, su opinión era importante para mí aunque ya lo tenía decidido.

—Tío, voy a cortar con Marina, no es la mujer de mi vida.

—Es una decisión tuya y solo tuya.

—Creo que es mejor ahora que dentro de un par de años, ¿no crees?

—Sí, claro que sí. Si estás convencido, vas a tomar la decisión correcta.

—Ya encontraré a otra.

—Te voy a dar solo un consejo porque, como dice el refrán: «Más sabe el diablo por viejo que por diablo». Ya te lo dije hace poco, busca la bondad en una chica. Olvídate del físico, del dinero o del trabajo que tenga. Lo más importante es que sea buena persona y que estés a gusto con ella las veinticuatro horas del día. Cuando la encuentres, ella será la mujer de tu vida. Juan, escúchame bien, yo he estado con muchas mujeres, pero cuando conocí a tu tía Elvira comprendí que quería estar con ella el resto de mi vida. Suena cursi, ¿verdad? Pero es tan cierto como que me llamo Joaquín. Además, esta vida es un suspiro, como dejes escapar a tu media naranja, quizás solo encuentres limones. Cuando conoces a una mujer que es bella por dentro, es como si te tocara la lotería. Elvira es la mejor persona que he conocido jamás, es la bondad encarnada. No es la única, el mundo está lleno de mujeres excepcionales, pero yo me he casado con la mejor.

—En la Comunidad de Madrid somos seis millones y medio de personas. La mitad son mujeres y, si quitamos a las viejas y a las niñas, ¿cuántas quedan? ¿Un millón o más? No me será difícil encontrar a una buena mujer como tú dices, pero a ser posible con unas buenas tetas y un buen culito.

—Ja, ja, ja. No sé por qué hablo de cosas serias contigo, todo te lo tomas a chufia. Pero no seas tan vanidoso, tal vez deberías saber que son ellas las que eligen. Es un hecho evolutivo, los hombres solo buscamos perpetuar nuestros genes, de ahí nuestra propensión a copular con el mayor número de mujeres posible. Sin embargo, la hembra busca a un macho que la ayude a criar y cuidar de la prole, tiene que darle seguridad en todos los aspectos, sobre todo en el económico. En el fondo, las personas somos animales, es biología. Si una chica quiere ir en serio

contigo y tú estás a gusto con ella, no busques más. Solo te voy a hacer una pregunta. Si tuvieras que irte un mes de viaje, ¿a qué chica le dejarías las llaves de tu casa para que te la cuidara?

—Pues ahora no conozco a ninguna.

La pregunta de mi tío me hizo pensar. De todas las chicas con las que había estado no había ninguna de la que pudiera fiarme al cien por cien. Y lo peor de todo, era que ni siquiera de Ana. Me imaginaba en esa situación y no sabía si confiaba en ella hasta tal extremo. Me daba cuenta de que estaba encoñado, enamorado eran palabras mayores y, sobre todo, para dejarle las llaves. La conversación con mi tío fue muy esclarecedora. Lo tenía meridianamente claro, debía cortar con Marina y buscar a una buena chica y, mientras tanto, follarme a Ana, a Mila o a cualquier otra hasta que apareciese el amor de mi vida.

Iban a ser las doce y mi tío ya solo pensaba en las cervecitas. Se arregló y pronunció su frase favorita: «Vamos a tomar algo». Dimos un paseo por las callejuelas medievales del Toledo histórico y nos sentamos en la terraza de un bar, del que salía un agradable olor a carne asada. Era su último descubrimiento.

—Ponen unas tapas de escándalo y con solo dos o tres cervezas te hinchas a torreznos y a magro con tomate.

El camarero nos trajo dos copas de cerveza bien frías y de tapa unas tiras de panceta recién hechas con un poco de pan, estaban de muerte. Mi tío llevaba razón, era un sitio al que había que ir más a menudo.

Al poco tiempo se nos acercó un chico negro con pulseras, collares y gafas de sol para vender, era muy joven, no parecía tener ni veinte años. Le dije con la cabeza que no quería nada. Ya se iba a ir a otra mesa cuando mi tío le hizo una seña para decirle que esperara. Se metió la mano al bolsillo, sacó la cartera y le dio un billete de cinco euros. No me lo podía creer, el liberal de mi tío dándole un billete a un inmigrante que se dedicaba a la venta callejera.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras con esa cara? Hay que ayudar directamente a quien lo necesita y no a las ONG que se supone que hacen de intermediarias. El dinero de nuestros impuestos debería ser para esta pobre gente y no para las juergas de los políticos. Estos chavales dejan atrás su país y su familia, atraviesan el desierto de Sáhara para buscarse la vida y poder enviar algo de dinero a su aldea. Darían lo que fuera por ser residentes legales y poder trabajar sus cuarenta horas y cotizar a la Seguridad Social como cualquiera de nosotros. ¿Sabes que hay españoles que no han cotizado en su vida ni un solo día? Y te voy a decir algo más, vienen los chicos más fuertes y sanos de cada pueblo porque se supone que son los que tienen más posibilidades de llegar a Europa. Además, hacen el trabajo que no quieren los españoles y trabajan muchas horas por cuatro duros, incluso bajo un sol de justicia.

—Sí, sí... —le respondí con cara de extrañeza.

—A ver, Juan, que solo le dado cinco euros, no le vamos a llevar a casa a comer. Vienen de países con guerras, hambrunas y enfermedades. Es lógico que quieran venir a España.

—Y puede ser que vengan de países con dictaduras y aquí vivimos en democracia. —Fue un comentario sin ninguna doble intención, pero mi tío lo aprovechó para soltarme otro de sus mítines.

—¿Democracia? ¿Crees que España es una democracia? Lo dices porque nos dejan votar cada cuatro años, ¿verdad? España es el país más corrupto de Europa. Es una partitocracia con listas cerradas y sin separación de poderes, da igual que gobierne Mickey Mouse o el Pato Donald, todo es Disney, el sistema es Disney. Hablan de un hombre, un voto. Eso significa que vale igual el voto de quien trabaja, cotiza y paga impuestos que el de quien vive de las ayudas sociales. Hay mucha gente que se conforma con la paguita que le dan. Esos, ¿para qué van a trabajar?

—Tío, supongo que estás de broma. Claro que todos los votos deben valer lo mismo.

—Sí, así es, pero escucha bien lo que te voy a decir: los pensionistas, funcionarios y subvencionados somos muchísimos más que la gente productiva. Somos muchos millones de votos, ningún politiquillo va a recortarnos nada, al contrario, nos dará cada vez más y más. Es cuestión de tiempo, España se irá por el sumidero. Llegará un momento en que no se puedan subir más los impuestos y el impago de la deuda será inevitable.

—Pero vosotros sois funcionarios y pronto pensionistas, os interesa este sistema, ¿por qué lo criticas?

—Porque me duele lo que le pase a mi país. Yo el próximo año cumpliré los sesenta y tu tía también, pronto estaremos jubilados. Quizás yo no vea la quiebra de España, pero tú sí. Supongo que tus padres te habrán dejado un buen dinero, ¿verdad?

—Sí, en ese sentido no hay problema. Hace unos meses Ramiro Egozcue, el abogado de papá, nos llamó a los tres y fuimos a verle a su despacho. Nos detalló todo lo que nos han dejado y dónde está invertido. Nos dijo que cuando devaluaron la peseta en 1992 cogieron todos sus ahorros, los convirtieron a marcos y los transfirieron a un banco de Fráncfort. Está allí, invertido en acciones y bonos alemanes. Años más tarde, cuando se creó el euro cogieron parte de ese dinero y lo pasaron a francos suizos y oro. Para poder traérmolo de vuelta tenemos que estar de acuerdo los tres. Mi padre dejó escrito que, si nos iba mal en la vida, que fuera lo último en tocar, que el dinero está más seguro en Alemania que en España. Todo lo demás está aquí, incluidos unos diamantes en una caja fuerte en Madrid.

—Tu padre siempre fue un hombre muy inteligente, y tu madre un ángel en la tierra. Debes estar muy orgulloso de los padres que has tenido. Por cierto, yo los diamantes los vendería, su valor solo depende de la oferta y demanda a nivel mundial. Cualquier día la gente dejará de considerarlos una reserva de valor y podrían no valer nada de la noche a la mañana, como pasó con los tulipanes en Holanda en el siglo xvii. Yo me desharía de ellos y compraría oro. Es en lo único que se puede confiar y no en los papelitos pintados que imprimen los políticos sin control ninguno.

—Hablaré con los moñas de mis hermanos sobre esto de los diamantes. Ramiro también nos dijo que ha llegado a un acuerdo con la empresa que fabricó el coche que provocó el accidente de mis padres y les va a sacar un riñón a cambio de no llevarlos a juicio y no denunciarlo a la prensa. Nos quiere dar todo el dinero, ya que para él es un tema personal, pero yo le dije que tenía que quedarse con su minuta aunque lo haya hecho por amistad hacia mis padres. Es lo justo, ¿verdad, tío? Si ha trabajado, pues tiene que cobrar.

—Sí, claro que sí. ¿Tus hermanos qué dicen?

—Que sí, que tiene que cobrar sus honorarios. Pero fui yo el primero que lo dijo, ellos están siempre empanaos. Han sido los hijos perfectos, pero en asuntos de la vida son unos pardillos, parece como si el hermano mayor fuera yo.

—¿Cómo has dicho que se llama el abogado? ¿Egozcue?

—Sí, Ramiro Egozcue Aguirre. Tiene uno de los mejores bufetes de Madrid, con ocho o diez abogados trabajando para él. Le dijo una vez a mi padre que hasta los seis años no aprendió a hablar castellano.

—¿De dónde es? ¿Es vasco?

—Es de un valle de Navarra donde solo hablan euskera. Parece ser que hasta que no fue al colegio no le enseñaron a hablar español.

—El euskera es uno de los mayores tesoros que tenemos y en cierto modo es un milagro que no se haya extinguido. No es un idioma indoeuropeo, su origen es desconocido y es el único que sobrevivió a la invasión romana. A esta puta península vino gente de muchos sitios: celtas, griegos, fenicios, romanos, visigodos, judíos, árabes, francos, germanos..., pero si hay una cosa cierta es que los primeros en llegar fueron los vascos, eso suponiendo que vinieran de algún sitio, quizás nacieron aquí y ellos sean los auténticos íberos, los únicos que han preservado la originaria cultura ibérica. Es un asunto fascinante esto de las lenguas, ¿sabes que en este planeta se hablan más de siete mil?

—No sabía que había tantas. Nosotros tenemos suerte de hablar castellano, leí hace poco que somos más de quinientos millones.

—Así es, yo siempre digo que son mis hermanos, los que hablan español y portugués despacio.

—¿Portugués despacio? ¿Y los que lo hablan rápido?

—Pues son primos, como los italianos.

—Pues yo entiendo mejor el italiano que el portugués.

—Claro, te comprendo, supongo que te refieres al de Portugal y no al de Brasil. El asunto es el siguiente: nuestra gramática y la del portugués es muy similar, casi se puede decir que es igual. Respecto al léxico, el noventa por ciento de nuestro vocabulario es el mismo, o sea, nueve de cada diez palabras son prácticamente iguales. Solo hay diferencia en la pronunciación. Hace poco leí que la evolución fonética de las lenguas latinas acabó en el siglo XVIII. Esto ocurrió en todas excepto en el portugués, que siguió variando durante el siglo XIX, pero entonces Brasil ya era independiente, por lo que estos cambios solo afectaron a Portugal. Por eso, para un hispanohablante es mucho más fácil entender a un brasileño que a un portugués. A veces pienso en la idea de fusionar los dos idiomas en uno. Imagínate que todos los países hispanoamericanos y Brasil dejan de utilizar el diez por ciento del vocabulario que no es común y unifican las pocas diferencias fonológicas que tienen. Y en caso de duda sobre alguna palabra o pronunciación se recurriría al italiano. Aplicándolo en los colegios y con los medios de comunicación, en una o dos generaciones se habría conseguido. Sería increíble que se hablara el mismo idioma desde Los Ángeles a Tierra del Fuego y desde Lima hasta Recife. Claro está, me refiero al portugués de Brasil, y todo esto lo tendrían que hacer en Latinoamérica. Aquí, en esta puta península, no habría nada que hacer, nuestros políticos corruptos solo se mueven por mordidas, no por el bien común.

—Tío, eso es imposible. ¿Cómo vas a fusionar dos lenguas?

—¿Por qué no? Los idiomas aparecen y desaparecen. El latín fue la primera lengua franca del mundo, desapareció y aparecieron otras. Esto sería hacer el proceso contrario. Si se empezara con los niños, en treinta o cuarenta años se habría conseguido. Sería como una nueva lengua mixta con una base común de español, italiano y portugués de Brasil.

—Yo creo que sería imposible, pero si tú lo dices igual tienes razón.

A veces pensaba que mi tío era un idealista, de esas personas que se creen que pueden cambiar el mundo. Era chocante, se suponía que los revolucionarios debían ser chavales jóvenes como yo y no viejos de sesenta años como él. No obstante, no quería contradecirle, no tenía ninguna necesidad de hacerlo y como de costumbre le di la razón aunque, en el fondo, creía que era una tontería y algo imposible de hacer.

CAPÍTULO 8

Después de tomarnos dos cervezas cada uno nos fuimos de allí. Pagó mi tío, como de costumbre, decía que yo era su invitado y no iba a permitir que pagara nada. Eran las dos de la tarde y teníamos que llegar a casa antes de que llegara mi tía Elvira de trabajar, había que poner la mesa y ayudar en lo que se pudiera.

Nada más entrar en la cocina, mi tío descorchó una botella de Rivera del Duero. Dijo que era un homenaje hacia mí, ya que mi familia paterna descendía de Burgos, como si alguna vez le hubiera preocupado la denominación de origen de los vinos. Nos tomamos una copa mientras yo ponía la mesa y él remojaba unas hojas de lechuga para la ensalada. Cuando llegó mi tía, lo primero que hizo fue abalanzarse sobre mí para abrazarme y besarme, ni quitarse siquiera el bolso. Hacía solo una semana que no me veía y parecía que llevaba diez años sin saber de mí. No estaba acostumbrado a tanta efusividad, pero a ella se lo perdonaba todo. Me había preparado una sorpresa: gallinejas. Era increíble, el día anterior cuando mi tío le dijo que iba a ir a verlos, fue aposta a comprarlas, solo porque sabía que me gustaban mucho. Me trataba como a un hijo, y eso que solamente era el sobrino de su marido. A veces me sentía un poco abrumado por tantas muestras de cariño.

—Tía, estas gallinejas están de muerte.

—El carnicero me ha dicho que son entresijos.

—Pues yo no sé exactamente cuál es la diferencia. Creo que las gallinejas son los intestinos del cordero y los entresijos son una parte de las gallinejas, pero no me hagas mucho caso, hablo de oídas.

—Cuando vaya otro día se lo pregunto al carnicero, solo por curiosidad. Lo que sí tengo entendido es que es un plato típico de Madrid, vosotros deberíais saberlo.

Nos miró sonriendo, esperando que dijéramos algo, pero yo no tenía ni idea y mi tío tenía la boca llena y como decía habitualmente: «Oveja que bala bocado que pierde».

—Tía, ¿tú no eres madrileña? Yo creía que os conocisteis en la capital.

—No, nos conocimos aquí, en Toledo. Vine a trabajar al hospital y cuando llevaba una semana tu tío se me acercó en una cafetería, empezamos a hablar y hasta ahora. Y lo mejor de todo es que él había llegado esa misma mañana, empezaba a trabajar al día siguiente.

—¿Qué fue, amor a primera vista, un flechazo? ¿Y de dónde eres?

—Soy de Linares, un pueblo de Jaén. Bueno, se puede decir que es una ciudad más que un pueblo, ¿lo conoces?

Le iba a responder cuando mi tío entró en la conversación.

—¿Sabes que tu tía es familia de Andrés Segovia? ¿No lo conoces? Fue el mejor guitarrista de todos los tiempos.

—¿Mejor que Paco de Lucía?

—Por supuesto que sí. Paco de Lucía es uno de los mejores del mundo, pero Andrés Segovia fue un virtuoso y es considerado por todos como el número uno.

—A ver, familia lo que se dice familia, no. Éramos primos lejanos, nada más. Somos del mismo pueblo y en los pueblos, ya se sabe, hay mucho parentesco —puntualizó mi tía.

—Sí, pero con lo grande que es el mundo que los dos seáis del mismo pueblo es una casualidad.
—respondió mi tío.

—La misma casualidad que una mujer de Jaén y un madrileño lleguen a Toledo y en una semana se conozcan y sigan juntos hasta ahora —les dije, con una sonrisa de oreja a oreja. Era una forma de transmitirles lo mucho que admiraba que siguieran juntos después de tantos años.

Ese día comí como un auténtico berraco, cada vez que vaciaba el plato, mi tía me insistía que cogiera más, que estaba muy delgado. Mientras, mi tío no paraba de llenarme la copa de vino. Creía que iba a explotar cuando llegó a la mesa una tarta de queso con fresas que tenía una pinta espectacular. Menos mal que estábamos en octubre, una digestión así en verano podría haber sido motivo de desmayo. Después del café, mi tío sacó una botella del orujo de Palencia y unos vasitos, decía que era lo mejor para dormir bien la siesta. Mi tía Elvira seguía con su menta poleo. La televisión estaba puesta, pero sin volumen, como siempre, era una distracción más que un medio para enterarse de las noticias. Estaban emitiendo un documental de los bombardeos de la OTAN sobre Belgrado, ya se habían cumplido diez años. Los tres mirábamos perplejos cómo se destruían puentes y edificios, era la ocasión ideal para preguntarle a mi tía sobre si Dios intervenía o no en el mundo. No podía hablarle sobre los accidentes de tráfico, tenía que ser más sutil.

—Tía, ¿vas todos los días a la iglesia?

—Hay días que no puedo, pero, sí, intento ir todos los días.

—Quiero hacerte una pregunta: ¿por qué Dios permite las guerras? O sea, ¿por qué mueren inocentes y no hace nada para evitarlo? No es necesario que me respondas si no quieres.

—Esa misma pregunta me la hice yo cuando era niña, por qué no impedía la maldad de los hombres. En catequesis de confirmación se lo pregunté al sacerdote y no te puedes imaginar lo que me contestó. Me dijo que, cuando se tiran misiles y se asesina a niños, no había que preocuparse por ellos porque desde ese momento ya estaban en el cielo con Jesús. Teníamos que rezar por los que tiran las bombas y los que se las venden para matar inocentes. Pero, para responder a tu pregunta, sinceramente no lo sé. Por una parte, supongo que Dios nos hizo libres para elegir entre el bien y el mal, entre la virtud y el pecado... Yo creo que permite la maldad de los hombres para que aparezca la bondad, la compasión y el verdadero amor. Pero, por otro lado, a veces creo en la Divina Providencia. No sabría qué decirte.

—¿Qué es la Divina Providencia? —Tenía una ligera noción, pero quería que mi tía me lo explicara con sus propias palabras.

—La Providencia Divina implica que todo ocurre según un plan divino, donde Dios tiene un proyecto para cada persona y para el mundo en general. No existe el azar, él nos guía.

—Entonces, las guerras, los accidentes, las enfermedades..., ¿forman parte de un plan de Dios?

—Si crees en la Divina Providencia, sí. Juan, todo lo que ocurre o no ocurre en el mundo es decisión de Dios. Supongo que a veces nos dejará tomar nuestras propias decisiones y otras veces no, no lo sé. Nosotros solo somos personas, no podemos pensar como él. Los caminos del Señor son inescrutables, no podemos comprenderlos.

Mi tía no pensaba exactamente igual que don Rafael, según ella a veces intervenía y a veces no. Aun así, no me sacó de dudas, Dios podía haber evitado el accidente de tráfico de mis padres o no, porque, según ella, los planes divinos no los conocemos ni comprendemos.

—Entonces, si tiene un propósito para cada persona, sabe de antemano quién irá al cielo y quién al infierno.

—No lo creo, todos somos libres de pecar o no, de hacer el bien o el mal. Te he dicho que a veces creo en la Providencia y otras veces no. No lo sé, Juan, vaya preguntas me haces. Esto se lo debes comentar a un sacerdote no a mí.

Mi tía Elvira se levantó y se fue al servicio. Tal vez no quería seguir la conversación o no sabía bien qué decirme. No había sido mi intención, pero creía que la había incomodado con mis preguntas. Mi tío me contemplaba con su maliciosa sonrisa, sus ojos decían algo así como: «Qué cabroncete es mi sobrino».

A mi tía le había preguntado muy en serio, pero a mi tío me apetecía vacilarle un rato.

—Tío, ¿crees en el infierno?

—¿Cómo dices?

—Te pregunto si crees en el cielo, el infierno y ese rollo.

—¡Vaya pregunta! No sé. De joven te habría dicho que no, pero ahora dudo de todo. No tengo ni idea de si la muerte es el final o no, si hay otra vida o no, ¡yo qué sé! Elvira está convencida de que sí, claro que ella es muy cristiana. Por si acaso yo le digo que rece también por mí.

—O sea, que dudas.

—Pues sí, pero tampoco me preocupa mucho, me da igual, lo que tenga que ser será. Cuando muera ya me enteraré. A ver, Juan, vamos a utilizar el sentido común, si hay vida después de la muerte, como dice tu tía, en ese caso supongo que habrá un cielo y un infierno. Lógicamente no irán al mismo sitio Hitler, Pol Pot y Truman que la madre Teresa de Calcuta.

—¿Truman? ¿Por qué Truman?

—Pues porque asesinó a un cuarto de millón de japoneses innecesariamente. ¿Qué os contaron en el colegio sobre las bombas atómicas?

—Que fue la única forma de que Japón se rindiera y que estaban dispuestos a resistir hasta el último hombre.

—No fue así, la guerra estaba prácticamente acabada, era cuestión de tiempo que Japón se rindiera. Truman podía decirles a los rusos que ya tenía la bomba atómica, pero, en vez de eso, prefirió tirarla para que lo vieran con sus propios ojos. Eso de que Japón iba a seguir luchando es solo propaganda, igual que cuando los americanos nos dicen en sus películas y documentales que ellos derrotaron a los nazis. Quien acabó con Alemania fue el Ejército Rojo, fue Rusia quien puso los millones de muertos, creo que unos veinticinco millones. ¿Cuántos yanquis murieron en Europa?

—Joder, tío, me dejás de piedra. Con lo proamericano que eras...

—Y lo soy. Estados Unidos es la cuna de la democracia, de la primera Constitución, de los derechos civiles, de la lucha contra las leyes injusticias. Es un gran país que ha iluminado al

mundo, pero cuando hacen algo mal hay que decirlo, no hay que justificarlo todo. No obstante, de los padres fundadores a lo que hay ahora va un abismo. ¿Sabes cómo nos quitaron Cuba y Puerto Rico?

—Y Filipinas y Guam.

—Sí, pero en Filipinas solo había filipinos, tarde o temprano serían independientes. Pero en Cuba y Puerto Rico había españoles. ¿Sabes lo que hicieron? Hundieron el acorazado Maine frente a La Habana para tener una excusa y declararnos la guerra. Dijeron que fue España, y hoy en día todavía no han pedido perdón. Claro que, si no lo han hecho a Japón, a nosotros con menos motivo. Con lo mucho que los ayudamos en su independencia y así nos lo pagaron un siglo después. Si Bernardo de Gálvez levantara la cabeza...

No me lo podía creer, ¡mi tío criticando a los Estados Unidos! Siempre me decía que era la tierra de la libertad, que cualquier persona inteligente y trabajadora podía triunfar, que se respetaba la propiedad privada y que el Estado no se inmiscuía en la vida de las personas y yo qué sé cuántas cosas más. Era el país que más admiraba en el mundo y ahora, a sus sesenta años, se había vuelto más raro que un perro verde.

Mi tía volvió al salón y empezó a recoger la mesa. Yo lo primero que hice fue disculparme por si la había puesto en un aprieto con mis preguntas, pero ella me dijo que no me preocupara y que sentía no poder responderme. Mientras la ayudaba a recoger los platos, mi tío se fue al sofá y en menos de medio minuto empezó a roncar. Era alucinante lo rápido que se dormía, siempre me decía que los funcionarios españoles eran los campeones mundiales de siesta, y llevaba razón. Metí los platos al lavavajillas y terminamos de recogerlo todo. Luego ella se fue a echar la siesta, decía que con tumbarse en la cama media hora era suficiente. Yo volví al salón con mi tío, no paraba de roncar, tenía la boca abierta y le caía algo de babilla por las comisuras de los labios. Qué feliz era, con sus manos en la barriga y los pies encima de la mesita.

Tras la siesta y el café nos fuimos los tres a dar una vuelta. Mi tío insistió en que debíamos ver algún monumento y yo no podía decirle que no. Lo menos que me apetecía era visitar edificios antiguos, pero no quería llevarle la contraria. Sería media hora viendo piedras, frescos, cuadros o cualquier otra gilipollez, pero pensé que era un sacrificio que hacía por ellos. Estuvieron hablando sobre la hora de cierre de la Sinagoga Mayor, de un museo visigodo y de una mezquita. Como no lo sabían, fuimos a lo que teníamos más cerca, la mezquita del Cristo de la Luz. Yo puse mi habitual cara de cuando me interesaba algo aunque estaba deseando que nos largáramos de allí, en cinco minutos ya lo había visto. Luego fuimos a una terraza a tomar unas cervezas con sus correspondientes tapas, pedí unos pinchos de tortilla para cenar, no quería que mi tía tuviera que liarse en la cocina cuando llegáramos.

Fui al servicio y aproveché la ocasión para acercarme a la barra y pagarlo todo, era la única forma de poder hacerlo. Mi tío se enfadó, pero me dio igual. Volvimos a las once de la noche y mi tía se fue directa a la cama, era la única que madrugaba, y nosotros nos quedamos en el salón viendo la tele. Hablaron de los partidos de la Copa del Rey que se habían jugado y sobre todo de los cuatro goles que le había metido el Alcorcón al Real Madrid el día anterior, pero el Atleti estaba tan mal en la Liga que ni siquiera mi tío se alegraba de los males ajenos. No tenía ganas de hablar del puto fútbol, cosa que yo agradecía.

—Juan, yo soy un bebedor social, solo bebo en los bares. Aquí en casa nunca, salvo cuando vienes tú, que abrimos una botellita de vino y tomamos algún que otro chupito. Hace unos meses me regalaron una botella de ginebra *premium*, ¿quieres que la abra y nos tomamos un *gin-tonic*? Creo que es Larios, ¿te apetece? —me preguntó, esperando una respuesta afirmativa.

—Un día de diario y a estas horas, pues no mucho, pero si quieres uno no voy a permitir que te lo tomes solo, tendré que acompañarte. —Puse cara de póker, pero en el fondo estaba deseando meterme un par de copas entre pecho y espalda.

—Perfecto, tónicas hay seguro y limón creo que también. Voy a prepararlos.

Cuando me acosté, repasé mentalmente lo que había comido y bebido durante el día. Mi tío era un auténtico vividor, pero no creía que pudiera seguir ese ritmo a diario, o sí, quién sabía. Lo cierto era que había sido un día fantástico, como todos los que pasaba con ellos en Toledo, a pesar de tener que ir a visitar de vez en cuando algún monumento. La habitación donde dormía era la más pequeña de la casa, pero era más grande que mi cuchitril. Tenía las paredes desnudas, sin cuadros, fotos, ni nada por el estilo. Solamente había una cama, unas sillas y una mesilla de noche con su correspondiente lamparita, parecía una celda de un monasterio, más austera no podía ser. Allí estaba en la gloria. Además, la cama era más grande que la mía, que no llegaba a un metro de ancho. La ventana daba a un patio de luces por el que no se colaba ni un ruido, los vecinos debían de ser tan respetuosos con todo el mundo como lo eran mis tíos.

Después de todo el ajetreo de ese día, debí de dormirme rápido. De madrugada, me desperté angustiado: había alguien en mi habitación, como si estuviera llena de gente. Estiré la mano buscando el interruptor de la lamparita y los pocos segundos que tardé en encontrarlo fueron muy agobiantes. Cuando por fin encendí la luz, puede ver que estaba solo y con la puerta cerrada. No comprendía nada, no sabía qué cojones me estaba pasando, pero eso no era normal. Lo único que me repetía en mi cabeza era que no podía caer en ningún juegucito de mi mente. Allí estaba solo y punto, seguramente estaba soñando y eso fue lo que me despertó. Hacía tiempo había leído que las personas soñamos siempre, aunque normalmente no recordamos los sueños al despertar. Apagué la luz y dormí plácidamente hasta las siete y diez de la mañana, cuando oí cerrarse la puerta, era mi tía Elvira que se iba a trabajar. Me levanté y dejé abierta la puerta de mi habitación. Desde la otra punta del piso se oían los ronquidos de mi tío.

A las nueve empecé a percibir todo tipo de ruidos imaginables: tosidos, estornudos, sillas, puertas, pisadas. Era mi tío. Al poco tiempo ya estábamos los dos en la cocina, sentados en la mesita con las magdalenas de mi tía y con un café recién hecho. Mi tío siempre había sido un sibarita, compraba café de Panamá. Yo pensaba que a España solo llegaba el café de Colombia o de Brasil, pero me dijo que en las tiendas *gourmet* tenían de cualquier país que se pudiera imaginar.

—¿Quieres que luego a las doce vayamos a tomar algo?

—Lo que tú quieras. Ahora que estás de baja, ¿sales todos los días?

—No, solo un par de días por semana. Claro que, cuando vienes tú, sí. No sé cuánto tiempo tardarás en volver.

—No te quejes, últimamente he venido cuatro o cinco veces.

—Solo tres. Bueno, da igual. Hoy vamos a ir a un bar donde preparan una chistorra de pueblo inigualable.

A la hora del ángelus ya estábamos allí, sentados en la terraza, al solecito, parecíamos dos turistas más. Llegué a pensar que casi conocía más bares en Toledo que en Madrid, mi tío había visitado la mayoría, desde luego.

—Qué bien se está aquí, al solecito, con una cervecita bien fría y esta chistorra que está riquísima. Esto es lo más parecido a hacer la fotosíntesis. Además, con la compañía de mi sobrino favorito. Fíjate en la gente que pasa por la calle, van deprisa a todos los sitios. Bueno, no todos, los turistas van despacio sacando fotos. Toledo es un museo al aire libre. Esto es vida...

—Sobre todo para ti, que eres funcionario y estás de baja.

—Juan, yo no puedo cambiar el sistema, es imposible. Lo que he de hacer es adaptarme al medio lo mejor posible, ya lo dijo Darwin.

—O sea, que eres una especie que evoluciona para evitar su extinción.

—Sí, así es. Hace veinticinco siglos un militar chino llamado Sun Tzu escribió *El arte de la guerra*. Dijo que había que aprovechar la fuerza del contrario, atacar sus puntos débiles y evitar sus fortalezas. Nuestro enemigo es el Estado y todos los contribuyentes tenemos que defendernos como podamos o sepamos.

—Pero, tío, ¿qué guerra tienes tú contra el Estado? Eres funcionario, no te puedes quejar.

—Claro, la mejor forma de que no me roben ni se aprovechen de mí es ser funcionario. El sistema es Goliat, es imposible luchar contra él, te aplastaría, tiene a la Agencia Tributaria como brazo armado. Hay que ser inteligente, te metes dentro y eres uno más viviendo de narices. Aquí en España hay muchos políticos, mucha burocracia y mucha corrupción, no se sabe qué fue lo primero, pero ya es tarde, está todo entrelazado.

—Joder, qué exagerado eres. Yo no me planteo nada de esto que dices.

—Piénsalo. Si quieres emprender un negocio, lárgate de España, porque aquí si te va mal te arruinas y si te va bien te van a sacar la sangre con los impuestos. Eso sí, poco a poco, no van a permitir que mueras desangrado, te mantendrán con un hilillo de vida para que no cierres. Ahora bien, si quieres vivir bien, haciendo lo justo y menos, ya sabes: hazte funcionario y a vivir que son dos días.

—Lo tendré en cuenta.

No tenía ninguna necesidad de llevarle la contraria. A su edad ya no iba a cambiar de opinión. Y a mí, sinceramente, me daba igual todo lo que me dijera.

—Juan, escúchame bien, España es un país fantástico lleno de gente trabajadora, inteligente y amable. El clima, la gastronomía, la fiesta, la forma de vivir... Lo tenemos todo. ¿Te imaginas si estuviera bien gobernado? Sería la bomba.

—Entonces está claro. Hay que irse fuera a ganar dinero y después volver a gastarlo aquí.

—Sí, así es. O te haces funcionario.

En ese momento me empezó a sonar el móvil, era la zorra de Marina, quería saber si había hablado con mi tío Fermín sobre el manuscrito. No le dije nada, solo que fuera a mi casa sobre

las ocho. Allí le diría cuatro cosas a la cara. Mi tío no podía oírla, pero a mí, sí. Ya sabía que iba a mandarla a la mierda porque se lo había dicho el día anterior, pero aun así no me preguntó nada. Se giró y se situó frente al sol, cerró los ojos y se recostó en la silla; por un momento pensé que era cierto eso de que hacía la fotosíntesis. Viéndole de perfil me daba cuenta de que efectivamente los dos teníamos la misma nariz, parecida a la de mi madre, pero más grande. «Si mi madre viviera seguramente estaría con nosotros tomándose una manzanilla y diciendo constantemente: “Joaquín, no digas esas cosas”». Mi tío era quien mejor la conocía, se crio con ella.

—Tío, ¿cómo era mi madre?

—¡Vaya preguntas me haces! No sé por dónde empezar, pero lo voy a intentar. Tu madre era un ángel, única, una mujer excepcional, era todo bondad. Nunca hizo nada mal en su vida, no hablaba ni mucho ni poco, solo lo justo y necesario. Jamás se comportó mal con nadie, además siempre estaba dispuesta a ayudar a quien lo necesitara. Cuando entraba en algún sitio era como si se iluminara el lugar, de ella brotaba una luz, un aura difícil de explicar, era su sola presencia. Pero ¿por qué me lo preguntas? Mejor que tú no lo sabe nadie.

—Ya lo sé, pero me gusta que me lo digas. He estado toda mi vida de un lado para otro, estudiando, trabajando y de juerga con los amiguetes y las chicas y, ahora que no está con nosotros, tengo la sensación de haber pasado poco tiempo con ella. Ojalá pudiera retroceder veinte años y hablar más con ella en vez de haberme dedicado a tantas gilipollices. Si viviera, la podría abrazar y besar más y decirle lo mucho que la quiero. Creía que iba a estar siempre a mi lado, que no me iba a dejar jamás. Me siento muy solo, tío, tengo una buena familia y unos buenos amigos, pero cuando estoy solo en casa me acuerdo siempre de mamá, veo sus cosas, su ropa, sus fotos... Todo me recuerda a ella.

—Te entiendo perfectamente, Juan, perder a una madre es muy duro. Cuando falleció la nuestra yo tenía ocho años y en ese momento creo que no era plenamente consciente de lo que significó en mi vida. Los años siguientes veía cómo a mis compañeros de clase los recogían sus madres a la salida del colegio y yo siempre tenía que volver solo a casa. Una vez se lo dije a tu madre y ella solo me preguntó que a qué hora salía; al día siguiente estaba allí, en la puerta, esperándome. A veces se levantaba a las cinco de la mañana para planchar o limpiar la casa antes de irse a estudiar. Nuestro padre se enfadaba mucho y le decía que no tenía que hacer nada, solamente estudiar, pero ella no le hacía caso, decía que podía hacer las dos cosas. Siempre fue muy madura y responsable para su edad, parecía que era una mujer adulta en el cuerpo de una jovencita.

—Cuanto más me hablas de mi madre, peor me siento por no haber pasado más tiempo con ella, pero ya no tiene remedio. Cuéntame más cosas.

—¿Sabes que no iba a llamarse María? Cuando fueron a bautizarla, tenían previsto llamarla Ana, como nuestra madre, como era tradición, pero cuando estaban con el cura delante de la pila bautismal ella dijo que había cambiado de opinión y que su hija no iba a llamarse Ana, sino María, ¿qué te parece?

—No lo sabía.

—Te voy a contar otra cosa. Cuando tus padres empezaron a salir, quedaban los domingos por la mañana a pasear por el retiro. Un día nuestro padre le dijo que no debía verse con un chico como él, porque era de una familia rica, de otra clase social y cosas de esas, que quizá lo único que

quería era acostarse con ella y luego si te he visto no me acuerdo. Y tu madre, después de aguantar la charla, le dijo una frase que nunca olvidaré: «Papá, confía en mí». Él no respondió, ¿sabes por qué? Pues porque en el fondo sabía que no tenía una hija normal, tenía una hija extraordinaria en todos los sentidos, es lo que ahora llaman los niños una *superwoman*. ¿Sigo?

—Sí, claro.

—Cuando se casaron allí estaba toda la familia y los amigos de tu padre. Había gente con mucho dinero, también condes, marqueses y algún que otro ministro. Y, por la otra parte, solo nosotros tres. Cuando tu madre entró en la iglesia vestida de novia, todos la miraban, unos para ver lo guapa que estaba y otros por desprecio, seguramente la consideraban una trepa que había camelado a un chico de buena familia. Ella sabía lo que decían a su espalda, pero no paraba de sonreír a todo el mundo y no tuvo ni un mal gesto ni un mal comentario hacia nadie. Estaba radiante, era de esas mujeres que llamaban la atención por su elegancia, su forma de andar, de moverse, por la luminosidad que emitían, no sabría describirlo, ¿me entiendes? Otro día te contaré más cosas de la boda, así vendrás más veces a vernos.

—No digas eso, últimamente estoy viniendo mucho. Solo dime una cosa, tío, ¿lo pasaste bien en la boda?

—Pues no, me aburrí bastante, no conocía a nadie, estaba desubicado. Lo mejor de todo fue que me dio el teléfono una chica francesa que era hija de un alto cargo de la embajada. Quedé con ella unas cuantas veces, era una chica fantástica. Imagínate cómo era esa España conservadora y ultracatólica, aún vivía Franco. Y yo liado con una francesita con ganas de juerga, qué tiempos aquellos.

—Cuánto me arrepiento de no haber pasado más tiempo con mamá...

—Juan, tengo que confesarte algo. Le he estado dando vueltas a lo que hablamos el otro día sobre mi familia y creo que hay algo que deberías saber. Cuando me preguntaste por mis padres no te mentí, pero no te conté toda la verdad. Todo lo que te dije es cierto excepto una cosa: mi padre sí me dijo de qué pueblo eran y por qué se fueron de allí. Verás, tu abuela se quedó embarazada cuando era muy joven y los paletos hijos de puta que allí vivían dijeron que había sido obra del demonio y que el bebé era hijo de Satanás. Piensa en la gentuza que había en ese valle, creyendo en supersticiones y brujerías. Las familias de mis padres no combatieron las infamias ni los defendieron, pensaban que con el tiempo la gente dejaría de murmurar. Tu abuelo cogió a tu abuela y le dijo: «Vámonos de aquí, que se queden con su ignorancia y su miseria». Los dos tenían veinte años y muy poco dinero, lo justo para coger un tren a Madrid. Conocieron a una mujer viuda que los acogió en su casa durante unos meses, eran otros tiempos, antes las personas se ayudaban entre ellas. Después nació tu madre. ¡Te lo puedes creer! Tu madre, que era un ángel enviado del cielo, y esos malnacidos decían que era hija de Satanás. Mis padres hicieron muy bien en largarse de allí, yo no sé si allí tenemos familia o no, pero si te digo la verdad no voy a ir a averiguarlo. Dicen que España es el primer mundo, pero te aseguro que hay comarcas que viven aun en la Edad Media.

—Tío, te aseguro que yo tampoco voy a ir. Mamá nunca me lo contó...

—Puede ser que no supiera la historia. Yo durante muchos años creí que no teníamos familia, pero a base de insistir mucho mi padre me lo dijo unos años antes de morir.

—No te voy a preguntar el nombre del pueblo, no quiero saberlo.

Mi tío estaba incómodo hablando de ello, se le notaba mucho. Se quedó un buen rato en silencio, tal vez recordando conversaciones con su padre. Yo a mi abuelo apenas le conocí, nos visitaba muy poco, no sabía por qué. De lo que sí me acordaba era de haber ido con mi madre a verle a su casa, en Aluche; para mí era como cambiar de país. Era un barrio donde había grafitis por todos los sitios y la gente hablaba en voz alta, creía que todos debían de estar sordos con tantas voces.

Tenía que cambiar de tema de conversación, así que le dije a mi tío que había que pedir otras cervezas. Hice una seña al camarero, que me entendió a la primera. Enseguida nos trajo dos copas bien frías y unos torreznos recién hechos, aún crepitaban. No me imaginaba lo que estaba pasando por la cabeza de mi tío, pero no decía ni una sola palabra. Suponía que con sesenta años se tendrían muchas vivencias que recordar. Tenía la mirada perdida y había que traerle otra vez al bar antes de que se le calentara la cerveza.

Le pregunté lo primero que se me ocurrió, aunque corría el peligro de tener que escuchar otro mitin de los suyos.

—Tío, ¿crees que España tiene arreglo?

—No, somos el país más corrupto de Europa.

—¿Más que Italia?

—Sí, mucho más. La diferencia es que allí hay algunos políticos corruptos, aquí la corrupción es sistémica. Además, los partidos conforman listas cerradas, todos saben que deben dejarse corromper porque si no en las siguientes elecciones nos los ponen en la lista y tendrían que buscar un trabajo de verdad. España está podrida hasta el tuétano.

—Pues habrá que acostumbrarse a ello...

En realidad, me daba igual la corrupción, el futuro de España y la madre que la parió, lo único que quería era conseguir que mi tío saliera de esa especie de trance en que se encontraba. Aun así, sabía que no me iba a librar del discurso liberal que me iba a soltar de un momento a otro.

—Juan, tenemos que darnos cuenta de algo importante: la corrupción es solo una parte de la podredumbre en que vivimos. El mundo siempre ha sido muy hostil para los hombres, los últimos cincuenta años son una anomalía en la historia de la humanidad. Me refiero al mundo desarrollado, claro está. Ya no hay que guerrear con el pueblo o el país vecino. No tenemos que preocuparnos por conseguir comida para el día siguiente. Cualquier indigente tendrá comida y medicamentos gratis toda su vida aunque no haya trabajado ni un solo día. Además, tenemos subsidios, pensiones y Seguridad Social. Esta sociedad nos hace débiles y dependientes del Estado, pero tarde o temprano este mundo colapsará, la sociedad del bienestar se irá por el sumidero. Yo quizás no lo vea, pero tú seguramente sí. Cuando llegue ese día la gente despertará abruptamente de un bonito sueño y se dará cuenta de que sus padres vivían mucho mejor que ellos. Voy al grano: hay que tener espíritu crítico, cuestionarlo todo lo que nos dicen los medios de comunicación. Dice el refrán: «Piensa mal y acertarás». Tienes que escuchar al que dicen que es muy malo, porque puede ser que se aprenda más de él que de cien buenos que se creen todo lo que les cuentan por la tele.

A las dos nos fuimos del bar. De camino a casa le dije que después de comer volvería a Madrid, ya que había quedado con Marina, aunque en realidad ese no era el motivo, simplemente prefería esas visitas cortas, con dos días era suficiente.

Mi tío me empezó a hablar de un sitio donde ponían una ventresca de atún insuperable, ya tenía un buen motivo para volver a Toledo dentro de un tiempo. Ese día no iba a haber ni botella de vino para comer ni chupitos de orujo con el café, porque tenía que conducir. Mi tía Elvira había comprado unos filetes de hígado de cordero que eran una delicatesen, separó dos para mí y los hizo vuelta y vuelta, crujientes por fuera y jugosos por dentro. Después de una sobremesa con pastelitos y café, me despedí de ellos y emprendí la vuelta, eran las cinco de la tarde. El lunes de la semana siguiente nos volveríamos a ver en Madrid, iban a ir a la misa en memoria de mis padres, se cumplía justo un año de ese fatídico 2 de noviembre, día de ánimas.

Antes de las seis ya estaba en casa, saqué las cuatro cosas que llevaba en la mochila, me duché y fui al salón, aún quedaba tiempo hasta que viniera mi zorra favorita. Volví a coger la foto de mis padres del salón y, cuanto más la observaba, más extraña me parecía, como si fuera la primera vez en mi vida que la veía. Llevaba allí muchos años y jamás me había percatado de ella, mi padre estaba sonriendo y mi madre seria, tal vez fuera la única foto en la que tenía esa mirada, parecía que me iba a echar la bronca de un momento a otro. Dejé el marco en su sitio y seguí con el libro *El camino*. Era comprensible que a mi padre le gustara tanto, Delibes tenía muy buena pluma. «Probablemente más de un autor actual se dejaría cortar una pierna por escribir la mitad de bien que él», pensé. Me estaba engancho a las aventuras de Daniel, el Mochuelo; Roque, el Moñigo, y Germán el Tiñoso, pero tenía que dejarlo, iban a ser las ocho y Marina era muy puntual.

A las ocho y cinco llamó al telefonillo. Nada más llegar, la abracé y la empecé a besar. Ella se reía y me decía lo impaciente que era y lo mucho que se alegraba de que la echara tanto de menos. Se quitó la chaqueta, dejó sus cosas y fuimos a la habitación de Mateo, ni siquiera tuvo la intención de ir a la cama de mis padres. Me subí encima de ella y la penetré. Sentía una mezcla de tristeza y rabia. Era consciente de que la estaba follando por última vez en mi vida. Me acordaba de todos los buenos ratos que habíamos pasado juntos, de cuando íbamos al cine, a conciertos o a cenar como cualquier pareja de enamorados que se planteaba el futuro juntos. «Hasta que la muerte os separe», como decían los curas, o envejecer juntos, como decían los cursis. Con lo bonito que podía haber sido y cómo la muy zorra lo había tirado todo por la borda. Lo que jamás sabría era qué habría pasado si Marina me hubiese confesado su traición; tal vez la hubiera perdonado, o no, en realidad eso ya daba igual. Lo que tenía muy claro era que, cinco minutos después de eyacular, iba a cortar con ella, el tiempo que tardara en vestirme.

De todas las chicas con las que me he acostado, solo había amado a una: a ella. Una vez, cuando era un crío, le dije a Graciela que ella era el amor de mi vida y me respondió: «Tú no estás enamorado, estás encoñado; puedes querer a tu familia y a tus amigos, pero el amor es otra cosa, te puede llegar o no, hay gente que muere sin saber lo que es». Pues a mí me llegó y fue Marina. Ella siempre llegaba al orgasmo antes que yo, pero esa vez intenté que no fuera así, no pensé en las pinturas negras de Goya, ni en los conciertos a los que iba a ir, ni en nada de nada, quería acabar cuanto antes para decirle la verdad, la verdad que no quiso contarme y yo sabía gracias a Dani.

Y llegó el momento.

—Marina, vístete y vamos al salón, tengo que hablar contigo.

—Dímelo aquí.

—No, mejor en el salón, es importante.

Se vistió y fue enseguida, yo tardé un poco más. Antes tuve que ir a la habitación de mis padres y anotar en la libreta: *Jueves, 29 de octubre de 2009, 40 euros*. Cuando llegué estaba sentada en el sofá con su carita de no haber roto nunca un plato. Encendí la lámpara grande, quería ver bien la cara que iba a poner cuando la mandara a su puta casa.

—Marina, no te voy a dar el manuscrito.

—¿Tu tío no te ha dado permiso?

—No, no es eso, por mi tío no hay problema. Soy yo, bueno, en realidad, nosotros. Lo nuestro se ha acabado, han sido dos años fantásticos, pero todo tiene un principio y un final, y nuestro final está aquí y ahora.

—Pero ¿por qué? Juan, ¿por qué? —Rápidamente se le humedecieron los ojos y empezó a gimotear.

—Sé que me estás engañando con otro —le dije mirándola fijamente.

—Eso es mentira, Juan, jamás te he engañado con otro.

—El día que me despidieron fue el viernes 2 de octubre. Tú abrazaste y besaste a un tipo a la entrada de un portal y entraste en el edificio con él, en Vallecas, cerca de la avenida de la Albufera. Después, cuando te llamé por teléfono me dijiste que estabas en la facultad. ¿Me lo vas a negar?

—Fue un beso inocente, es un amigo de mi familia de toda la vida. Su madre está muy enferma y fui a visitarla. No pasó absolutamente nada, tienes que creerme, Juan. Desde que estoy contigo no ha existido nadie más para mí.

Estaba sollozando. Por un momento me entraron las dudas, pero la conocía lo suficiente como para saber si mentía o no. Quizás llevara razón, pero me daba igual, se besó con un tipejo y eso bastaba. Dani me dijo que se besaron, no que fuera un beso inocente. Además, podía ser que me estuviera mintiendo y no hubiera ninguna enferma en esa casa. Lo cierto era que me había engañado, esa tarde no estaba en la facultad, sino en un piso de Vallecas.

—No hay vuelta atrás. Hemos terminado —respondí tajantemente.

—Juan, te estoy diciendo la verdad, eso fue lo que pasó. Me acusas de engañarte, ¿y tú? ¿Quieres que te hable de las chicas con las que has estado tú este tiempo? La rubia esa que era dependienta de Zara, una amiga de la hermana de Diego... Esas que yo sepa, que seguramente habrá más. Y yo todo este tiempo he estado callada y no te he dicho nada porque te quiero. Esperaba que con el tiempo cambiaras y solo tuvieras ojos para mí. ¡Qué idiota he sido!

Sacó un pañuelo del bolso y comenzó a secarse los ojos. Su rostro cambió de la tristeza al enfado en un momento. Yo no le respondí, lo que tenía que decir ya lo había dicho. Con la rubia de Zara no había habido nada, pero que pensara lo que quisiera, me daba igual.

—Juan, contéstame a una pregunta. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde esa misma tarde. Un amigo te vio y me llamó al instante.

—Entonces, todo este tiempo lo sabías ¡y has seguido acostándote conmigo! Y hoy, primero me follas ¡y luego me dices que cortamos! Me has utilizado. ¡Eres un hijo de puta! Me has tratado como a una mujer objeto.

—Sí, efectivamente, así es. Eres una chica muy lista.

—Y tú un hijo de puta, espero no verte jamás. —Se levantó y empezó a coger sus cosas.

—Coje tu bolsito de mierda, tu chaquetita de mierda y vete a tu puta casa. Adiós, Marina, cierra la puerta al salir. Hasta nunca.

Cerró dando un portazo. Y yo me sentí muy bien, liberado. Realmente me daba igual lo que pensara Marina o cómo se sintiera. La había mandado a la mierda y me había quedado más ancho que largo. Suponía que el disgusto le duraría hasta que llamara por teléfono a otro tipo. ¡Y la muy zorra quería que fuera esas navidades a Badajoz a conocer a su familia! Prefería quedarme solo en Madrid antes que pasar un solo segundo más con ella. ¡Qué inocente! Se creía Afrodita, más lista y más guapa que ninguna, pero no contaba con mi dios Helios particular, mi colega Dani. Claro que yo no era Hefesto, a mí siempre se me habían dado muy bien las chicas, y sobre todo las zorritas como ella.

Me quedé en el sofá un buen rato, me estremecía de gusto recordando la cara de Marina al cortar con ella, sus lagrimones, sus gimoteos... Estaba eufórico. Se dice que la venganza es un plato que se sirve frío, y estaba completamente de acuerdo. Si me hubiera dejado llevar por las tripas, el día que la vio Dani habría puesto el punto final a nuestra relación, pero así ella sabía que durante casi un mes había estado fingiendo que la quería como el primer día. Y lo mejor de todo: la había usado como a una mujer objeto.

Ese día estuve viendo la tele un buen rato y me acosté tarde, era casi la una. Pusieron una película que no era gran cosa, pero estaba entretenida. Cuando me fui a la cama estaba muy cansado por el viaje de vuelta a Madrid y el ajeteo con Marina, ajeteo en todos los sentidos. Nada más meterme en la cama me debí de quedar dormido muy rápido. A punto de amanecer, cuando el cielo empezaba a clarear, tuve un sueño, un sueño distinto a otros, uno del que me acordaba de todo, de absolutamente todo. Yo iba volando sobre una pradera verde, inmensa y con el césped húmedo y fresco. El cielo no era azul ni había nubes, era blanco, un blanco intenso que brillaba, pero no cegaba. A lo lejos empecé a ver a mucha gente, todos llevaban túnicas blancas hasta las rodillas e iban descalzos. No había ancianos ni niños, eran todos hombres y mujeres de unos cuarenta años. Estaban en grupos, hablando y riendo entre ellos, era todo alegría y felicidad. Según pasaba sobre ellos veía sus caras, había blancos, negros, indios, asiáticos..., de todas las razas. Y llegó un momento en que me paré, estaba justo encima de un grupo de siete personas y pude ver sus rostros, mi vista los recorrió uno a uno. A los cinco primeros no los conocía, pero cuando llegué al sexto vi al misionero, su cara irradiaba alegría y bondad. En ese momento me desperté.

Era la primera vez en mi vida que tenía un sueño y lo recordaba íntegramente. Eran las ocho y cuarto y ya no pude dormir. En mi mente solo estaba el nítido sueño que había tenido y sobre todo la imagen del misionero. Tenía la cara rejuvenecida, sin arrugas, pero sin duda era él. Esa fue la primera vez que tuve un gran sentimiento de culpa, algo no comparable a ninguna otra circunstancia en mi vida. Cuando era pequeño y hacía alguna trastada, solo sabía que estaba mal

si me regañaba mi madre. Aquello era distinto, no tenía que decírmelo nadie, sabía que había matado a un hombre bueno. Lo de dormir con la conciencia tranquila adquirió todo el significado. Mi cabeza me decía que me había convertido en un monstruo, que había hecho algo horrible y sin justificación ninguna. Me sentí realmente mal, muy mal, pero ya era tarde, no se podía volver atrás. Tenía que cargar con ello toda mi vida, solo pensaba en el dicho «El tiempo lo cura todo». Me intentaba consolar pensando que al cabo de unos días o unas semanas ya no me acordaría de su cara; pero era inútil, tenía su foto incrustada en mi mente, y con solo cerrar los ojos veía su imagen.

A las nueve me levanté. Después de desayunar fui a dar un paseo, necesitaba estirar las piernas y que me diera el aire, cualquier cosa antes que estar en casa pensando en ese maldito pinar. Empecé a andar sin rumbo fijo, pero enseguida me acordé del bar donde había tomado café hacía unos días y, sobre todo, de Raquel, ¡cómo olvidar esas tetas y ese culito, era imposible! Ahora que había roto con Marina no había que cerrar ninguna puerta. Tenía que sembrar con la tal Raquel porque, quién sabía, tal vez algún día llegara la cosecha. En ese momento solo tenía a Ana, suponiendo que me volviera a llamar, y quizás a Mila, con una alta probabilidad de que sucumbiera a mis encantos.

También pensé que tenía que ir a la tienda de Zara para ver a la rubia y saber qué tal estaba, siempre era muy simpática conmigo. Nada más entrar, la camarera me vio y miró para otro lado, se quería hacer la interesante, la niñaata. Yo fui directamente a la barra y me senté, como era mi costumbre, en un taburete delante del lavavajillas. Pedí el café y esperé pacientemente a que fuera a meter o sacar alguna cesta de vasos. Ese día llevaba una blusa con pocos botones abrochados. Se acercó al lavavajillas y cuando se agachó le pude ver hasta el ombligo. En ese momento levantó la mirada y me cazó de lleno, era más lista que el hambre. Y no se enfadó, solo me sonrió. Comenzamos a hablar y me empezó a contar su vida sin haberle preguntado nada. Resultaba que no era tan jovencita, tenía veintitrés años y estaba en cuarto de Matemáticas. No paraba de tocarse el pelo y colocarse la coleta una y otra vez, como Mila. Estaba convencido de que tenía muchas probabilidades de follármela, era cuestión de tiempo. Después de enterarme de su horario me despedí amablemente de ella y me fui. Sabía que no me iba a costar mucho encontrar a otra niñaata como Marina y, efectivamente, así era.

Según volvía a casa me acordé de cuando Hilaria me decía que disfrutara ahora que era joven, que la vida pasaba muy rápido. Compré una barra de pan y decidí ir al Retiro a tomar el solecito un rato.

CAPÍTULO 9

Tardé algo más de media hora en llegar al Retiro y fui directo al estanque. Me senté en el mismo banco de la otra vez, que por suerte estaba libre. Cerré los ojos y estiré los brazos sobre el respaldo. Se estaba muy bien allí, con el sol en la cara, el frescor del agua y una ligera brisa que se había levantado. Además, apenas se oían los pájaros, nada comparable a la escandalera que formaban al amanecer. Estaba en la gloria, pero, al igual que el otro día, algo me hizo abrir los ojos y mirar a la derecha. Era don Rafael y venía hacia mí.

—Hola, Juan, ¿puedo sentarme?

—Sí, claro. ¡Qué casualidad! Nos vemos otra vez en el mismo sitio.

—De casualidad nada, vengo todas las mañanas por aquí. Lo raro es que vengas tú.

—Sí, es verdad, llevaba mucho tiempo sin venir y los dos días hemos coincidido.

En ese momento se produjo un incómodo silencio, yo no sabía qué decirle y, además, esa mañana tenía pocas ganas de hablar. No obstante, conociéndole, no creía que tardara mucho en hablarme, y así fue.

—Juan, no quiero ser pesado, pero si necesitas algo dímelo. La obligación de los sacerdotes es evitar que los hombres se alejen de Jesús. Y en esta época es complicado con tanto materialismo e individualismo.

—Yo no me he alejado de Dios, simplemente no cumplo el catecismo al pie de la letra. Ser cristiano es muy difícil.

—¿Difícil? ¿Por qué lo dices?

—Pues por ejemplo lo de poner la otra mejilla. Hace unas semanas coincidí con Carmelo, un compañero del instituto, en el centro de salud. No paraba de mirarme para saludarme y yo pasé de él. Hace tiempo le vi en la calle Rufino Blanco y el gilipollas miró para otro lado.

—Lo de poner la otra mejilla significa que no hay que ser rencoroso ni vengativo, hay que perdonar. Si una persona te menosprecia no tienes que volver otra vez para que te haga lo mismo. Tienes que seguir tu vida y ella la suya, pero sin desearle ningún mal. Verás, Juan, cuando yo era adolescente tuve un compañero de clase que me hizo mucho daño. Hablaba mal de mí como lo hacen los cobardes, por la espalda, nunca de frente. Yo lo sabía, pero no quise decirle nada, prefería ignorarle. Años después le vi en una juguetería y fui a saludarle. Él se quedó helado, debió de pensar: «Con lo mal que me porté con este y aun así viene a saludarme». ¿Y sabes por qué lo hice? Fue una forma de decirle: «Sé lo que hiciste y te perdono». Mi reacción no fue ni mejor ni peor que la tuya, lo importante es perdonar y no ser rencoroso. Lo de saludar o no es lo de menos.

Según me habló de venganza y rencor me acordé de Marina. ¿Se suponía que para ser un buen cristiano la tenía que haber perdonado? ¿Tendría que haber olvidado su infidelidad y no guardarle rencor? Definitivamente, eso de poner la otra mejilla no iba conmigo. Era mejor el «ojo por ojo y diente por diente» del Antiguo Testamento. Hacía pocas horas que había cortado con ella y tenía el convencimiento de que le había dado una lección que no olvidaría jamás. Don Rafael hablaba mucho, pero su tono era distinto, ya no regañaba ni me soltaba sermones, simplemente conversábamos. Llegó el momento de vacilarle un poco.

—Don Rafael, ayer corté con mi novia. He estado dos años y tres meses con ella, pero se acabó. No era la mujer de mi vida y creo que es mejor dejarlo ahora que más adelante, ¿verdad?

—Juan, soy un sacerdote, yo no entiendo de mujeres. Pero supongo que es mejor llegar a esa conclusión ahora y no después de casaros. Te aseguro que no tendrás problemas en buscarte otra novieta, pero espero que sea del barrio. Por la parroquia van chicas muy majas, no te vayas fuera a buscarla, ¿eh?

—¿Por qué dice que no tendré problemas en buscarme otra?

—Pues porque te conozco, en realidad os conozco a todos. Llevo veinticinco años en la parroquia y entre los tres sacerdotes hemos bautizado, dado la primera comunión y confirmado a cientos de chavales. Y me tocó a mí dar la catequesis al grupo de vuestra edad. Te puedo hacer una radiografía de cada uno de vosotros y seguro que me equivoco bien poco. ¿Quieres oírlo? —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja, solamente esperaba a que mi respuesta fuera afirmativa.

—Sí, sí, claro. Por supuesto.

—Ataúlfo y Jorge siempre estaban detrás de las chicas, se creían irresistibles. Uno porque tiene tanto dinero que cree que en esta vida todo tiene un precio, y seguramente en parte lleve razón. Es de esas personas que, aunque quisiera arruinarse, no lo conseguiría. Cree que todas las mujeres se mueven por dinero y está muy equivocado. Jorge, sin embargo, piensa que es un Adonis, que tener buena planta e ir al gimnasio a hacer musculitos hace que todas vayan detrás de él. Pero lo cierto es que todas, o la mayoría, estaban detrás de ti. Si yo me daba cuenta, supongo que tú también.

—Pues sí, he de reconocer que siempre se me han dado bien las chicas y muchas veces no he tenido que mover un dedo, han venido ellas solitas a mí, como las moscas a la miel.

—No lo estropees, no seas arrogante. Voy a seguir. Felipe es un chaval indeciso, lleno de dudas, puede cambiar de opinión varias veces al cabo del día. Es muy inseguro y siempre pregunta mucho antes de tomar cualquier decisión. Diego es la generosidad hecha persona, es muy bruto e hiriente hablando, pero por dentro es un pedazo de pan, si alguno de vosotros necesitara ayuda, él sería el primero en llegar. Rodrigo es probablemente el más inteligente de todos, es muy observador y habla poco, estoy convencido de que va a ser un empresario de éxito. Y Dani es una de las mejores personas que he conocido en mis cincuenta y dos años de vida, creo que es un santo que no ha recibido la llamada del Señor, siempre pensé que ingresaría en el seminario, pero ya ves, me equivoqué. ¿Os conozco o no? ¿Qué te parece?

—Pues a grandes rasgos, sí. Yo añadiría que, aunque probablemente Diego fuera el primero en ayudar, los demás tardaríamos poco en llegar. Porque, aunque todos somos distintos, en el fondo somos buena gente. ¿Y de mí? ¿Qué piensa de mí?

—No lo sé, Juan. Siempre me has tenido desconcertado, no sabía si ibas o venías. A veces pensaba que eras alguien solidario con el prójimo y otras veces que eras un témpano de hielo ante el sufrimiento ajeno. Unas veces el doctor Jekyll y otras veces míster Hyde, te soy totalmente sincero. Espero que tú me lo digas.

—Pues soy un tío normal, como todos.

—No, normal no eres. Tu edad mental siempre ha sido superior a tu edad física. Con doce años aparentabas tener quince y con quince parecía que tuvieras veinte. Siempre has sido muy maduro en relación con tu edad.

—Pues si quiere saber quién soy, se lo voy a decir ahora mismo. ¿Está preparado? Soy un hijo no deseado, fruto del calentón de mis padres una tarde de verano. Y gracias a que eran cristianos estoy aquí ahora mismo, porque si hubieran sido ateos mi madre habría abortado. He crecido con dos hermanos superdotados que han sacado matrículas de honor y sobresalientes toda su puta vida, mientras yo siempre suspendía Matemáticas y Física. Como tienen diez años más que yo nunca han jugado conmigo a nada, ni al ajedrez, ni al parchís, ni a las cartas, ni a nada de nada, para ellos yo era como una mascota que estaba por casa, como un perro o un gato, nunca me hacían caso. Desde que fallecieron mis padres no han venido a casa ni una sola vez, ni me han llamado por teléfono para saber qué tal estoy, les importa un carajo si estoy triste o no, si lo estoy pasando mal o no, les da igual. Solo los veo cuando voy a su casa al cumpleaños de algún sobrino y nada más. —Respiré hondo y continué—: Para mi padre yo era una anomalía, no se explicaba cómo podía tener un hijo que suspendiera en el colegio. Incluso llegó a pensar que tenía un bajo coeficiente intelectual, o sea, que era deficiente. Cuando hablaba de sus hijos parecía que solo tenía dos, decía que iban a ser ingenieros de caminos, como él. De mí, ni una palabra, ni una puta y jodida palabra. Aun así, no debo hablar mal de él porque sé que en el fondo me quiso mucho aunque me lo demostrara poco. Pero a pesar de todo he tenido suerte, mucha suerte, tuve a la mejor madre del mundo. De los miles de millones de mujeres que hay en este jodido planeta, a mí me tocó la mejor. Más de una vez he pensado que yo era la persona más importante para ella, más que mi padre o los moñas de mis hermanos. Este último año ha sido muy duro para mí, pensaba que con el tiempo el vacío que siento iría a menos, pero no es así. Cuando veo el sufrimiento de la gente me da igual, no me importa nada, no tengo lástima por nadie porque nadie sabe lo que yo siento por no tener a mi madre junto a mí.

—Es la primera vez que te oigo hablar así. Te he visto crecer y nunca has sido tan sincero como hasta ahora.

—Cuando veo en la tele guerras, hambrunas, epidemias, ¿usted cree que me importa algo? Me da igual, todos llevamos nuestra cruz, se dice así, ¿verdad? Si a mí nadie me ha ayudado, ¿cómo quiere que yo ayude a los demás?

—Si tan mal lo has pasado, ¿por qué no lo has dicho? Cuando nos veíamos y te preguntaba, tú siempre me decías que estabas bien. Todo el sufrimiento que llevas te lo has guardado y eso no es bueno, te va carcomiendo por dentro. Si pides consuelo a Dios a través de la oración, él te lo da. Jesús nos dijo: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá». Si tienes fe, él nunca te va a abandonar.

—Tal vez sea ese el problema, que he perdido la fe.

—Voy a empezar a rezar por ti, igual te has alejado de Dios, pero él siempre te va a esperar. Solo te voy a pedir una cosa, cuando lo notes cerca de ti, no lo rechaces. Juan, creo que deberíamos hablar más a menudo, ven a verme a la iglesia cuando quieras. Yo te ayudaré en todo lo que me pidas.

—Sí. Ya me pasaré algún día.

Se produjo otro incómodo silencio, sabía que no tenía que abrir la boca, ya que don Rafael me iba a hablar de un momento a otro. Con él era con la única persona con quien me había mostrado con total sinceridad. «Es lo que tienen los curas, están acostumbrados al secreto de confesión y cuando les dices algo son como tumbas, no lo cuentan a nadie», pensé. Me había expresado con una gran crudeza, pero era la verdad, no quería mentir, y menos a un sacerdote. Solté por la boca lo que jamás creí que iba a decir, era la primera vez en mi vida que hablaba así de mi padre y mis hermanos. Don Rafael tenía que saber que, aunque pareciéramos la familia perfecta, no era así, ahí dentro había un niño que se sentía un farsante.

Después de un cuarto de hora, por fin se decidió a hablarme.

—La vida a veces es cruel, hay que sortear pruebas y adversidades que van apareciendo con los años. Ya sea por mentalidad o por carácter, cada persona las afronta de distinta manera, pero la oración nos ayuda a todos. Esta vida es un tránsito y es aquí donde debemos ganarnos la oportunidad que nos ofrece Jesús de estar eternamente con él, ya que por todos nuestros actos y decisiones seremos juzgados.

—¿Todos seremos juzgados? ¿Los curas también?

—Sí, todos. Y los reyes, los gobernantes, los ricos, los jueces..., todos. Imagina que un niño de doce años es asesinado. La obligación de un policía es investigar el delito, detener a los asesinos y ponerlos a disposición de la justicia. Ahora bien, ¿qué pasaría si ese policía mirara para otro lado y no quisiera investigar nada? Probablemente no le pase nada en esta vida, pero ¿y cuando llegue el día de su juicio?, ¿qué excusa pondrá por no haber cumplido con su obligación? Verá en lo alto al niño en el seno de Abraham y entre ellos habrá un abismo insuperable. De igual modo, un juez que dicta una sentencia en contra de su conciencia también tendrá que responder por ello. Ya sea un juez de primera o de última instancia, ante Dios todos responderemos de igual modo. ¿Qué dirá en su defensa? Con esto te quiero decir que todo lo que hagas o no hagas en esta vida tiene consecuencias. Juan, hay algo que deberías saber: Dios lo sabe todo de ti, sabe lo que haces, lo que piensas y lo que has hecho y harás. Lo sabe absolutamente todo de ti porque te conoce antes de que hubieras sido engendrado. Él es el dueño del tiempo y el espacio porque él los creó. En el principio solo estaba Dios, él creó la primera luz y si no existiera no habría nada, ni siquiera existiría la nada. Nuestro tránsito en carne mortal solo tiene un objetivo, que es ganarse la vida la eterna. Y lo mejor de todo es que sabemos cómo se llega, Nuestro Señor Jesucristo nos lo dijo hace dos mil años.

No entendía por qué me había empezado a hablar de que todos seríamos juzgados y que tendríamos que dar cuenta por nuestros actos. Tal vez quería que fuera más a menudo a ver a mis hermanos o que sintiera compasión con las personas que sufrían, o tal vez me estaba insinuando que debía ir a la parroquia a ayudarlos a repartir comida y ropa a los más necesitados. Tenía veinticinco años, con esa edad la muerte se veía muy lejos, me quedaba toda una vida para hacer cosas buenas y malas. ¿Cómo podía hablarme de esas cosas? Suponía que a los ancianos que estaban en las últimas les daría la extrema unción y les diría que se arrepintieran de sus pecados, pero ¿a mí?

—Don Rafael, lo tendré en cuenta, aunque aún me quedan muchos años de vida, solo tengo veinticinco.

—No, Juan. No sabes los años, días o minutos que te quedan de vida. Hay que estar preparados, como las cinco jóvenes prudentes del Evangelio, siempre hay que tener aceite en las lámparas. La vida es impredecible, nunca sabes lo que te va a pasar a la vuelta de la esquina, o al día siguiente, o en cualquier momento... Cuando crees que tu vida es monótona y normal, puede aparecer algo imprevisto, inesperado. Un día cualquiera vas a comprar al mercado y un loco esquizofrénico que ese día no ha tomado su medicación sale a la calle con un cuchillo. Y ese día concreto, en ese momento concreto, sales de la frutería y te lo encuentras de frente. No quiero alarmarte, pero quiero que entiendas que todo, absolutamente todo, puede ocurrir.

Era muy extraño que me hablara de salir de casa y cruzarte con un loco con un cuchillo. Era como si alguien le dijera al oído: «Dile a Juan que matar está mal, que un día vas a buscar setas y te encuentras con alguien que te asesina». ¡Qué casualidad! Podía haber puesto otro ejemplo, como que te da un infarto de miocardio, te atropella un coche, te cae un tiesto en la cabeza o cualquier otra cosa. Pero ¿un tipo con un cuchillo? ¡Vaya puta y jodida casualidad!

—Espero no encontrarme nunca con un loco que quiera clavarme un cuchillo —repliqué.

—Ojalá nadie saliera de su casa con un cuchillo, pero por desgracia hay personas malvadas en este mundo —me contestó muy tajante y mirándome fijamente a los ojos, como si quisiera decirme algo.

Yo no le respondí, pero esa forma de hablarme me inquietó, incluso viniendo de un cura. Yo le conocía de siempre y era como si quisiera decirme algo sin atreverse a pronunciarlo. Me puse las gafas de sol y me recosté más en el banco. Don Rafael cambió de tema y me empezó a hablar de los grandes clásicos del cine. Me dijo que antes se hacían mejores películas que ahora, y demás gilipollices. Pasado un buen rato, se fue, no sin antes insistir en que debía pasarme más por la iglesia para seguir hablando con él.

Estuve en el parque hasta casi las dos, se estaba muy bien allí, pero empecé a tener hambre. Nada más comer, me fui al salón con un café a ver un rato la tele. Me llamó Felipe para decirme que habían quedado en su casa para jugar con la consola. Él sabía de sobra que a mí no me gustaban los videojuegos, pero me insistió para que fuera a tomar unas cervezas. Le dije que no iba a ir, que quería estar en casa toda la tarde. No tenía ganas de hablar con nadie, había tenido una semana ajetreada con Ana, Marina, mis tíos y, sobre todo, con don Rafael. Igual me estaba volviendo un tipo solitario y antisocial, pero estaba acostumbrado a estar solo y a no hablar nada durante horas, y últimamente incluso durante días. Había pasado muchas tardes de mi vida viendo la tele solo en el salón mientras mis padres estaban en su estudio y los moños de mis hermanos estudiando, no era algo nuevo para mí.

Cuando acabé el café cogí otra vez el libro *El camino* y estuve leyendo un buen rato. Lo dejé justo cuando murió Germán, el Tiñoso. Era una novela en la que no había asesinos, ni policías, ni gánsteres, ni detectives, pero su lectura me enganchara. Mi padre me dijo en una ocasión que Delibes había escrito veinte novelas, aparte de ensayos y demás libros. Ya tenía material para leer los próximos años.

Esa noche me acosté pronto y dormí plácidamente hasta que me vino el sueño del día anterior, el mismo y extraño sueño. Yo iba volando por la pradera y al fondo empecé a ver mucha gente, cientos o miles de personas. Todo era igual, me paré en el mismo grupo de siete personas, estaban hablando y riendo. Mi vista volvió a recorrer uno a uno sus rostros y, cuando llegó al

sexto, observé nítidamente al misionero, pero esta vez no me desperté. Y, como si fuera el movimiento de una cámara de cine, pude ver a la séptima persona que allí estaba: mi madre. Entonces sí me desperté, estaba sudando, tenía el pulso acelerado. Era un sueño tan real que habría podido describirlo con todo tipo de detalles. No era mi madre con los sesenta y cuatro años que tenía cuando falleció, era mi madre con cuarenta y pocos años, sin una sola arruga en la cara, era tal cual la recordaba cuando era pequeño. Miré el reloj, eran las siete y media de la mañana. Mi madre y el misionero estaban juntos hablando, felices y alegres. Dos seres de luz que habían tenido un trágico final. Había matado a un hombre para vengar la absurda muerte de mis padres y lo que había conseguido era acabar con un misionero bondadoso sin ningún motivo, solo para descargar la rabia que llevaba dentro.

El sentimiento de culpa fue en aumento, quizás no pudiera librarme de ello el resto de mi vida. Dudaba si alguna vez lograría olvidar su cara, incluso su voz. Me acordé de la breve conversación que tuve con él en el pinar antes de asesinarlo. Empecé a notar un molesto ardor en el estómago, lo que me estaba pasando no era normal. Intenté tranquilizarme y pensar que había tenido un sueño, nada más, pero aun así no pude volver a dormir. Me levanté sobre las ocho, desayuné y fui al salón. Del remordimiento pasé a la tristeza. «Si hubiera otra vida y mamá hubiera visto lo que hice, ¿me seguiría queriendo o renegaría de mí? Si la única persona que me ha querido en esta puta vida me rechazara, ¿qué sería de mí?», pensé.

Me quedé dormido en el sofá y sobre la una un ruido me despertó. Alguien estaba en casa, me levanté y fui a la cocina.

—Hilaria, hoy es sábado, ¿qué haces aquí?

—He terminado de limpiar en un piso al que voy aquí cerca. Y, ya que estaba en el barrio, me he pasado para ver qué te queda de comida y lo que debo comprar para el lunes. Veo que aún tienes varios táperes. Deberías comer más, te estás quedando muy delgado.

—He estado un par de días en Toledo con mis tíos, por eso aún queda bastante comida.

—Toledo es una ciudad con mucha historia, ¿sabes que allí nació La Garduña?

—Sí, algo me dijo mi tío.

—Voy a comprar carne de ternera y el lunes te preparo una carrillada en salsa. Últimamente me sale bastante bien.

—Hilaria, ¿hay algún plato que te salga mal?

—Muy pocos. —Cerró la puerta del congelador y me miró fijamente, como solo sabía mirar ella, con esos penetrantes ojos azules que eran imposibles de olvidar—. Verás, Juan, ya que estamos hablando de cocinar, he de confesarte algo. Tal vez no debiera decírtelo, pero creo que lo tienes que saber. El pasado verano, cuando tus padres estaban de vacaciones en Alicante, tenía que hacerte la comida solo para ti, como ahora. Un día, después de cocer las verduras y preparar el sofrito, cogí la carne de añejo que tenía en el frigorífico. No tenía buen aspecto, olía un poco, pero aun así la eché a la cacerola. Cuando volví la semana siguiente me dijiste que habías estado vomitando y con gastroenteritis. No estoy segura, pero probablemente el guiso que te preparé fue el que te hizo enfermar. En su momento no te lo dije y me siento un poco culpable de lo que te pasó.

—No te preocupes, son cosas que pasan. Tampoco sé qué me la produjo, pudo ser el guiso o un virus, a saber. No obstante, fueron solo un par de días. Olvídalo.

—Qué comprensivo eres. ¿Te puedo abrazar?

—Sí, claro. —Se acercó a mí y nos abrazamos. Era como rodear con los brazos el tronco de un árbol, sabes que es un ser vivo, pero no tiene sangre caliente. Puso sus huesudos brazos sobre mí, acercó su boca a mi oreja y me dijo—: Juan, eres especial, que no se te olvide nunca. Tú nunca te equivocas, solamente sigue tu instinto y no hagas caso a los demás.

Hilaria recogió sus cosas y se fue. Yo estaba en *shock*, lo que me había contado me había dejado de piedra. La gastroenteritis fue lo que impidió que cogiera el vuelo de Spanair que se estrelló y donde murieron casi todos. Si estaba vivo no era por el destino, la casualidad o la divina providencia, sino por Hilaria y esa carne de añejo en mal estado. Si en vez de cocinarla la hubiera tirado a la basura, yo ahora estaría muerto. Y entonces no habría llorado la muerte de mis padres, me habrían llorado ellos a mí y además el misionero seguiría vivo. Tal vez el destino o la providencia de Hilaria fue lo que hizo que yo comiera ese guiso, quién sabía.

En ese momento comprendí que las personas jamás sabremos por qué ocurren las cosas, por qué unos tienen accidentes de tráfico y otros no, por qué alguien sale a la calle con un cuchillo y por qué otra persona se queda en su casa en ese momento. Quizás mi tía Elvira tuviera razón cuando decía: «Los caminos del Señor son inescrutables». Lo cierto era que se trataba de la tercera vez que Hilaria me salvaba la vida, y esa vez fue inconscientemente, sin saberlo. Ni ella ni nadie sabía que yo iba a coger ese vuelo, y mucho menos que se iba a estrellar. Con los ojos cerrados recapacitaba sobre las casualidades de mi vida, como el hecho de que mi madre no abortara por ser ellos cristianos, o no coger un avión porque Hilaria había echado carne en mal estado a la cacerola. Esa fue la primera y única vez en veinticinco años que hizo mal un guiso.

Estaba sentado en el sofá del salón, no tenía ganas de leer ni de ver la tele. No tenía ganas de nada. Me sonó el móvil, era Diego.

—Ataúlfo y Jorge van al Bernabéu a ver al Madrid, que juega contra el Getafe a las seis y que después hemos quedado todos a las diez para tomar unas raciones y ver al Atlético de Madrid, que juega en Bilbao. ¿Qué tal estás? Anda, vente a cenar con nosotros.

—No gracias —dije sin dar más explicaciones.

—Venga, hombre, vente. ¿Cómo te vas a quedar un sábado en casa?

—Que no, no me esperéis, tomaos unas cervezas a mi salud.

A las tres fui a la cocina para comer y vi unas llaves en la encimera, eran de Hilaria, se las había dejado allí. El llavero era de su pueblo, tenía una chapa donde se leía «Pareja-Guadalajara». Ya sabía que el lunes sobre las nueve tenía que estar levantado para abrirle la puerta. Cogí un poco de atún con tomate y lo calenté en el microondas. Me sobró la mitad, tenía un nudo en la garganta que me impedía tragar. Ya en el salón, puse la tele y dejé un documental de La 2, era de lo poco que me distraía. Aparecían dragones de Komodo, unos lagartos fascinantes y asquerosos a partes iguales. Era increíble ver cómo engullía una cabra viva, un jabalí, un pato, un mono o cualquier animal que tuviese la mala suerte de cruzarse en su camino.

Pasé toda la tarde del sábado tirado en el sofá, tenía la tele encendida, pero no veía nada. Solo pensaba en la suerte o lo que fuera que había tenido en mi vida y en el infortunio de mis padres

de tener un accidente y que además fuera mortal. Pero lo que más me atormentaba era el misionero, su cara, su voz y en su muerte tan horrenda, cómo se encontró conmigo ese día. La de viajes que habría hecho en avión a Perú y los peligros que habría tenido en aquellas selvas llenas de jaguares y anacondas y había acabado encontrando la muerte en un pinar de su pueblo. Hacía ya dos semanas que lo había matado y parecía que hubieran pasado solo dos días. Mi mente racional me decía que me iba a costar, pero que acabaría por olvidarlo todo, incluso su cara. A eso me aferraba.

Podía ser que Hilaria llevara razón y yo fuera alguien especial, alguien inmortal, uno entre un millón, como su madre. Enseguida descarté esa posibilidad, era una gilipollez. Yo era un tipo normal, uno de tantos, simplemente no pude coger ese avión y ya estaba, nada más. Seguramente no habría sido el único en no ir al aeropuerto ese día. Lo bueno de utilizar el sentido común es que todo, absolutamente todo, tiene una explicación lógica.

Esa noche no cené, me acosté tarde porque sabía que me iba a costar conciliar el sueño. Sin embargo, dormí bastante bien y no me desperté de madrugada ni una sola vez. Ya había amanecido cuando oí que sonaba el móvil. ¿Quién cojones me llamaría un domingo a las nueve de la mañana? Estiré el brazo a la mesilla y lo descolgué.

—Dígame.

—Hola, Juan.

—¡Mamá! ¿Eres tú? ¿Dónde estás?

—Estoy muy bien, nunca he estado mejor.

—Mamá, quiero estar contigo, quiero verte...

—Esta vez no puedo ayudarte. Eso solo depende de ti.

—¿De mí? ¿Qué tengo que hacer? Dímelo.

—Evangelio de San Juan, capítulo 14, versículo 6. Adiós Juan.

—No, mamá, espera, no cuelgues. ¡Mamá! ¡Mamá!

En ese momento me desperté. Había sido otro sueño, tan real como los días anteriores. Era ella, era su voz. Miré al reloj de pared que tenía enfrente de la cama: eran las nueve de la mañana. Sabía que todo lo había soñado, pero aun así cogí el móvil y vi las últimas llamadas que había recibido, aparecían Diego, Felipe... Lógicamente no estaba el número de mi madre.

Me levanté y fui al salón, abrí el último cajón del aparador, allí estaba su teléfono. Intenté encenderlo, pero no pude, estaba sin batería. Se me pasó por la cabeza ponerlo a cargar, aunque rápidamente deseché la idea, había sido un sueño. Por muy nítido y real que lo tuviera en mi mente, había sido un puto y jodido sueño, nada más. Luego fui al estudio. No tuve que perder tiempo en buscar una Biblia, sabía perfectamente que encima de su escritorio había una. La abrí y fui directo al Evangelio de San Juan, capítulo 14, versículo 6. Decía: «Jesús le respondió: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre, sino por mí». Estaba confundido. ¿Había sido solo un sueño o era mi madre dándome un mensaje? Cuando era pequeño y estábamos en catequesis, había muchos casos en que los ángeles se aparecían en sueños a ciertos personajes de la Biblia para comunicarles las instrucciones de Dios, sobre todo a San José. Tal vez mi madre no estaba muerta como yo creía y permanecía en algún sitio vigilándome, como había hecho

siempre, cuidando de mí. Entonces, sabría lo que había hecho, habría visto que tenía un hijo que se había convertido en un monstruo que había asesinado a un hombre bueno. «¿Qué pensará de mí? Se esforzó toda su vida para que fuera buena persona, un chico educado y respetuoso con todo el mundo, y nada más fallecer me he vuelto un ser despreciable y desalmado». Debía hacerle caso, debía volver al camino, la verdad y la vida.

Era domingo, 1 de noviembre, Día de Todos los Santos. Me duché, desayuné y me vestí bien, con camisa, chaqueta y pantalones de pinzas. La misa era a las doce del mediodía, pero a las once salí de casa, tenía mucho tiempo. Nada más llegar a la iglesia vi a don Rafael en el altar colocando el misal. En ese instante dejó todo y entró en la sacristía. Cuando llegué yo, ya había puesto dos sillas en medio de la sala, una frente de la otra. Estaba sentado, esperándome.

—Don Rafael, quiero confesar.

—Siéntate, aquí no nos molestará nadie. —Su cara no demostraba alegría ni sorpresa, era como si me estuviera esperando, como si supiera que iba a ir a verle.

—Llevo mucho tiempo alejado de Dios y he cometido muchos pecados, sobre todo uno muy grave: he matado a un hombre. Y lo he hecho sin ningún motivo.

—Da igual que haya o no un motivo, matar es matar.

—Ya lo sé. Pero es que además era un santo varón, era un hombre que ayudaba a los demás y era muy querido por todos. ¿Podrá Dios perdonarme?

—Juan, ¿estás arrepentido?

—Con toda mi alma. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y no haberlo hecho, pero ya es tarde, tendré que cargar con ello el resto de mi vida.

—Jesús te ha perdonado y el hombre al que mataste también. Hoy es un día de alegría en el cielo.

Después de darme la absolución volví a la iglesia, me encontraba más sereno y tranquilo. A pesar de que no olvidaría el rostro del misionero hasta el último segundo de mi vida, estaba en paz con Dios. Según se acercaban las doce, la iglesia se fue llenando de gente, era un día grande para los católicos. Fui a comulgar, estaba en gracia de Dios y había recibido el cuerpo de Jesucristo Nuestro Señor. Me encontraba de rodillas y con los ojos cerrados, y en mi mente apareció la imagen del misionero, me sonrió y, aunque es imposible de explicar, noté algo así como su perdón. Era la primera vez que veía su cara y no tenía una sensación de pesadumbre y desazón. Sentí un bienestar y una paz interior que hacía muchos años que no experimentaba.

Acabó la misa y poco a poco fue saliendo la gente. Ya en la calle vi a Adelita, estaba hablando en corro con otras dos chicas. Me acerqué a saludarla y ella, cuando me vio, vino hacia mí.

—Hola, Adelita.

—Hola, Juan. ¿Qué tal estás? Hacía tiempo que no te veía.

—Sí, desde el funeral de mis padres. Mañana se cumple un año, hemos encargado una misa por su memoria, a las de ocho de la tarde.

—Sí, ya lo sé. Mañana vendré.

—El otro día vi a tu madre, me dijo que ya has acabado la universidad y estás estudiando una oposición.

—Sí, abogacía del Estado. Estudio de sol a sol, solo descanso los domingos. Me dijo Dani que tú ya no trabajabas, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. Quizás después de Navidades busque trabajo, aunque estoy pensando en matricularme en la universidad, en Filosofía y Letras, como mi madre.

—Deberías hacerlo, a ti siempre te ha gustado mucho leer, la aprobarías sin problemas. Además, los únicos números que verías son los de las páginas de los libros.

—Te veo distinta.

Adelita estaba guapa, muy cambiada.

—Me he hecho algunos retoques. Me he operado la nariz y las orejas, también la dentadura, ahora llevo *brackets*. A mí me daba igual, pero lamentablemente en este mundo la imagen es importante y he aprovechado este verano para hacerlo todo.

—¿Y el pelo?

—Me han empezado a salir canas y me lo he teñido, he elegido este color castaño, ¿qué tal me queda?

—Bien, muy bien. Adelita, ¿quieres que algún domingo después de misa vayamos a dar una vuelta? No sé, pasear por el Retiro, tomar café...

—Sí, claro. Hoy no puedo, van a venir mis hermanos a comer y tengo que ayudar en casa, pero otro día sí. Me alegro mucho de verte, Juan. Don Rafael siempre me preguntaba por ti y yo no sabía qué decirle. Le vamos a echar de menos.

—¿Cómo qué echarle de menos?

—Sí, se va. Esta mañana nos lo ha dicho, le destinan a Galicia, a una parroquia que se llama Lalín. Dice que su misión aquí ha acabado, no sé a qué misión se refiere. Lleva con nosotros toda la vida, vino antes de que yo naciera. Le vamos a extrañar mucho.

—Pues a mí no me ha dicho nada, vendré esta tarde o mañana a despedirme de él.

—Sí, deberías. Me tengo que ir, hasta luego.

—Adiós, Adelita.

—Juan, no me llames Adelita, ya no soy una niña —me dijo sonriendo según se iba.

—Sí, sí, perdona, a partir de ahora te llamaré Adela. Hasta luego.

Volví a casa despacio, paseando por mi barrio, el barrio de Salamanca. Por las mismas calles que conocía desde que tenía uso de razón, por donde iba al colegio, a algún bar o casa de alguno de mis amigos. Por donde deambulábamos todos después de salir de misa o catequesis y repetíamos, con la insolencia propia de la juventud, las frases de don Rafael. Era curioso, pero llevaba media vida en la parroquia y no sabíamos prácticamente nada de él. Desconocíamos a qué congregación pertenecía, si es que era de alguna. No sabíamos si era agustino, dominico, franciscano, jesuita o del Opus Dei. Tal vez fuera un simple cura católico, nada más.

Esa mañana, después de confesarme, adquirió todo el sentido la frase que nos repetía constantemente, su frase favorita, la que dijo San Francisco de Asís: «El hombre es solo lo que es ante Dios, y nada más».

Llegué a casa y me tiré en el sofá. Ni siquiera puse la tele ni cogí ningún libro. Al cabo de un rato me levanté a por la foto de mis padres, ahora estaban los dos sonriendo. Hacía unos días mi madre estaba seria y clavándome su mirada, pero ahora sonreía y había alegría en sus ojos. Para todo el mundo sería algo paranormal o imposible de explicar, pero no para mí. Era consciente de que una fotografía no podía cambiar de un día para otro, pero después de los sueños que había tenido sabía que mi madre estaba allí conmigo porque, aunque no pudiera verla, la sentía viva junto a mí. Abracé el marco junto a mi pecho. En ese momento tenía claro cuál era el único y principal objetivo de mi vida: simplemente quería que mi madre se sintiera orgullosa de mí.

Estando allí sentado me acordé de Marina, siempre me decía que había poca luz en la casa, que tenía que levantar más las persianas, tal vez llevara razón. Era el momento de enviarle un mensaje, seguramente no me respondería, pero me daba igual, solo quería que lo leyera, con eso me conformaba. Le escribí. «Marina, perdóname por todo. Espero que encuentres a alguien que sepa tratarte tan bien como te mereces». Después recorrí toda la casa, fui recorriendo las cortinas, subiendo las persianas y abriendo las ventanas de las habitaciones, el estudio, la cocina y el salón. También coloqué sillas en las puertas para evitar portazos por si había corrientes de aire.

El piso parecía otro, hacía un año que no entraba la luz ni se respiraba aire fresco. Luego salí a la terraza, se había levantado una leve brisa que me despeinaba. Estaba en plena calle Velázquez y había bastante tráfico para ser domingo. Algo me hizo bajar la cabeza. En la acera de enfrente había una mujer mayor que me miraba, era Hilaria. Estaba allí parada, quieta, y, a pesar de la distancia, notaba sus ojos azules y penetrantes, como si los tuviera solo a un metro. Me sonrió y se precipitó a la calle justo cuando pasaba una furgoneta de reparto.

A partir de ahí solo se oyeron los gritos de la gente que caminaba por allí. Yacía inmóvil en el asfalto con la cabeza en un gran charco de sangre. El conductor que la había atropellado estaba abatido, con las manos en la cabeza y sin creerse lo que había hecho. El pobre hombre fue el cómplice involuntario del suicidio. Al poco tiempo llegó una ambulancia del SAMUR, aunque no pudieron hacer nada.

En lo más profundo de mi ser yo sabía que esa mujer delgada y con el pelo blanco tendida en la calle no era Hilaria, era un cuerpo de mujer de unos sesenta años, pero Hilaria ya no estaba allí. Me dijo una vez: «Aunque el futuro nos separe, solo tendrás que llamarme y vendré».

Y yo tenía el firme convencimiento que, si alguna vez la necesitara, vendría.

FIN